ELÉCTRICO: VOLUMEN TRES

LLAMA

Tus besos son los más dulces.

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

E. L. TODD

Llama

Eléctrico #3

E. L. Todd

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Llama

Copyright © 2018 por E. L. Todd.

Todos los derechos reservados.

Uno
Taylor

—Menuda semana. —Sara se sopló las uñas de los pies, intentando que se secase el pintauñas. Era de un color azul marino, a juego con el frío clima reinante.

—Y que lo digas. —Yo me las había pintado rosa sólo para llevar la contraria.

Sara cerró el pintauñas y lo dejó sobre la mesita del café.

—¿Así que te dan calabazas y tú llevas a otro tío a casa para presentárselo a tus padres?

—No lo llevé para presentárselo a mis padres —discutí—. Quería que pasara Acción de Gracias con nosotros. No es lo mismo.

Sara se cubrió las piernas con la manta, dejando los pies al descubierto para no destrozarse las uñas.

—No te enfades conmigo, ¿vale?

—Oh, no. —Siempre que decía esa frase, sabía que acabaría cabreada—. Será mejor que no lo digas.

—Pero tengo que decirlo. Ya sabes, por eso de que somos muy buenas amigas.

Puede que ser amigas no estuviera tan bien.

—De acuerdo. Suéltalo.

—¿Puedes decirme, con sinceridad y sin engañarte a ti misma, que no sientes nada por ese tío? —Se inclinó hacia adelante y me miró a la cara, entrecerrando los ojos. Observó hasta el más mínimo movimiento de mis músculos faciales, contando prácticamente cuántas veces parpadeaba—. Mírame a los ojos y dilo.

Puse los ojos en blanco.

—Esto es una tontería…

—¡Sientes algo! Ni siquiera puedes negarlo.

—No siento nada por él. —La miré directamente a los ojos—. ¿Contenta?

Su mirada se volvió desconfiada.

—Pero lo besaste, y te gustó.

—Pues claro. Ese hombre es un maldito dios griego. Tendría que ser gay para que no me gustase.

—Si te parece atractivo y te encanta pasar todo el tiempo con él, entonces tiene que haber algo más.

Negué con la cabeza.

—¿De verdad no ves a lo que me refiero? —preguntó Sara—. No soy la única que lo piensa. Tus amigos opinan lo mismo que yo, y tus padres también. Sage también lo creía. Por favor, no seas una de esas mujeres estúpidas completamente ciegas a lo que las rodea.

—No estoy ciega.

—Entonces es que eres estúpida.

La fulminé con la mirada.

—Chica, abre los ojos de una vez. Esto no es normal.

Era cierto que no era normal, y no podía negarlo.

—Mira… Lo he estado pensando mucho y creo que se me ha ocurrido una respuesta.

—¿Una respuesta a qué?

—A lo mío con Volt.

Sara se apoyó en el respaldo del sofá y se cruzó de brazos.

—Te escucho.

—Cuando vi a Volt por primera vez, me interesó. Y me refiero a que estaba interesada de verdad. No dejaba de pensar en él, y me resultaba imposible mirarlo sin babear; es el hombre más atractivo que he visto en toda mi vida. Y sí, eso incluye a todos los novios que he tenido nunca.

Sara me escuchó sin interrumpir, esperando a que anunciara mi gran descubrimiento.

—Fantaseaba con estar con él. Nos imaginaba teniendo cenas

románticas seguidas de un sexo fantástico. Si me hubiera pedido que saliera con él, hubiera aceptado al instante.

—¿Y qué demonios pasó?

—Que es un donjuán, ya te lo dije.

—¿Pero sigue siéndolo? —insistió—. Me dijiste que se había buscado novia.

—Salió con ella durante algún tiempo, Sara, y con algún tiempo me refiero a unos catorce días. Y era una mujer de una belleza sobrenatural, conseguía que Blake Lively pareciera un trol, ¿vale? Y para acabar de redondearlo era realmente dulce e inteligente. Y aun así Volt no quiso seguir con ella.

—¿Qué intentas decir?

—Que si no quiso tener una relación con ella, con la fantasía de todo hombre hecha carne, entonces nunca querrá tener ninguna relación con nadie, incluida yo.

Por fin se hizo la luz de la comprensión en sus ojos. Asintió, dándome la razón.

—Ahora lo pillo. Sientes algo por él, pero nunca podrá ser tuyo.

—Casi, pero no es exactamente así. Sé que nunca podrá ser mío, así que no me permito sentir nada por él. Borré esas emociones hace mucho.

—Oh…

Por fin lo había entendido.

—Todo encaja. —Acerco poco a poco las manos hasta apoyar una palma contra la otra.

—Así que, en respuesta tu pregunta, no, no siento nada por él.

—¿Significa que vuelves a estar disponible?

—Eh… —Ni siquiera había pensado en eso. Sage había sido casi perfecto, y de alguna manera había conseguido echarlo todo a perder de todas formas. Era guapo, exitoso y encantador; había sido un milagro que le hubiese llamado la atención siquiera—. Creo que adoptaré a algunos niños y me dedicaré a tener ligues de una noche para calmar las ansias.

Sara se rió.

—Sí, ya.

«No estoy de broma».

—Madre a jornada completa y fiestera a media jornada. —Se puso las manos en el estómago, como si le doliera de tanto reírse.

—Hablo en serio.

Sólo conseguí que se riera más fuerte.

—¿Qué es lo que te resulta tan divertido?

Se secó las lágrimas.

—No consigo imaginarte volviéndote facilona. Eres la persona más estirada que he conocido nunca.

—No lo soy.

—Ya, lo que tú digas.

—No lo soy —siseé.

—Eh, te recuerdo claramente diciéndome que Volt quería liarse contigo y que lo rechazaste.

—Aquello fue diferente.

—¿Cómo?

—Lo rechacé porque sabía que me enamoraría de él. Si llegábamos a cruzar esa línea, habría acabado muy jodida. Es completamente diferente.

—Supongo que entiendo a lo que te refieres. —Dobló la rodilla y se acercó el pie a la cara para examinar el pintauñas. Lo sopló un poco más antes de tantear el acabado con el dedo. El pintauñas siguió en su sitio y Sara volvió a apoyar el pie sobre la mesita de café—. Así que si Volt te dijera que quiere tener una relación contigo, ¿aceptarías?

—Yo no he dicho eso.

—Lo sé —me espetó—. Y por eso te pregunto.

Era una idea ridícula, ni siquiera iba a considerarla.

—No pasará jamás.

—Cállate de una vez y responde a la pregunta.

—Eh… —Intenté imaginarme una realidad como aquella, pero me resultó imposible—. No lo sé… No querría arriesgarme a perder nuestra amistad. Ahora mismo forma una parte innata de mi vida,

detestaría perderlo.

—¿Entonces tu respuesta es no?

—Supongo.

—En ese caso… ¿puedo ir yo a por él? —Me sonrió con ojos esperanzados.

—Te acabo de decir que es un donjuán.

—No me importa, sólo quiero lo que tiene entre las piernas.

—Uh, no. —Aquello sería raro. Dos de mis mejores amigos durmiendo juntos… Menudo desastre.

—Oh, venga ya. No he tenido sexo del bueno en más de un año.

—Hay muchos peces en el mar.

—Pero has dicho que besa bien y que tiene un buen paquete.

—Eso no significa que sea bueno en la cama.

—Creo que tiene buenos números de serlo.

«Nunca dejaré que pase».

—La respuesta sigue siendo no.

—Menuda aguafiestas.

—Sí.

«Y ni siquiera me siento culpable».

—¿Sabes qué es lo raro?

—¿Hmm?

—Que nunca me lo has presentado. Llevas una eternidad teniendo la amistad del siglo con él y yo ni siquiera le he visto la cara.

—Y ya no lo harás.

Me lanzó un cojín.

—Hablo en serio.

Lo atrapé en el aire antes de que pudiera darme en la cara.

—De acuerdo. Estoy segura de que os conoceréis tarde o temprano, pero será mejor que mantengas las manos quietecitas.

—¿Tan sexy es?

No se podía describir con palabas.

—Oh, sí.

¿Qué estás haciendo, *Mario?*

Resultaba alarmante la facilidad con la que habíamos adoptado aquellos motes.

Trabajando, Bowser.

¿Un viernes por la noche?

Sí. Estoy intentando que no me despidan, ¿recuerdas?

Juega conmigo.

¿Es que tienes cinco años?

Sí. Ahora juega conmigo.

Puedes pasarte si quieres.

Bien, porque estoy en el pasillo.

Y llamó a la puerta.

No iba a levantarme de mi asiento en la mesa de la cocina. Tenía todos los papeles extendidos sobre el mueble, y si me echaba demasiado hacia atrás chocaría con el pequeño armario que tenía detrás.

—Está abierto.

Volt entró cargando con una bolsa de comida para llevar.

—¿Quieres comida china?

—Mientras sea gratis, acepto lo que sea.

Dejó la bolsa sobre la mesa y tomó asiento a mi lado.

—¿En qué estás trabajando?

—En mi próximo examen.

Me lo quitó de la mano y le echó una ojeada. Lo revisó con ojos atentos antes de elegir un bolígrafo y apuntar algunas notas.

—Borra esto. Y esto. —Deslizo el examen sobre la mesa, devolviéndomelo.

—¿Por qué?

—Es demasiado difícil.

—No todo pueden ser respuestas múltiples.

—Y no he dicho que tenga que serlo, pero cámbialas para que sean preguntas en las que tengan que escribir un texto. Los

diagramas son demasiado subjetivos.

—Pero les hacen pensar.

—Tú usa las preguntas en las que tengan que escribir. Además, al hacerlo estarás usando los estándares comunes, y francamente, no dejas de esquivarlos.

Se suponía que los profesores debían tener autonomía total, pero a mí era todo lo que me faltaba. Era una esclava de los estándares de la escuela, y no podía llevar mi clase de la manera en que quería llevarla. Resultaba insultante que me dieran órdenes y me golpeasen en la mano como si fuera una cría.

—Ya. Lo que tú digas.

Volt se dio cuenta de mi actitud.

—Es sólo para superar el año.

—Estoy empezando a odiar mi trabajo.

Me puso la mano en la espalda, justo entre los omóplatos.

—Puede que odies el juego, pero de todas formas vas a tener que jugar siguiendo las normas, y cuando lo hagas, tu vida se volverá más fácil.

—Sigue siendo un asco.

Movió la mano a mi hombro, masajeándolo suavemente.

—Lo superarás, y volverás a adorar tu trabajo. Te lo prometo. —Sus dedos descansaron ligeramente sobre mi nuca, cálidos.

Era agradable.

Volt siguió mirándome, esperando a que le devolviera la mirada.

Al final me rendí y alcé los ojos.

Se le formó una ligera sonrisa en los labios; había ganado una pequeña batalla.

—Tomémonos un descanso y comamos algo. Esto puede esperar a mañana.

—O podría no hacerlo y ya está.

—Puedo hacerlo yo por ti.

—No. —Puede que mi trabajo me irritase, pero no iba a escurrir el bulto—. ¿Qué quieres hacer?

—Creo que ya ha empezado el partido. ¿Quieres verlo?

Quería hacer cualquier cosa que no estuviera relacionada con el trabajo.

—Me parece bien.

—¿Ahora qué? —El partido había acabado y no había nada más en la televisión.

—¿Quieres salir?

—¿A tomar una copa? —La comida china me había llenado el estómago con calorías suficientes hasta el día siguiente.

—Una cerveza de barril suena bastante bien ahora mismo.

El alcohol sonaba delicioso a cualquier hora del día, especialmente ahora.

—¿En el León y la Serpiente?

—Sí. Vamos.

Salimos del apartamento y caminamos las manzanas que nos separaban del bar. Estaba lleno de gente, y la música sonaba con fuerza. Las parejas se escondían en las esquinas para liarse entre las sombras, mientras que el resto de los solteros pasaba el rato en las mesas o en la pista de baile.

Vi a una rubia atractiva poniéndole ojitos a Volt desde el otro lado de la sala. Tenía piernas de corredora, una figura genial y parecía que la había peinado un profesional. Definitivamente parecía su tipo.

—Tía buena a las tres echándote el ojo.

Volt no apartó la mirada de mí. Sostenía un vaso lleno de condensación, y la camisa de vestir abrazaba con esmero su cuerpo. Sus ojos azul hielo no brillaban tanto como era habitual, resultado de la luz mínima del bar, pero seguían pareciendo emitir su propia luz.

—Gracias por el aviso. —Giró la muñeca para comprobar la hora.

—¿Ni siquiera vas a mirarla? En serio, tiene una puntuación de diez.

—Eh. —Tomó un trago de su cerveza antes de acercar la mano a la mía sobre la barra—. ¿De dónde has sacado la pulsera? —Jugueteó con las tiras marrones y las cuentas de diferentes colores.

—Ah. Fue un regalo de una de mis estudiantes.

—Qué detalle.

—Sí. —Se había acercado al final de la clase y me la había dado. Las cuentas tenían letras escritas, y al unirlas formaban las palabras «Srta. Thomas»—. Fue muy dulce.

—Parece que tus estudiantes te adoran,

—Creo que algunos lo hacen.

Volt se acabó la cerveza y la dejó en el posavasos.

—Voy al baño. ¿Me pides otra?

—Claro

Viró a la derecha, tomando una ruta más larga hasta el baño, moviéndose en la dirección opuesta a la atractiva rubia que le había mencionado. La rodeó por completo.

Era raro, pero Volt siempre había sido algo raro.

—Hola. —De repente un hombre salido de la nada apareció a mi lado, con una cerveza en la mano—. Perdona que te moleste pero, ¿estáis juntos ese tipo y tú? —Parecía tener mi edad, e iba vestido con una camisa bonita y tejanos oscuros.

—Oh, no estamos juntos, pero tampoco es gay. —Odiaba decepcionarlo, pero sería mejor que lo oyese de mis labios en lugar de los de Volt—. Aunque seguro que se sentiría halagado.

—Uh, no lo preguntaba por él. Lo preguntaba por ti.

—Oh… —Maldición, menuda idiota—. Lo siento, yo sólo…

—No pasa nada —dijo riéndose—. Es un tío guapo; estoy seguro de que los hombres se le insinúan constantemente.

—A veces. —Me sentía incómoda con él allí. No había esperado que nadie se me insinuase aquella noche, y de hecho había esperado que ni siquiera pasase. El vestido que había elegido no

era lo que mejor me sentaba, y los zapatos tampoco eran demasiado buenos.

—Me llamo Mike, un placer conocerte.

—Lo mismo digo. —Le di la mano.

—Entonces, si no sales con él, ¿significa eso que estás disponible?

Era un hombre mono, con ojos verdes y hombros anchos, pero la idea de salir con alguien me revolvía el estómago. No estaba lista para volver a intentarlo. Todas las relaciones que había tenido habían acabado explotándome en la cara; necesitaba un descanso.

—Tengo novio, pero gracias.

—Eso me temía. Bueno, ha sido un placer.

—Igualmente.

—Buenas noches. —Se alejó y volvió a la mesa de la esquina donde estaban sus amigos.

Volt apareció de la nada; no sabía cuánto tiempo llevaba ahí de pie. No parecía interesado por lo que acababa de pasar, sino más bien enfermo.

—¿Estás bien?

—Sí… Estoy bien. —Volvió a sentarse en la barra y recogió su vaso todavía vacío—. Te dejo sola durante un segundo y los buitres se abalanzan sobre ti.

—Oh… Sólo era un tío amable.

—¿Significa eso que le has dado tu teléfono? —Frotó los dedos por el vaso, secando la condensación que se había acumulado. Se quedó observando sus propios movimientos, repentinamente sombrío y formidable.

—No.

Levantó la cabeza al instante.

—¿No se lo has dado?

—Ahora mismo no quiero citas. Sinceramente, estoy harta.

Se apoyó contra la barra, pendiente de cada una de mis palabras. Tenía los ojos entrecerrados y fijos en mi rostro, y me leía los labios además de escuchar lo que decía.

—Sencillamente no estoy lista. Después de todo lo que ha pasado con mis dos ex, voy a dejarlo de lado por una temporada.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No estoy segura. Puede que haga lo que haces tú.

—¿Y qué hago yo?

—Vas de cama en cama, así estás satisfecho y nunca te rompen el corazón. En el poco tiempo que llevo aquí, a mí me lo han roto dos veces mientras que tú has disfrutado de una fuente inagotable de sexo del bueno y fiestas del pijama.

—No. —Su brusquedad cortó el aire, haciendo que la música pasara a un segundo plano.

—¿No?

—Eres mejor que eso, Taylor. Tienes clase. No cambies.

—Sólo porque una mujer se acueste con mucha gente no significa que no tenga clase. Eso es sexista.

Se pasó una mano por la barbilla, cerrando los ojos con irritación.

—No me refería a eso.

—Pues lo ha parecido.

—Es sólo que no creo que fueras feliz si lo hicieras. Sigue esperando al señor Perfecto, sé que está ahí fuera.

Me reí antes de tomar un trago.

—Sí, claro.

—Lo está, Taylor. Confía en mí.

—Ya no sé en qué creer, pero estoy segura de que eso no me lo creo.

Volt bajó la mano y la dejó en el trozo de barra que nos separaba. Mantuvo la mandíbula algo tensa mientras guardaba silencio.

—Quizás lo estés mirando ahora mismo.

Examiné a la gente que teníamos de pie alrededor; era un grupo conformado principalmente por mujeres y unos pocos hombres intentando conseguir una cita, y ninguno de ellos era lo que buscaba.

—Pero lo más probable es que no.

Dos
Volt

—Corre el rumor de que Tayz está soltera. —Derek me miró fijamente mientras se bebía su cerveza—. Y aun así aquí estás, sentado delante de mí.

—No es el momento adecuado.

—Para ti no va a serlo nunca —espetó—. ¿Qué ha pasado con eso de coger lo que quieres? Solías ir directo hacia cualquier mujer y les preguntabas a la cara si querían ir a tu piso, incluso si estaban con otro tío.

Pero a Taylor lo que le pediría no sería una noche. Cuando le hacía aquella pregunta a una mujer cualquiera, su respuesta en realidad no importaba, pero si Taylor me daba una respuesta que no quería oír, me destrozaría por completo.

—Me ha dicho que ahora mismo no le interesa salir con nadie. Necesita un respiro.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé —respondí—. Pero acaba de romper con Sage, no puedo entrar ahora en escena.

—¿Entonces cuál es tu plan? ¿Seguir sin hacer nada?

—No tengo plan… Sólo espero que todo acabe bien. —Clavé la mirada en mi cerveza y en la espuma antes de tomar un trago.

Jared se sentó en nuestra mesa en cuanto consiguió su cerveza.

—¿Algo que contar?

Derek me fulminó con la mirada.

—Nada —respondí—. ¿Y tú?

—Nada. —Jared miró por la ventana y dejó la conversación de lado, guardando silencio. Últimamente estaba muy callado, más de

lo habitual.

—¿Ocurre algo, tío? —pregunté.

Derek se puso a mirar la televisión que había en la esquina.

—No. —No nos miró a ninguno.

Taylor apareció en nuestra mesa, tan guapa como siempre. Llevaba el cabello trenzado sobre un hombro y unos aros dorados a modo de pendientes. Iba vestida con un vestido azul ajustado con un corte en la parte frontal; de haber estado de pie, podría haber mirado directamente dentro de su escote.

«Echo de menos sus conjuntos estrafalarios».

—Nat va a traer a su novio esta noche. —Dio una palmada, como una alegre animadora.

Nunca la había visto actuar así.

—¿Dónde te has dejado los pompones?

Ignoró mi comentario y miró la puerta.

—Supongo que la cosa empieza a ir en serio. A Nat le gusta de verdad.

Jared siguió mirando decididamente por la ventana.

Derek lo observó de reojo, pero no dijo nada.

—Que todo el mundo se comporte. —Taylor señaló directamente a Derek.

—¿Pero qué?—preguntó éste—. ¿Cuándo no me he comportado?

—Es tu hermana, así que se agradable con su novio.

—No me importa un pepino con quién salga —dijo—. Siempre y cuando el tío no le levante la mano.

—Entonces quiero que muestres tu mejor comportamiento. —Taylor se acercó a la barra y pidió una copa.

La mirada de Derek la siguió, y supe que estaba fija en sus nalgas.

—¿Es que quieres morir? —No era una amenaza sin fundamento, de aquellas que los amigos se lanzaban en broma de vez en cuando. Pronuncié la frase con total seriedad, y la cumpliría. Lo dejaría en peor estado del que había dejado al cabrón

del padre de Clay.

Derek se giró al instante hacia mí.

—Estaba mirando la televisión…

—No juegues conmigo, idiota. Acabarás perdiendo.

Levantó las manos en el aire.

—Lo siento, pero la última vez que pregunté, estaba soltera. Si la hubieras reclamado como tuya, no tendrías estos problemas.

—Y la he reclamado. Es mía.

—Entonces haz algo al respecto —me retó—. Ve ahí y pídele salir.

—Cállate.

—Alguien que yo me sé es un cobardica.

—No soy un cobarde, y lo sabes. Pero no le mires el culo a mi chica.

—No es tu chica. —Se giró hacia Jared—. Apóyame en esto. No puedes decir que una chica es tuya si ella no lo sabe, ¿verdad?

Jared se encogió de hombros.

—Gracias por la ayuda… —Derek volvió a centrarse en mí.

—Sólo te advierto, no mires a mi chica. —No me importaba cuánto tiempo hiciera que éramos amigos; si se pasaba de la raya, haría que volviera a su sitio aunque tuviera que llevarlo a rastras. Y lo haría al instante.

—Lo que tú digas.

Nos llegó el sonido de una voz femenina, y supe que Natalie había llegado. Llevaba a un tipo alto del brazo, rubio y de ojos azules. No se parecía en nada a Jared, pero quizás no fuera precisamente malo que no se parecieran.

—Me alegro tanto de que mi hermana haya decidido seguir con su vida —dijo Derek—. Se estaba comportando como una perdedora esperando a que Jared se fijase en ella.

Jared por fin apartó la mirada de la ventana, y se quedó mirando fijamente a Natalie y a su noviete.

No tenía derecho alguno a considerar a Natalie como una perdedora cuando yo estaba haciendo exactamente lo mismo;

estaba esperando a que Taylor se fijase en mí.

—Parece feliz.

—Sí —respondió Derek—. Mi madre la ha estado presionando para que tenga niños. Se alegrará de saber que está con alguien.

Natalie y el tipo se dieron un beso, y Taylor le sonrió a su amiga.

Y en ese momento Jared volvió a darles la espalda.

Taylor se me acercó con un puñado de servilletas en la mano, todas números de teléfono de hombres que se le habían insinuado aquella noche.

—Guau. Parece como si la gente notase cuando estás soltera…

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no reaccionar. Me habían dado ganas de intervenir muchas veces, pero sabía que, si lo hacía, me estaría comportando como un idiota.

—Creía que no te interesaba tener citas.

—Y no me interesa. —Dobló las servillas y las tiró a la basura—. Pero me habría sentido como una maleducada si no hubiera aceptado sus números.

Nunca había creído que me alegraría de ver cómo alguien tiraba algo a la basura.

—Puedo mantenerlos lejos de ti.

—¿Lejos de mí? —preguntó.

—Sí. —Le pasé el brazo por la cintura y la pegué a mi costado. En cuanto le puse la mano en la cadera, sentí cómo me recorría una descarga eléctrica. Era como meter algo en un enchufe y dejar que pasase la corriente. Era el mismo calor, el mismo fuego que sentía cada vez que nos tocábamos. De algún modo conseguía que fuera tan bueno como lo sería un beso—. Ya está. Problema solucionado. —La curva de su estrecha cintura era perfecta. Mi brazo la rodeó con facilidad, atrapándola como si su destino fuera estar junto a mí.

—Creo que te estás olvidando de algo…

—¿De qué? —Seguía siendo más bajita que yo, incluso llevando tacones. Tenía que bajar la vista para mirarla.

—Ahora todas las chicas creen que no estás disponible.

«Y no lo estoy».

—Oh, bueno.

Taylor siguió con mi brazo alrededor de su cintura, sin que pareciese importarle.

—Natalie se lo está pasando bien con John.

—Sí, eso parece.

—¿Te cae bien?

Sólo había hablado con él durante unos cinco minutos antes de que volviera a dedicarse a besar a Natalie.

—No está mal.

—Necesito una copa. —Ya se había tomado unas cuantas, y estaba claro que estaba algo achispada.

—Iré a buscarte algo. —La guié hasta la barra antes de hacerle un gesto al camarero—. Mi chica necesita un Shirley Temple.

—Espera, ¿qué? —dijo ella—. Quiero una bebida de verdad.

—Bébete el Shirley y después podrás pedir otra cosa.

Hizo un mohín como lo haría un niño.

Estuvo a punto de inclinarme y quitarle aquel ceño fruncido con un beso.

En lugar de ello recogí su bebida y se la tendí.

—Después te pediré una copa de chicas mayores.

—Bien, lo que tú digas.

Fuimos hacia el fondo del bar, ya que la parte delantera estaba atestada, y mantuve durante todo el tiempo el brazo alrededor de su cintura aun a pesar de que a aquellas alturas ya no era necesario. No era más que una excusa para tocarla, para poder sentir la marcada curva de su espalda. Me encantaba el ángulo que dibujaba. Me moría de ganas de plantarle miles de besos en esa zona, bajando hasta llegar a las nalgas.

—Me pregunto dónde están todos.

Miré cómo se movían sus labios, pero no comprendí sus palabras.

—Jared y Derek estaban aquí hace sólo un segundo.

Volví a ser consciente de la conversación a paso de tortuga.

—Puede que estén en el baño, podemos ir a mirar. —O podíamos quedarnos justo allí y hablar. Tenía unas vistas perfectas del corte en la parte alta de su vestido. Sus pechos se apretaban el uno contra el otro, formando un valle al que adorar con los labios.

—Vamos a buscarlos.

Por fin la tenía a solas y no quería compartirla con nadie.

—De acuerdo. —La abracé contra más fuerza contra mi costado, queriendo que notara los músculos de mi cuerpo mientras nos movíamos. Volvimos a la parte trasera del bar y encontramos a Derek hablando con John.

—Tío, los Browns no son más que un la chiste —dijo Derek—. ¿Cómo pueden gustarte?

—Crecí en Cleveland —explicó John—. Uno tiene que apoyar a su ciudad natal.

¿Por qué estaban hablando ahora mismo de fútbol? Me pareció extraño que Derek sacase el tema cuando no era precisamente un gran seguidor del deporte. Le gustaban mucho más el béisbol y el baloncesto.

Derek me miró e hizo un gesto hacia el baño.

¿Qué demonios había sido eso?

Me encogí de hombros en respuesta.

Volvió a asentir, intentando que fuera hacia allí.

Taylor también lo notó e intercambió una mirada conmigo.

—Vamos al baño, volvemos enseguida. —Arrastré a Taylor conmigo—. ¿De qué iba eso?

—No lo sé. —Lanzó su vaso de plástico vacío a la basura y yo hice lo mismo.

Recorrimos el pasillo y nos detuvimos nada más ver a Natalie y Jared hablando. Y no era una charla cualquiera; los dos parecían de lo más serios. Jared estaba inclinado hacia adelante y había

acorralado a Natalie contra la pared.

—¿Qué demonios? —susurró Taylor.

—A ver si lo entiendo—gritó Natalie—. Estoy soltera durante tres años y nunca muestras ningún interés en mí, pero en cuanto empiezo a salir con alguien, ¿de repente me deseas? Menuda gilipollez, Jared.

—No es eso. Supongo que sencillamente no me fijé en ti hasta que dejé de poder tenerte. Sé que eso me convierte en un capullo, lo entiendo… Pero eso no cambia lo que siento.

No deberíamos estar escuchando esta conversación. De hecho, ni siquiera podía creer que aquella conversación estuviera teniendo lugar.

—Vámonos.

Taylor se alejó conmigo hasta que salimos del pasillo.

—No puedo creérmelo.

—Lo sé. —Nos detuvimos junto a la pared para no estar en medio.

—Natalie va a ponerse tan feliz. —Sacudió la cabeza, incrédula—. Sabía que sólo necesitaba verse con otros chicos para que Jared se fijara en ella.

—No sé qué decirte… Parecía bastante enfadada.

—Se le pasará.

—¿Tú crees?

—Oh, sí —respondió—. Lo sé. Cuando estás enamorada de alguien durante tanto tiempo, lo dejas todo con tal de estar con esa persona. —Cambió el peso de pierna y cruzó los brazos sobre el pecho.

Ya no la estaba tocando, y aquello no me gustó. Su cintura era tan diminuta enfundada en aquel vestido. Deseé ponerle una mano a cado lado y apretársela. Quería sentirla entre mis brazos y saber que ella también me sentía.

—Supongo que tienes razón.

—Pero me siento mal por John… Ha salido perdiendo con todo esto.

—Sí. —A mí ya no me importaba un pimiento. Le pasé los brazos por la cintura y la acerqué más a mí. Una cosa era abrazarle la cintura de manera inocente, pero sujetarla de aquel modo era muy distinto.

Pero no me importaba.

Taylor siguió mi movimiento con naturalidad, pensando que aquel contacto era completamente normal. Siguió hablando como si nada hubiera cambiado.

—No sé qué va a hacer Natalie… Puede que rompa con John esta noche.

—Puede. —La miré fijamente, su rostro estaba a sólo unos centímetros del mío. Tenía los labios pintados de rojo, y deseé besarla con tanta fuerza como para que me manchara la cara. Ya había tenido los labios sobre los suyos en una ocasión, y nunca olvidaría lo maravillosamente que me había hecho sentir. Era la clase de contacto que te mataba y al mismo tiempo te daba vida.

Taylor miró hacia el baño, esperando que Natalie y Jared emergieran, antes de mirarme a mí. Sus ojos azules seguían brillando a pesar de la oscuridad de la sala; me recordaban a las luces de Navidad que colgaban en las casas de los suburbios. Contrastaban con el cielo nocturno, trayendo luz y esperanza a todos los que las miraban.

«Joder, quiero besarla».

Mis manos tomaron el control, y mi mente pasó a un segundo plano. No estaba pensando con claridad, y tampoco quería hacerlo. El alcohol me había dado un pequeño empujón, pero era completamente dueño de mis facultades. Taylor también había bebido un poco, pero cuando me miraba sabía exactamente a quién tenía delante.

¿De verdad me importaba lo que fuera a pasar de ahora en adelante? ¿Y si la besaba y Taylor se apartaba? ¿De verdad cambiaría aquello algo? ¿Podía decir con sinceridad que éramos sólo amigos? Cuando lo pensaba en profundidad ni siquiera estaba seguro de que hubiéramos llegado a serlo nunca. La había deseado

desde el primer momento, y cuando me rechazó sólo pasé a ansiarla todavía más.

¿De verdad estaba arriesgando algo?

Mis manos se apretaron sobre su espalda, sintiendo la marcada curva llena de músculos. El contorno de su cuerpo resultaba hipnótico, me encantaban cada uno de sus valles y colinas. Separé los labios para llegar más lejos, pasándolos sobre la tela de su vestido azul.

Ya no me importaba nada.

Sólo la deseaba a ella.

Moví la cabeza hacia delante y la apoyé contra la suya. Taylor no se movió, y sentí una punzada de excitación. Era como si lo hubiera estado esperando, y Taylor apoyó la cabeza contra la mía a su vez. Sus manos se posaron al instante sobre mis brazos, descansando los codos en la articulación. Éramos como dos piezas de un rompecabezas, encajábamos a la perfección.

Aquel momento provocó algo que no me había esperado.

Me asustó.

Aquella sensación de excitación no tenía comparación. Había estado con muchas mujeres diferentes en diversas situaciones, y ninguna de ellas había conseguido que sintiera algo así. Mi corazón no conseguía comprender qué estaba pasando realmente. La caricia parecía natural, como si el destino de nuestros cuerpos hubiese sido hacer aquello desde el principio.

La serenidad que me inundó a continuación resultó todavía más inesperada. Me sentí en paz. Me sentí feliz.

Sentí que aquel era mi sitio.

A su lado.

El afecto era tan maravilloso que creaba ecos en mi interior. Mi pulso se ralentizó; por fin estaba en el lugar correcto. Cada beso y caricia que compartía con desconocidas sólo servía para recordarme lo solo que estaba, pero con Taylor era todo lo contrario, me recordaba que no estaba solo.

Porque estaba con ella.

Resultaba tan aterrador como reconfortante. No quería que volvieran a romperme el corazón, pero le había entregado todo lo que tenía a la mujer que tenía delante sin siquiera ser consciente de ello.

Taylor me había dicho que todo cambiaría cuando encontrase a la mujer sin la que no podría vivir.

Y vaya si tenía razón.

Seguía queriendo besarla, pero el abrazarla así sin más también me proporcionaba una increíble sensación de satisfacción. Mis brazos la rodeaban como una jaula, y tenía la cabeza apoyada contra la suya como si me perteneciera.

Era mía.

Deseé llevarla a mi apartamento para poder besar hasta el último centímetro de su cuerpo. Adoraría su piel con la boca, con tanta intensidad que le dejaría marcas.

Quería hacerle el amor.

La giré y le hice apoyar la espalda contra la pared. Mis manos la aferraron con más fuerza, sintiendo la anchura de sus caderas y la estrechez de la cintura. Pegué el rostro al suyo y me preparé para aquel beso que me cambiaría la vida.

Para mejor o para peor.

—Que te jodan, Jared. —Natalie recorrió el pasillo a zancadas—. Esto es increíble. Sabías lo llevaba sintiendo por ti desde hace tres años y no te importó en lo más mínimo, pero en cuanto sigo adelante con mi vida, de repente quieres que esté contigo. ¿Es que eres un crío?

Me aparté de Taylor y me aclaré la garganta. El momento había quedado hecho pedazos, y no podía seguir arrinconándola contra la pared mientras todo el mundo nos miraba. No la miré; no quería ver su reacción.

«¿Y si se siente aliviada?».

—Lo siento —dijo Jared—. No sabía que sentía esto hacia ti hasta que te he visto con otra persona. No lo he hecho a propósito.

—En cuanto rompa con él volverás a perder todo interés en mí.

—Eso no pasará.

Natalie volvió a alejarse, furiosa, y Jared la siguió de cerca.

Taylor miró cómo se alejaban, preocupada por su amiga.

Y yo la miré a ella. El corte del vestido me estaba volviendo loco. Quería besarle los pechos y escuchar el ritmo acelerado de su corazón, quería oír cómo latía por mí. Quería sentir su respiración bajo mi cuerpo, oírla gemir cuando le hiciera todo lo que le gustaba.

Mis pensamientos eran todavía peores de lo que lo habían sido anteriormente. No era que me obsesionase el sexo por todo el tiempo que hacía que no me acostaba con alguien.

La que me obsesionaba era ella.

Taylor se los quedó mirando antes de girarse hacia mí de nuevo. La expresión de sus ojos no era la misma que había habido antes en ellos; ahora había vulnerabilidad. Se puso un mechón de pelo tras la oreja, un gesto que nunca hacía.

«La he afectado».

—Tengo que ir a ver cómo está Natalie. —Volvió a colocarse el mechón, aun a pesar de que no se había movido del sitio.

—Sí…

Se aclaró la garganta y fue a buscarla, luciendo un culo de lo más espectacular dentro de aquel vestido ajustado, y lo único en lo que pude pensar fue en tenerla debajo de mí mientras le hacía el amor como nunca se lo habían hecho.

Tres
Taylor

—¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres? —Natalie se paseó de un lado al otro delante de mí por la acera. El aire frío nos estaba dejando heladas a ambas, pero era el único sitio en el que podíamos hablar.

—Eh, al pequeño triángulo amoroso que tienes entre manos.

—Oh, Dios, no es un *triángulo amoroso*.

—Lo es, al menos un poco. Dos chicos y una chica, y no es precisamente un trío.

—No es un triángulo amoroso si sólo quiero a una persona. —Siguió paseándose, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho.

Me quedé mirándola al oír lo que acababa de decir.

—Entonces ya tienes tu respuesta.

Se detuvo frente a mí.

—No es tan sencillo.

—¿Cómo no va a serlo? Quieres a Jared

—Sí, pero no quiero estar con un hombre que sólo se da cuenta de que existo cuando ya no estoy disponible.

—¿De verdad quieres estar con un tipo al que no quieres? —La había pillado con ese argumento, y lo sabía.

Natalie mantuvo los brazos contra el pecho mientras empezaba a temblar.

—Supongo que no…

—Dale una oportunidad a Jared. Si la jode, al menos podrás olvidarte para siempre de él.

—Eso es cierto…

—¿Entonces vas a romper con John?

—No, esperaré hasta mañana. Sería bastante frío de mi parte si lo hiciera ahora mismo.

—Sí. —Que te dejasen era un asco.

Una gruesa chaqueta cayó sobre mis hombros, cubriéndome los brazos temblorosos y el cuello. Me rodeó con su calor, manteniendo a raya el aire frío.

Supe quién era sin necesidad de mirar.

Los brazos de Volt me rodearon y su duro pecho se apretó contra mi espalda, calentándome todavía más.

El alivio fue tan agradable que hasta gemí.

Natalie nos miró a los dos con las cejas arqueadas.

No quería hablar del tema, al menos no ahora mismo. Le eché una mirada, diciéndole sin palabras que mantuviera la boca cerrada.

Volt habló junto a mi oído.

—Te vas a congelar aquí fuera.

—He estado a punto hasta que has venido a rescatarme.

—Puede que sea un buen momento para poner punto final a la noche. No quiero que cojas un resfriado.

—Sí… puede.

—Bueno, voy a buscar a Jared. Quiero decir, a John. —Natalie me dirigió una de esas miradas de que tendríamos que hablarlo más tarde y entró en el bar.

En cuanto nos quedamos solos me giré para encarar a Volt, todavía con sus brazos a mi alrededor.

—Gracias por la chaqueta… —Era varias tallas demasiado grande, y parecía más una manta que una prenda de ropa.

—Lo que es mío es tuyo. —Me miró a la cara, bajando la mirada hasta mis labios—. Vamos a mi casa, está más cerca y tengo calefacción.

Una parte de mí no quería ir a su apartamento; era una advertencia para mi corazón sobre lo que podía ocurrir, pero al mismo tiempo quería seguir a su lado.

Lo deseaba más que nada en el mundo.

Volt me pegó a su costado sin esperar una respuesta y echó a andar hacia su calle.

—Cómete esa, Mario. —Volt hizo chocar a Bowser contra mí y me envió volando fuera de la pista.

—¡No! —grité, mirando cómo mi personaje derrapaba fuera de los límites de la carretera. Lakitu, el muñeco que flotaba sobre una nube, me recogió y volvió a ponerme en la pista, pero ya era demasiado tarde. Volt había cruzado la línea de meta.

—Buen intento. —Dejó el mando a un lado y me sonrió de oreja a oreja.

—Has hecho trampa.

—No he hecho trampa, eres así de mala.

—No soy mala. —Solté el mando con una ligera pataleta. A Volt se le daba muy bien aquel juego, y no me gustaba perder una y otra vez.

—La próxima vez te dejaré ganar.

—No necesito tu lástima. —Estaba sentada en el suelo, así que recogí los tacones y me subí al sofá. Metí los pies en los zapatos y apreté el cierre.

—Espero que no planees dormir con ellos puestos.

—Creo que me iré a casa. Mañana me espera un montón de ropa que lavar y una tonelada de tareas domésticas.

—Contrata a alguien para que limpie.

—Soy profesora, no puedo permitírmelo.

Volt me sujetó por el tobillo y me quitó el zapato de un tirón.

—Son las dos de la mañana. Quédate a dormir.

Me pasaba algo raro, pero no era capaz de identificar exactamente qué era. La zona entre mis piernas ardía de pura desesperación, y en lo único en lo que podía pensar era en Volt encima de mí y en mis piernas rodeándole la cintura. Ansiaba tanto

sentirlo en mi interior que me daban ganas de gritar. El deseo sexual me había tomado por sorpresa, empezando por el beso que habíamos compartido algunas semanas antes, pero ahora había cobrado toda su fuerza.

Aquello era en lo único en lo que podía pensar cuando sus brazos me rodeaban. Cuando sus labios se acercaban a los míos, el único pensamiento que plagaba mi mente era succionarlos hasta dejarlos en carne viva. Ansiaba que aquel cuerpo ardiente y desnudo me mantuviera caldeada durante toda la noche.

No podía dejar que ocurriese. Volt lo estaba notando. Debía de ser capaz de leer la expresión en mi rostro, y puesto que sabía que lo deseaba, él también quería que ocurriera. Pero aquello nos llevaría por un camino que había estado intentando evitar desde el principio.

Los amigos no podían compartir una noche de buen sexo y olvidarlo todo a la mañana siguiente.

O, como mínimo, yo no podía.

—De verdad, tengo que irme a casa. Natalie probablemente querrá pasarse mañana para hablar de su triángulo amoroso.

—Entonces ve a casa mañana por la mañana. —Me sujetó el otro tobillo y me quitó también ese zapato, dejándolo caer en el suelo de madera con un ruido sordo.

Sólo me haría falta recogerlos y salir de allí, pero no podía.

Me quedé completamente inmóvil.

Volt se acercó más, cambiando de lugar en el sofá, y me puso la mano en el muslo. Nunca antes me había tocado de aquel modo, nunca había llegado a un nivel tan íntimo. Apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá mientras se inclinaba hacia mí, acariciándome el cuello con su respiración.

—Quédate conmigo.

Los escalofríos me recorrieron la espalda cuando sus palabras aterrizaron sobre la piel expuesta del cuello. Su intensidad era más que suficiente para dejarme con la boca seca y hacer que se me acelerase el corazón. Quise encogerme, pero al mismo tiempo no

quería que apartase la mano de mi pierna.

Me gustaba que estuviera allí.

Sentí cómo me clavaba los ojos en el rostro, ordenándome que lo mirase. Me resistí durante casi un minuto, pero el calor empezaba a ser demasiado. Me abrasaba la mejilla, dejando una marca permanente que sólo él podía ver.

Me giré hacia él, invadida por un miedo y una excitación simultáneos. Me dolían los labios de lo mucho que lo deseaba. Volt ya no era sólo un amigo; aquella noche era todas las fantasías que había tenido alguna vez. Nuestra amistad había salido volando por la ventana y nuestros instintos primarios habían tomado el control. Queríamos atacarnos el uno al otro hasta que ambos estuviéramos desnudos y sin aliento.

Me miró a los ojos, con aquel mismo deseo reflejado en la cara. Me observaba como si fuera una presa herida; no podía huir, era una herramienta para su placer. Su mano me aferró el muslo con suavidad, haciendo que la sangre fluyera todavía más entre mis piernas. El centro de mi cuerpo palpitó con desesperación, excitándose rápidamente. No podía controlar mi respiración, no sabía qué hacer. No importaba cuánto aire inhalase, era como si siguiera faltándome. Me sentía como si estuviera corriendo un maratón carente de meta. Jadeé, reuniendo la energía que me haría falta para llegar al final.

Volt acercó más su cara a la mía, buscando mi mirada y encontrando la misma emoción que lo invadía a él. Su mano se separó de mi muslo y se hundió en mi cabello, aferrándolo suavemente entre los dedos con un agarre tan fuerte que me imposibilitaba la huida.

Dios, cuánto lo deseaba.

Deseaba que me tomase como su prisionera.

Y que nunca me dejase marchar.

Nunca había estado tan excitada por un hombre. Todo mi cuerpo respondía incluso a la más mínima caricia que me dedicaba. Sentía la cabeza perdida entre las nubes, y mis pies ya no

tocaban el suelo. Había dejado de pensar.

Sólo sentía.

Cerré los ojos; sabía lo que pasaría a continuación. Sabía que su boca se juntaría con la mía en cuestión de segundos, y cuando eso pasara, me volvería incapaz de detenerlo. Volt me llevaría a un mundo que nunca había conocido y me haría desear no abandonarlo jamás. Me daría aquella clase de satisfacción que ni siquiera había sabido que existía.

—Mírame.

Mis ojos se abrieron tras un momento, mirándolo directamente.

Su nariz rozó la mía con suavidad antes de que sus labios me acariciasen la boca.

Inspiré con brusquedad; no había estado preparada para lo bien que se había sentido algo tan simple. Ya nos habíamos besado antes, pero la primera vez yo no había estado en mis cabales, y Volt ni siquiera era consciente de que había habido una segunda.

Pero aquella vez, ambos lo sabíamos.

Ambos vivíamos el momento.

No había nada tras lo que esconderse. No había alcohol ni corazones rotos.

Sólo estábamos nosotros.

El silencio antes de la tormenta pendía en el aire, tan presente que sentí nuestros latidos palpitando con fuerza contra nuestros pechos. Nuestra respiración agitada llenaba la habitación, alimentando todavía más mi deseo.

Volt apretó su agarre sobre mi cabello antes de eliminar el espacio que nos separaba. Sus labios se posaron sobre los míos, y en cuanto entraron en contacto me estremecí de puro éxtasis. Era incluso mejor de lo que lo había sido la última vez. La ligera barba que le cubría el mentón me rozaba con cada caricia, haciendo que el fuego cobrase más fuerza.

Cerró los ojos y le temblaron los labios.

—Joder. —Su beso siguió siendo lento, pero la intensidad aumentó. Sus dedos cobraron fuerza, y su otro brazo me rodeó la

cintura. Me guió lentamente hacia el sofá, haciendo que apoyase el cuello contra el reposabrazos.

Perdí el control.

Mis manos subieron por su espalda, sintiendo cómo se tensaban y relajaban todos los músculos cuando se colocó sobre mí. Moví una mano hasta su cabello y pasé los dedos entre los mechones tal y como había hecho antes. El pelo era suave, aunque ligeramente rizado. Mi vestido empezó a subirse, pero no me importó.

De todas maneras acabaría quitándomelo.

Le rodeé la cintura con las piernas, sintiendo la definición de su miembro a través de los vaqueros, apretados contra mi pelvis.

Me moría de ganas de que estuviera dentro de mí.

Volt movió los labios hasta la comisura de los míos y depositó un camino de besos, bajando por la barbilla y el cuello. Usó la lengua para succionar la piel antes de liberarla, y después fue a por uno de los tirantes del vestido y lo bajó de un tirón, dejando mi hombro a la vista. Gemí cuando lo besó.

—Volt…

Su boca se detuvo sobre mí, respirando con dificultad. Me aferró el costado con la mano antes de volver a dedicarse a aquellos besos tan deliciosos.

No podía respirar. Era una sensación increíble.

Dejó caer varios besos en el hueco de mi garganta antes de volver a subir por el cuello y llegar a mi boca. Rozó los labios con los míos en un gesto juguetón, haciéndome estallar en llamas antes de colar la lengua entre ellos.

Nos imaginé moviéndonos en su dormitorio, desnudos y empapados en sudor. Volt me daría el mejor sexo de mi vida, la clase de satisfacción que duraba hasta mucho después de que todo hubiese acabado. Caeríamos dormidos el uno en brazos del otro hasta que el sol se alzase a la mañana siguiente.

Pero al final, esa mañana siguiente llegaría.

Y todo habría cambiado.

Nunca podríamos volver a ser lo que habíamos sido.

Nuestra amistad quedaría destrozada.

Mi excitación desapareció como si acabara de presionar un interruptor. El momento era maravilloso, demasiado maravilloso, pero tendría que sacrificar algo que amaba a cambio de algo que sólo duraría unas horas.

Era una idea terrible.

No quería que dejara de besarme. No quería dejar de besarlo jamás. Pero tenía que hacerlo.

Le puse la mano en el pecho y lo empujé ligeramente.

—Para.

Volt apartó los labios al instante, pero la expresión oscurecida de su mirada me dijo que quería seguir. La decepción se adueñó de su rostro cuando no cambié de parecer, seguida de la desesperación.

Me aparté rápidamente, recogiendo los tacones del suelo. Volt tenía los ojos fijos en mí, lo notaba, pero fui incapaz de devolverle la mirada, no después de lo que acababa de pasar.

Me puse de pie y me ajusté el vestido. Lo tenía arremangado, mostrando cosas que no deberían quedar a la vista. Noté el ardor de su mirada clavada en mi espalda. Sentí su rechazo.

Entretenerme sólo empeoraría las cosas. Tenía que salir de allí antes de que el calor volviera a cobrar fuerza y lo hiciese arder todo. Tenía que marcharme antes de que se agotase la mecha y llegase la explosión.

Fui hacia la puerta tacones en mano. De camino recogí mi bolso de fiesta de la encimera de la cocina, y al cabo de unos segundos ya tenía la puerta abierta. Pero cometí el error de girarme antes de salir.

Volt no se había movido del sofá. Tenía la mirada perdida frente a él, y su decepción resultaba evidente en el modo en que se le habían hundido los hombros. Su respiración seguía siendo agitada, probablemente por la mezcla de excitación y vergüenza.

Salí de allí y cerré la puerta a mi paso, sintiendo un frío y una soledad repentinos en cuanto me vi en el pasillo. Nos separaba la

puerta de madera, pero podía sentir una corriente oculta que cruzaba aquella barrera. Podía sentir la carga eléctrica.

La corriente.

La conexión.

Cuatro
Volt

Me quedé allí sentado toda la noche.

Cuando amaneció a la mañana siguiente, todavía seguía allí.

Seguía con los ojos abiertos, ahogándome en la tristeza.

Me sentía como un maldito imbécil.

Había creído que la tenía. Habían sido los mejores cinco minutos de mi vida. El beso había sido increíble, y todo mi cuerpo había vibrado al conectar con el suyo. Juntos habíamos creado una corriente eléctrica que nos había atravesado el cuerpo y todo el mundo que se extendía más allá.

Y entonces ella había desconectado el enchufe.

Le había gustado, de aquello estaba seguro. Nadie podía besar de aquel modo sin hacerlo de verdad. Se estaba negando a sí misma aquello que deseaba.

Pero sólo había una razón por la que habría hecho algo así.

No le interesaba.

La había perdido como pareja en potencia, y ahora también la había perdido como amiga. No podríamos recuperarnos de una noche como aquella. Había mostrado todas mis cartas y le había dicho exactamente lo que sentía. Le había mostrado los sentimientos que albergaba mi corazón. La había besado como si fuera todo mi mundo. Le había servido mi corazón en una bandeja de plata.

Y Taylor no lo había querido.

«Estoy jodido».

Estaba sentado frente a Clay, pero era incapaz de concentrarme. Miré el libro de ejercicios que tenía Clay delante, inexpresivo, mientras mi mente vagaba. Los días habían pasado a paso de tortuga; mi vida ya no tenía sentido. No había albergado la más mínima esperanza de que Taylor me llamara, pero aun así me dolía.

—Tío, ¿estás bien?

Mi visión se aclaró y el rostro de Clay cobró definición.

—Estoy bien. ¿Por qué problema vas?

—Si no sabes ni por qué problema voy, entonces es que no estás bien.

Hoy no estaba de humor para su actitud de sabelotodo.

—Vamos a dejarlo, ya seguiremos mañana. No me encuentro demasiado bien.

—¿Qué ocurre? —insistió.

—Nada. —Cerré los libros y los amontoné en una esquina de la mesa.

—¿Es por Taylor?

Me encogí al oír su nombre. Detestaba oírlo; sólo servía para recordarme que no podía ser mía. Su precioso rostro apareció frente a mí, y yo era incapaz de sacudirme su imagen de encima.

—Ella y yo… ya no hablamos.

—¿No sois amigos? —preguntó sorprendido.

—No. —Sin Taylor ya no sabía qué hacer. Le había dado tanto significado a mi vida, y ahora había desaparecido de ella.

—¿Qué ha pasado?

Eran cosas de adultos que no estaba listo para oír.

—Sencillamente lo nuestro no ha funcionado.

Clay siguió interrogándome con la mirada.

—Ya casi he acabado el instituto, no soy idiota.

—No importa la edad que tengas, los hombres nunca conseguirán comprender a las mujeres.

—Ponme a prueba. Soy tu amigo, ¿no?

—Sí, eres mi amigo, pero ni siquiera los amigos se lo cuentan todo.

—La última vez que lo comprobé sí que lo hacían. Así que suéltalo.

—Bueno… Lo probé con Taylor.

—Ooh… —Movió las cejas de arriba abajo.

Lo fulminé con la mirada.

—No me estás pareciendo muy maduro.

Se enderezó y borró la sonrisa de su rostro.

—Bueno, nos besamos un poco. Fue genial, pero Taylor se apartó y se marchó.

—Ay. Debes de ser muy malo besando.

Volví a fulminarle con los ojos.

—Bromeaba.

—No hemos hablado desde entonces.

—Lo siento, Volt. Era mona.

—Lo sé.

—¿Eso es todo? ¿No vas a hablar con ella?

—No. —Marcharse en mitad de un beso era una señal bastante evidente de lo que quería. O bien no quería volver a verme, o al menos necesitaba algo de espacio. No iba a presionarla.

—Bueno… Al menos me tienes a mí.

Intenté sonreír; era un detalle por su parte.

—Lo sé, chaval.

—Eres la clase de hombre del que se enamoran todas las mujeres. Encontrarás a otra persona.

—Sí… —Pero nunca encontraría a otra Taylor.

—Si no vuelve a tu lado, ella se lo pierde. No tú.

Si no hubiera intentado ir por ella, todavía seríamos amigos, pero claro, seguiría atrapado en una situación horrible. Al menos ahora Taylor nunca volvería a hablar conmigo, y así podría seguir con mi vida. Con el tiempo.

Clay recogió sus cosas.

—¿Quieres que hagamos algo distinto? ¿Que vayamos a algún lado?

Nunca antes había pedido pasar el rato conmigo. Normalmente

sólo íbamos a comer algo y él se marchaba en busca de su próxima aventura.

—Claro. ¿Te gustan los videojuegos?

—He jugado a algunos en casa de un amigo, pero no tengo consola.

—Entonces vamos a buscar una pizza e iremos a mi apartamento. Tengo una PS4.

—¡Genial!

Siempre había creído que nuestra relación sólo iba en un sentido. Clay me necesitaba para superar el día, pero ahora me daba cuenta de lo mucho que me había equivocado.

Yo también lo necesitaba.

Cinco
Taylor

Esperaba que Volt me llamase.

Pero nunca lo hizo.

Aquella noche había quedado convertida en un borrón lleno de emociones. Los dos habíamos estado excitados y ansiosos. Volt había querido tener un lío, y yo también, pero no sólo por una noche. Habíamos vuelto a la misma casilla de la que habíamos partido ocho meses antes; Volt quería tenerme en su cama, desnuda.

Y yo también quería.

Pero sabía que acabaría cayendo presa de unas emociones de las que nunca conseguiría librarme. No sería capaz de marcharme como si él no significara nada, porque en el fondo sabía que estaba muy lejos de no significar nada.

Volt lo era todo.

Marcharme había sido la mejor decisión que podía tomar. Volt tenía la capacidad de hacerme pedazos con la mayor de las facilidades, y tenía la sensación de que, si ocurría, jamás podría recuperarme. Me enamoraría de un hombre al que nunca podría tener, y cuando lo viese elegir a otra mujer, me derrumbaría.

No era la mejor de las ideas.

Pasé la semana concentrándome en la escuela y en el control total que estaba ejerciendo sobre mí. El director Rosenthal asistía a todas mis clases, observando mis métodos de enseñanza. Al principio me puso terriblemente nerviosa, pero después de lo que había pasado con Volt, me percaté de que ya no me importaba.

Y aquello lo facilitó todo.

Cubrí los objetivos de los estándares comunes, tal y como me habían indicado, aun a pesar de que mis estudiantes se aburrían como ostras, y les pasé un examen extraído directamente de las últimas páginas del libro de texto especial que daban a los profesores.

Todos sacaron un diez.

Y no aprendieron nada.

Cuando el director Rosenthal dejó de aparecer por clase, supe que había superado la prueba.

Pero aquello era lo último que me importaba.

Empujé el carrito por los pasillos y fue eligiendo la comida que necesitaría para toda la semana. Normalmente me llevaba la comida de casa: un sándwich de pavo y unas manzanas troceadas.

Giré la esquina del pasillo de productos lácteos y me encontré a alguien a quien no había esperado volver a ver nunca.

Sage.

Tenía una cesta de la compra en la mano, y en su interior vi algunas latas de judías, barras de proteínas y una lechuga.

Me quedé tan sorprendida de verlo que fui incapaz de moverme. La culpabilidad se adueñó de mis venas cuando recordé lo que había pasado con Volt la semana pasada. Nos habíamos liado de manera ardiente en el sofá, y yo no había querido que aquello acabase.

Sage había tenido razón en todo.

En lugar de darse la vuelta y marcharse como debería haber hecho, Sage se acercó.

—Hola.

—Hola. —Me aferré al manillar del carrito con manos inquietas.

—Has elegido bien. —Ojeó las cosas que había en el fondo de mi carro.

—Gracias… Son para las comidas de la semana.

—Genial. —Se aclaró la garganta.

—Y… ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Estoy bien.

«He estado mejor, mucho mejor».

—Espero que Volt y tú estéis pasando una buena época. —No lo dijo con resentimiento, sino con sinceridad.

—Eh, supongo. —Era una elección extraña en cuanto a tema de conversación; no supe cómo responder.

—¿Os habéis mudado ya a vivir juntos? —preguntó, riendo entre dientes.

¿Qué?

—¿Por qué íbamos a vivir juntos?

—Taylor, no pasa nada —dijo con amabilidad—. Sé lo vuestro. No es para tanto. Quiero decir, de todos modos nunca tuve ninguna posibilidad.

—¿Qué sabes lo nuestro? —¿Qué había que saber?—. Sinceramente, no tengo ni idea de qué estás hablando.

—¿No lo sabes? —me retó.

Ladeé la cabeza, sintiéndome cada vez más irritada.

—Sage, Volt y yo sólo somos amigos. No sé a qué te refieres. Si fuéramos pareja, te lo diría.

—¿Me estás diciendo que nunca te ha dicho lo que siente? —preguntó, incrédulo.

—¿Lo que siente respecto a qué?

Sage retrocedió un paso.

—Oh… Supongo que no lo ha hecho.

—¿Decirme el qué? —insistí.

—No importa. No he dicho nada. —Se giró con la cesta en la mano.

¿Podía dejar que se marchase sin averiguar la verdad? ¿Qué podía saber él que yo no supiera?

—Sage, espera. —Abandoné mi carrito por completo y lo seguí—. Necesito saber de qué estás hablando.

—Uh, no es asunto mío como para hablar de eso. —Me esquivó.

Volví a bloquearle el paso.

—Venga. No puedes insinuar algo así y después intentar disimular. No voy a dejarte tranquilo hasta que me lo digas.

—De acuerdo. —Dejó la cesta en el suelo para no tener que seguir cargando con ella—. Volt vino a mi casa hará unas dos semanas.

—¿Qué? —¿Dónde había estado yo? ¿Por qué no me había dicho nada Volt?

—Intentó convencerte de que te diera otra oportunidad. Dijo que estabas completamente hundida sin mí y que me necesitabas en tu vida para ser feliz. Le dije que se equivocaba, que lo había entendido al revés.

Admití que sí que me había entristecido que Sage me dejara, pero desde luego no me había quedado hundida. Y nunca había dicho que lo necesitase para ser feliz.

—¿Te dijo que yo había dicho eso?

—Dijo que te había oído hablar por teléfono con una amiga.

«Sara. Debió de oírme cuando hablaba con Sara».

—Así que intentó volver a juntarnos, pero le dije que no funcionaría. No iba a estar con una mujer que deseaba a otro hombre.

No volví a negarlo; hubiese sido inútil. Después de besar a Volt el otro día, lo cuál había sido ya la tercera ocasión en que nos habíamos besado, no podía seguir mintiéndome a mí misma.

—Y admitió que sentía algo por ti, que llevaba mucho tiempo sintiendo algo por ti. Salió con Julia en un intento de superarte. Siempre te está rondando porque está obsesionado contigo.

Oí lo que Sage estaba diciendo, pero me hizo falta un largo momento para que mi cerebro procesase aquella información. Entendía cada palabra y su significado, pero aun así no conseguía hacerme a la idea.

—¿Que dijo el qué?

—Por favor, no irás a decirme que llevas todo este tiempo sin

notarlo. Casi lo lleva escrito en la frente; ¿nunca te has dado cuenta de cómo te mira?

Me quedé en blanco al intentar recordar alguna de aquellas supuestas pruebas. Había asumido que Volt no estaba interesado en mí, así que ni siquiera había prestado atención.

—Le dije que fuera a por ti, pero supongo que no lo hizo.

Sí que había ido a por mí, pero yo no había comprendido lo que Volt quería. Mi mirada se desvió hacia el suelo mientras intentaba absorber toda aquella información. Recuerdos de todos nuestros momentos juntos me vinieron a la mente; recordé todas las caricias inocentes y las veces que dormíamos el uno junto al otro. Recordé todas las veces que había insultado tanto a Drew como a Sage, la manera en que había cargado conmigo en la montaña cuando me torcí el tobillo.

Por fin lo veía.

Sage vio cómo me cambiaba la cara.

—¿Ya te has dado cuenta?

—No… no lo sabía.

Se inclinó para volver a coger su cesta.

—Sois la gente más tonta que conozco. Ve a buscarlo y dile lo que sientes, y que seáis felices para siempre.

Llamé dando un golpe en la puerta, y me arrepentí al instante.

Mis pies me habían llevado solos hasta allí, pero no sabía qué hacer.

No tenía ni idea de lo que iba a decir.

«Joder, ¿qué hago?».

La puerta se abrió, sin importar que yo todavía no estuviese preparada, y me encontré cara a cara con él.

Volt me miró con frialdad. No me dio ninguna pista, de hecho parecía incluso indiferente. Mi rechazo le había dolido y todavía no se había recuperado.

—Hola.

—Hola… —Me faltaba tanto el aire que ni siquiera podía mantener la calma.

El sonido de la televisión llegaba hasta la puerta; parecía un juego de carreras.

—¿Estás ocupado? —pregunté.

—Clay y yo estamos echando una partida.

—Oh. Creo que me pasaré más tarde entonces.

La televisión se apagó y Clay apareció con la mochila al hombro.

—Yo ya me iba. Nos vemos. —Me apartó a un lado y se marchó, huyendo casi a la carrera de la escena.

Volt no se despidió, sólo dio un paso atrás y me dejó pasar al apartamento. Tenía los hombros tensos y parecía aterrador; nunca le había visto comportarse de un modo tan frío. Era como si me odiase.

—Deja que te ahorre algo de tiempo. Me parece bien que no quieras que seamos siendo amigos; puedes seguir con tu vida. No te molestaré. —Sacó una cerveza de la nevera y la abrió.

—No he venido a decirte eso.

—¿De verdad? —Dejó el botellín en la encimera, aunque acababa de abrirlo.

—De verdad.

—¿Entonces a qué has venido? —Se apoyó contra los armarios, con los brazos cruzados sobre el pecho. La actitud abierta que siempre había tenido conmigo había desaparecido; era igual de frío que el día en que lo conocí. Acababa de retroceder ocho meses en el tiempo.

Entrelacé las manos frente a la cintura y me acerqué a él, sin dejar de sentirme intimidada.

—Me he encontrado a Sage.

Levantó los ojos al oír mi comentario. Su rabia desapareció por un segundo, siendo reemplazada por el miedo.

—Y me ha dicho todo lo que le dijiste. ¿Es verdad?

—¿Si es verdad el qué? —preguntó en voz baja.

—Que sientes algo por mí. —Me tembló la voz al decirlo, dejando las palabras entrecortadas.

Volt rompió el contacto visual y miró el suelo.

—Me parece que lo que siento es bastante evidente. Todo lo que he hecho y dicho lo ha dejado muy claro; no necesitas que te responda a esa pregunta.

—Pero quiero que la respondas.

Se apartó del armario, todavía con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sí. —Me mantuvo la mirada al decirlo, reflejando todos sus sentimientos y emociones en sus ojos—. Llevo sintiéndome así desde… desde el día en que te conocí. En su momento no me di cuenta, pero empecé a ser consciente un poco más tarde, y para cuando por fin dejé de ser un idiota, ya estabas con otra persona… y después con ese tío. No dejaba de perder la oportunidad de decirte lo que sentía.

No podía negarlo, no ahora que lo había oído de sus propios labios. Sage había tenido razón en todo desde el principio.

—¿Qué significa eso?

—No entiendo tu pregunta.

—Quiero decir, ¿qué significa eso? —insistí—. ¿Qué quiere decir que sientes algo por mí? ¿Que quieres que seamos amigos con derecho a roce? ¿Que quieres una relación? ¿Qué?

—¿De verdad tengo que deletreártelo? —susurró.

—Lo siento si parezco un poco densa, pero… Después de todo lo que me has contado sobre ti, no estoy muy segura de qué puedes ofrecerme.

—¿De qué puedo ofrecerte? —Enderezó la espalda, ladeando ligeramente la cabeza—. ¿Quiere decir eso que te intereso? —La esperanza resonó en su voz como lo haría una campanilla. Levantó ecos en su apartamento, desdibujando nuestro telón de fondo pero sin llegar a borrarlo.

Estar tan cerca de él y oírlo decir aquellas palabras me sacó de

mi constante estado de negación. No había dejado de decirme a mí misma que Volt era un amigo, pero nunca lo había sido, en realidad no. Me había mentido a mí misma tantas veces que había acabado creyéndomelo.

—Sí.

Se tensó ligeramente ante mi respuesta, y aquella frialdad al fin desapareció de sus ojos. Dio otro paso hacia adelante y el hombre al que conocía volvió a la vida.

—Taylor, te daré todo lo que quieras. Sólo tienes que decirme qué es, y te lo daré, porque haría cualquier cosa con tal de estar contigo.

Los ojos se me anegaron de lágrimas sin que me diese cuenta. No las dejé caer, pero no dejaron de manar hasta que fui incapaz de contenerlas. Sentí cómo las gotas me recorrían la cara.

—Pequeña. —Volt cerró la distancia que nos separaba y hundió los dedos en mi pelo. Apoyó la frente sobre la mía y miró cómo caían las lágrimas.

Sorbí por la nariz y me las sequé rápidamente, avergonzada por lo rápido que mi corazón había perdido el control. Todo lo que había estado conteniendo surgió a la superficie. Me había dicho a mí misma que no sentía nada por él, pero de todos modos había acabado haciéndolo. Había estado obsesionada con él durante todo aquel tiempo sin ni siquiera saberlo. Todas las noches que había pasado durmiendo a su lado significaban algo, cuando acudí a él después de que Drew me fuera infiel, lo hice porque quería estar con él y con nadie más. Cuando lo elegí a él antes que a Sage, fue porque era la persona más importante de mi vida, sólo él.

—Me siento tan estúpida…

—No lo hagas.

—Me siento estúpida por no saber cómo te sentías. Me siento estúpida por mentirme a mí misma durante tanto tiempo. Todo esto… es tan estúpido.

—Al menos ahora sabemos lo que sentimos de verdad. —Me secó las últimas lágrimas con los pulgares—. Incluso si nos ha

llevado todo este tiempo.

Asentí, sintiendo sus manos sobre mi rostro. Le sujeté las muñecas por puro instinto, aferrándome a ellas con fuerza. Podía sentir sus latidos bajo los dedos, fuertes y estables.

—¿Eres mía?

Sólo pude asentir.

—Y yo soy tuyo.

Seis
Volt

Me acababan de quitar un peso de encima.

Me sentía libre.

Todo el dolor que había mantenido enterrado en lo más hondo de mí desapareció al instante.

Fue como si nunca hubiese estado ahí.

Me tumbé junto a Taylor en la cama, con todas las luces apagadas. Después de nuestra conversación tan cargada de emociones, nos habíamos ido a mi dormitorio y nos habíamos acurrucado bajo las mantas. El sol ya había desaparecido tras el horizonte, y no estaba seguro de qué hora era. Había asumido que, en cuanto Taylor fuese mía, pegaría la boca a la suya y no dejaría de besarla hasta que le dolieran los labios.

Pero era feliz estando así.

Taylor me miró a los ojos y me pasó los dedos por los brazos. El maquillaje se le había corrido por las lágrimas de antes, pero en lugar de darle peor aspecto hacía que estuviera todavía más guapa.

Porque habían sido lágrimas de felicidad.

Coloqué la mano sobre su estómago, sintiendo la superficie plana y las pequeñas costillas que había debajo. Me percaté de lo grande que parecía mi mano en comparación. Me encantaba saber que podía acariciarla y tocarla siempre que quisiera.

Le exploré el brazo y el hombro, sintiendo su presencia por todas partes y disfrutando de hasta el último minuto. Hasta ahora el lugar que más me había gustado era su cabello; adoraba lo suave que era, y la manera en que reaccionaba cuando se lo acariciaba. Cada vez que lo hacía separaba los labios ligeramente y soltaba

una pequeña e inocente bocanada de aire que me ponía el vello de punta.

Taylor hizo lo mismo conmigo. Tanteó los músculos de mi brazo, seguido del hombro, y después me pasó los dedos por el pelo con total libertad, grabando hasta el último detalle en su memoria. Bajó hasta la barbilla y la ligera barba que tenía, producto de mi pereza. No me había afeitado en toda la semana, demasiado deprimido como para que me importara qué aspecto tenía.

Ahora deseaba haberme aseado un poco.

—Así que… ¿Qué quieres hacer? —Dibujó un camino con los dedos sobre mis labios.

—Esto.

—A mí también me gusta.

El mundo del exterior era frío; se suponía que iba a nevar durante el fin de semana. El invierno había llegado a la ciudad, y la todo el mundo se había escondido bajo las chaquetas y las bufandas, pero no entraba en mis planes marcharme, no a menos que Taylor también lo hiciera.

—Ojalá me lo hubieses dicho antes… —Apartó la mirada de mis labios y me miró a los ojos—. No habría malgastado el tiempo con Drew… ni con Sage.

—A mí también me hubiera gustado. —Pero cada vez que había reunido el coraje suficiente para dar un paso adelante había acabado llegando demasiado tarde. Al menos al final todo había salido bien.

—¿Cuándo pasó? —Me acunó el rostro y apoyó la frente cerca de la mía, sobre la almohada.

—En realidad no estoy seguro.

Siguió mirándome fijamente, esperando una respuesta más elaborada.

—Fue poco después de que nos conociéramos. Creía que éramos sólo amigos, pero en realidad… Me estaba enamorando de ti. Durante mucho tiempo dejé de ir acostándome con otras. Julia fue

la única persona con la que tuve sexo, y no lo disfruté en lo más mínimo. Sólo intentaba superar lo que sentía por ti.

—Sage y yo rompimos hace ya unas semanas. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Creía que sería un capullo si iba detrás de ti cuando acababas de salir de una relación. Quería darte algo de tiempo primero.

—Oh…

—Pero no funcionó… —Porque la besé.

—Todo el mundo me repetía sin cesar que sentías algo por mí… Y nunca los creí.

—Bueno, no es que seas muy lista —bromeé—. Fui de lo más evidente, no voy a intentar disimular.

—Supongo que era demasiado bueno para creerlo, así que no me lo creí.

Me resultaba imposible comprender cómo podía haber pensado que no me atraía; nunca antes había deseado a una mujer de aquel modo. Y no era sólo en el plano físico, lo que resultaba lo más sorprendente de todo; era a un nivel más profundo, era mi alma la que la necesitaba.

—Pues ya puedes creerlo. —Me coloqué sobre ella y le hundí una mano en el pelo. Estaba justo donde quería estar, con su cuerpo debajo del mío. Taylor me rodeó la cintura con las piernas, abrazándome con fuerza—. Acuéstate conmigo.

Me arrastró las uñas por la espalda.

—No voy a irme a ningún sitio.

Froté la nariz contra la suya antes de presionar la boca contra aquellos labios tan suaves. Era el primer beso que compartíamos con un significado real; ya había anticipado cómo sería, a fin de cuentas ya lo habíamos hecho antes, pero de algún modo y para mi completa sorpresa, fue incluso mejor.

Siempre que había besado a una mujer lo había hecho de manera agresiva. Normalmente les dejaba los labios magullados por lo mucho que me lanzaba pero, aunque Taylor me volvía loco, no la deseaba de aquel modo.

Quería ser suave.

Moví los labios sobre los suyos y le succioné el inferior con cuidado. Taylor jadeó en silencio al sentir cómo la acariciaba con besos amables. Cada vez que respiraba contra mi boca, insuflaba un poco más de vida en mí.

Separé los labios y Taylor coló la lengua entre ellos, haciendo que se me curvara la espalda del placer. Fue mi turno de gemir, y lo hice en voz baja. Cerré los dedos, sujetándole el pelo y manteniéndola inmóvil aun a pesar de saber que no iba a irse a ningún sitio. Me moví contra ella poco a poco, sintiendo el instinto de mis caderas de embestir.

Los dedos de Taylor encontraron el final de mi camiseta y me la quitaron por la cabeza, despeinándome. La lanzó a un lado y después me pasó las manos por el pecho, tanteando cada línea de músculos. Avanzó por los hombros, evaluando su fuerza.

—Eres tan hermoso, Volt…

Me había llamado guapo, sexy, macizo, dios.

Pero nunca eso.

Y me gustó. Así era como yo la miraba a ella. Creía que era una mujer asombrosa con un culo maravilloso, pero bajo la piel era todavía más hermosa. Por eso me había enamorado de ella, porque era algo más que una cara bonita.

Tenía un alma preciosa.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

En lugar de poner los ojos en blanco o decirme que era un mentiroso, Taylor me creyó. Vio la sinceridad en mi mirada y supo que no era un truco para meterme entre sus piernas. No tenía ningún objetivo más que el de ser sincero.

—¿No crees que soy una chica rara con ropa rara? —La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa.

—Siempre lo creeré. —Reí entre dientes y froté la nariz contra la suya—. Pero de todas maneras vas a pasar la mayor parte del tiempo desnuda conmigo; la ropa no importa. —Quería estar dentro de ella, moverla contra el cabezal de la cama y hacer que se

corriera durante toda la noche. Pero no tenía ninguna prisa. Sólo quería que fuera mía, y ahora mismo la tenía y era feliz.

No necesitaba nada más.

Taylor me atrajo hacia ella con las piernas y me acunó la cara entre las manos. Me dirigió una mirada que no había visto nunca antes. Me adoraba, se estaba abriendo total y completamente para mí. Atrajo mi boca hasta la suya para un beso profundo. Inspiró bruscamente en cuanto nos tocamos, como si mis labios le hubieran quemado.

—Volt…

Me dolió todo el cuerpo con sólo oírla. Ya había fantaseado antes con oírla decir mi nombre, pero cada vez que lo oía de verdad me llevaba a un nuevo plano existencial.

—Me encanta oírte decirlo.

—Y a mí me encanta decirlo.

Había planeado saltarme el trabajo y quedarme con Taylor para siempre.

Pero ella no contaba con ese lujo.

—Tengo ir a clase. —Se apartó de mí y recogió la ropa del suelo—. Lo siento. Si pudiera quedarme contigo, lo haría.

—Te quedan días disponibles por enfermedad, usa uno.

Sostuvo sus vaqueros y la blusa contra el pecho. Iba vestida con unos de mis pantalones de deporte anchos y una camiseta, pero conseguía que pareciera un conjunto tan sexy como lo habría sido algo de lencería.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Sí que puedes. ¿Por qué crees que te dan días por enfermedad?

—Para acostarme con mi novio seguro que no.

Novio. Aquella palabra me resonó con fuerza en los oídos, pero en el buen sentido.

—Pequeña, vamos. —Ahora podía llamarla como quisiera sin tener que contenerme. Era mi chica, y tenía todo el derecho a usar motes como aquel. Le quité la ropa de entre las manos y la lancé sobre la cama—. Quédate conmigo.

Se ablandó como la mantequilla al sol. Estaba rindiéndose ante mí, derritiéndose hasta quedar convertida en un charco. Sus ojos se desviaron de nuevo hacia la cama, considerando el volver a meterse dentro.

—No… No puedo. Mis estudiantes me necesitan.

—Yo te necesito. —La aferré por las caderas y la levanté en el aire. Me rodeó la cintura con las piernas de manera automática, como si hubiéramos practicado aquella posición cientos de veces. Ya había cargado con ella antes, pero no en aquella posición.

Y me gustaba.

Su pecho se apretaba contra el mío, haciendo que la firmeza de sus pechos resultara de lo más distintiva bajo la camiseta. Sentí como sus pezones se frotaban a través de la tela contra mi torso desnudo; me dieron ganas de quitarle la prenda de ropa y besar el valle entre sus senos.

—Te serviré el desayuno en la cama.

—A pesar de lo tentador que suena eso, sabes que no puedo quedarme. —Me dio un último beso en los labios antes de deslizarse por mi cuerpo para apoyar los pies en el suelo—. Pero volveré después del trabajo.

Intenté ocultar mi decepción, pero me resultaba difícil.

—De acuerdo.

—Y siempre queda el fin de semana.

—¿Te quedarás a dormir conmigo?

—Sí.

Aquello podía aceptarlo. Volví a sujetarla por las caderas y le di un beso rápido.

—Te tomo la palabra.

—Tal y como esperaba.

Clay era mi última tarea del día, y aquello estaba afectando seriamente mis planes.

Tenía a una mujer preciosa esperándome. Ahora mismo habríamos podido estar juntos en la cama, comiendo comida china directamente de la caja e intercambiando besos robados bajo las sábanas.

Pero en lugar de eso estaba trabajando.

Clay estaba haciendo algunos problemas matemáticos, y se quedaba bloqueado en muchos de ellos. Lo ayudé a todo correr, intentando que acabara la tarea tan rápido como fuera posible. Quería que el chico aprendiera, pero ahora mismo me apetecía más liarme con mi novia.

—¿Por qué estás tan raro hoy? —Clay era un joven observador; notaba los gestos de la gente por muy sutiles que fueran, probablemente porque aquella había sido la clave de su supervivencia. Observaba a la gente y predecía su comportamiento antes de que éste tuviera lugar.

—No estoy raro.

—Vas a mil por hora y, básicamente, te saltas la mayoría de las preguntas. ¿Qué pasa?

Bueno, hasta allí había llegado mi plan de no ser tan evidente.

—De acuerdo. Esto es lo que pasa.

Clay soltó el lápiz y se cruzó de brazos.

—Resulta que… Taylor es oficialmente mi chica.

Sonrió de oreja a oreja.

—Ya iba siendo hora.

—Y… Me muero de ganas de estar con ella.

—Querrás decir que te mueres de ganas de catarla.

Lo miré con irritación en los ojos.

—No.

—Ya, lo que tú digas.

Puede que me apeteciera una mamada o follarle las tetas, pero

no tenía ninguna prisa. Las cosas buenas llegarían en su debido momento.

—Por fin es mía, y simplemente tengo ganas de estar con ella. Lo siento si no estoy siendo muy profesional.

—No pasa nada. —Cerró el libro de texto—. ¿Qué tal si lo dejamos por hoy?

—Eso no es necesario. Sigamos con el trabajo.

—No, yo tampoco quiero seguir aquí dentro. —Guardó todas sus cosas en la mochila—. Diviértete, y recuerda, protección siempre.

—Clay.

—¿Qué? —preguntó, riéndose—. El sexo seguro es importante.

—Tienes dieciséis años, no hables así.

—No he usado ninguna palabrota, ¿verdad?

—Si se te ocurra hablar así cuando estés en una entrevista para la universidad.

Puso los ojos en blanco.

—Como si fueran a hacerme alguna. —Se giró hacia la puerta; la mochila pesaba de lo llena que iba.

—Clay, las tendrás. Ten algo de confianza.

—¿Esas entrevistas no se hacen sólo en las universidades importantes? —Se giró, apoyando la mano sobre el pomo de la puerta.

—Sí.

—Bueno, entonces no van a entrevistarme, y los dos lo sabemos.

—Eso no es verdad. —Había logrado un gran progreso en los últimos meses. Sus notas habían cambiado tanto que uno de sus profesores había llegado a llamarme y me había hecho algunas preguntas sobre los métodos que usaba con Clay. Ya había alcanzado el nivel de todos los demás, y ahora empezaba a superarlos. Tenía mucho más potencial del que era consciente—. Ya lo verás.

Le envié un mensaje a Taylor antes de llegar a mi apartamento.

Acabo de llegar a casa. ¿Dónde estás?

La pantalla se iluminó con tres puntos suspensivos.

¿Por qué estaba tardando tanto en responder? Necesitaba saber dónde estaba en cada momento del día. Si estaba en casa, entonces estaba yendo en la dirección opuesta. Quizás debería haber ido primero a su apartamento. Iba vestido con un traje y me apetecía cambiarme de ropa, pero de todas maneras lo más probable es que quitándomela, así que qué importancia tenía.

Los puntos suspensivos seguían ahí.

Giré la esquina y recorrí el vestíbulo hacia mi apartamento, con los ojos todavía fijos en la pantalla. Si alguien chocaba ahora mismo conmigo, seguiría sin darme cuenta de su presencia. Metí la mano en el bolsillo en busca de las llaves sin apartar la mirada.

¿Cómo podía escribir tan lento?

—Hola. —Su preciosa voz me llegó a los oídos igual que la haría la de un ángel. Creí que me la había imaginado.

Alcé los ojos y la vi de pie frente a mi puerta. Tenía una bolsa de comida china en la mano y un pack de seis de mi cerveza favorita. Todavía llevaba la ropa de la escuela, un vestido negro con medias grises, cubierto por un grueso abrigo blanco y una bufanda rosa chicle alrededor del cuello.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y le quité las cosas de la mano, arrinconándola contra la pared con un gesto fluido antes de besarla suavemente en la boca. Sus manos se deslizaron por mi pecho hasta acunarme la cara. Me besó lentamente, pero con el mismo deseo, como si hubiera estado pensando en aquello todo el día.

Yo desde luego lo había hecho.

Respiré contra su boca y sentí cómo se me aceleraba el pulso. Era como un coche en la autopista, con el motor revolucionándose hasta quedar al rojo vivo. Taylor me hacía sentir más satisfacción

con un beso que ninguna otra cosa que hubiera recibido de ninguna otra mujer en el pasado. Estaba loco de excitación, pero al mismo tiempo sometido. Besarla me resultaba tan cómodo, como si llevara haciéndolo toda mi vida. Nuestras bocas se habían diseñado para participar en aquel abrazo silencioso.

Taylor fue la primera en apartarse.

—Hola…

—Hola. —Froté la nariz contra la suya, sin soltar la comida ni la cerveza. Deseé dejarlo caer todo para poder acariciarla por todas partes. Aquellas caderas amplias eran irresistibles, quería aferrarme a ellas y no soltarlas nunca.

—Te he echado de menos.

Aquello era mucho mejor que hablar sucio durante el sexo.

—Joder, yo también te he echado de menos.

Sus manos continuaron frotándome el pecho, de arriba a abajo. Una de ellas se desvió y sacó las llaves de mi bolsillo. Si movía un poco más la mano, Taylor notaría perfectamente mi erección dura como la roca aun a través de los pantalones del traje.

Sacó las llaves e introdujo la correcta en la cerradura.

Entré detrás de ella, pegando el pecho a su espalda. El olor a vainilla y naranjas me rodeó, y me sentí como si estuviera en medio de una plantación de naranjos en mitad del invierno. A aquello era lo que me recordaba Taylor, al invierno en el paraíso.

En cuanto estuvimos dentro dejé la comida para llevar y la cerveza en la mesa de la cocina, quitándome después la chaqueta y la corbata. Habría podido ir a trabajar sólo con vaqueros, pero cada dos por tres había una u otra reunión, y detestaba no tener el mejor aspecto posible.

—Déjate la camisa. —Taylor hizo desaparecer la distancia que nos separaba y colocó los dedos sobre el primer botón—. Quiero hacer los honores.

Mis manos se movieron a sus caderas, y la observé con atención, atesorando la sensación de sus dedos desnudándome. El cabello castaño le caía sobre uno de los hombros, dejando la

preciosa piel del cuello expuesta. Me dieron ganas de besar toda la zona, pasar la lengua hasta el hueco de su garganta.

Taylor fue bajando hasta sacar la camisa de dentro de los pantalones, desabrochando el último botón y abriendo la camisa de par en par para revelar mi pecho desnudo. Sus manos pasaron a mis hombros, llevándose la camisa con ellas.

Observé cada uno de sus movimientos, fascinado por el deseo que se le reflejaba en la mirada. Me deseaba tanto como yo la deseaba a ella, y aquello era lo más excitante de todo. Resultaba exhilarante poder mirarla tan fijamente, poder llevar el corazón en la mano para que supiera exactamente lo que sentía.

No tenía que esconderme.

Apoyó la frente justo en el cetro de mi pecho, dejando los dedos sobre mi estómago. Se quedó en aquella posición, escuchando mis latidos.

Mis manos se apretaron alrededor de su cintura, arrugando el vestido entre los dedos. Quería verla desnuda y tumbada en mi cama, quería que se enamorase tanto de mí que nunca me abandonase.

Taylor depositó un suave beso sobre mi esternón y sus dedos viajaron por los músculos y las costillas al mismo tiempo. Usó ligeramente las uñas, enviando una pequeña punzada de deseo. Sus labios se adhirieron durante un momento a mi piel antes de separarse.

Debería haberla reclamado en el mismo instante en que le puse los ojos encima.

Cuánto tiempo perdido.

Sus labios me dieron otro beso mientras sus manos iban directas a mis pantalones. Desabrochó el cinturón y bajó la cremallera, llenando el apartamento del sonido de la ropa al desaparecer. Los pantalones cayeron al suelo con un ruido sordo.

Nunca había estado tan duro en la vida. Dolía.

Investigó con los dedos la cintura de mis calzoncillos, tanteando el elástico y jugando con él, provocándome. Mi pene ya estaba

completamente erecto, abultando la parte frontal, y el líquido preseminal que se formaba en el glande estaba humedeciendo la tela justo al lado del pequeño botón que había en la misma.

A duras penas podía controlarme. Quería arrancarle la ropa y devorar su hermoso cuerpo con la boca. Quería darle todo lo que tenía, hasta el último centímetro, pero el deseo me nublaba la mente. No había razón para apresurar las cosas cuando teníamos toda una vida por delante.

Taylor agarró el bóxer por ambos lados y lo bajó poco a poco, dejándolo a punto de revelar mi miembro.

De repente me vi poseedor de una fuerza sobrehumana, y la sujeté por las muñecas para frenarla.

—Vamos a esperar. —También tuve que detenerme a mí mismo; la deseaba tanto. Aquello no tenía el más mínimo sentido, pero quería que fuera especial. Quería que estuviera cargado de significado. No quería obtener mi placer y lamentarlo más tarde. Taylor no era como las demás; era mucho más importante.

—Volt, he esperado ocho meses por ti. —Me rodeó el cuello con los brazos y pegó la cara a la mía—. Te deseo tanto. Te deseo ahora mismo. Te deseo todo el tiempo.

Mi cuerpo se llenó de tensión. Estaba a punto de saltar y ceder a aquellas palabras que me hacían perder la cordura.

—No tienes ni idea de lo que mucho que quiero esto, pero tenemos todo el tiempo del mundo. No tiene por qué ser esta noche.

Taylor alzó la mirada hacia mí e hizo algo que nunca podría olvidar. Se mordió el labio inferior, todo para intentar controlarse.

«Mujer, me estás matando».

—Esto es más que algo físico, para ambos. No quiero meter la pata.

—Yo tampoco.

—Así que… Vamos a frenar un poco. —Como si fuera posible.

—¿Podemos hacer otras cosas al menos?

Me encantaría, pero sabía que entonces no podría controlarme.

Si le besaba los muslos, acabaría besando el húmedo centro de su cuerpo, y si lo hacía mi hombría acabaría en aquel preciso lugar.

—No confío en mí mismo.

—Guau.

—¿Qué? —La miré desde arriba, sin saber muy bien a qué se refería.

—Éste no es el Volt al que conozco. Qué mojigato.

—No soy mojigato. —De aquello estaba más que seguro.

—Me has negado esto una vez, y ahora vuelves a negármelo. Empiezo a preguntarme si…

—¿A preguntarte el qué? —insistí.

—Si de verdad eres todo eso que dices. —La expresión de sus ojos era juguetona.

—Oh, lo soy. Eso y mucho más; sólo quiero tomarme mi tiempo en lugar de ir directo a matar. Porque me gustas o algo así.

—O algo así, ¿eh? —Pasó los dedos sobre mi pecho—. Me comportaré si tú te comportas.

—De acuerdo, trato hecho.

Taylor giró sobre los talones y recogió la bolsa de comida.

—¿Cena y Mario Kart?

Mi miembro seguía terriblemente erecto, irritado al no poder conseguir lo que quería. Yo mismo tampoco estaba muy feliz conmigo mismo; de hecho, me detestaba.

—Espero que te apetezca que te dé una patada en el culo.

—En realidad me apetece que me beses el culo. —Fue al salón y cogió uno de los mandos—. Pero me vale.

Mi pene se estremeció.

Joder, ¿cuándo me había convertido en un mojigato?

Siete
Taylor

Volt y yo entramos en el bar cogidos de la mano. Resultaba extraño entrar en un lugar en el que habíamos estado cientos de veces cuando de repente parecía tan diferente. El mundo entero se había convertido en algo nuevo para nosotros.

Volt no dejaba de echar ojeadas por mi vestido. El cuello era peligrosamente bajo, mostrando el poco escote que tenía, y no conseguía negarse a sí mismo la oportunidad de echar una mirada.

Misión cumplida.

—¿Qué crees que dirá todo el mundo cuando nos vean juntos? —pregunté mientras íbamos hacia el fondo del local.

—Que ya iba siendo hora.

—Sí, seguramente tengas razón.

Nos reunimos con el grupo al fondo del todo, y no me sorprendió ver a Jared y Natalie acurrucados el uno contra el otro. Jared le estaba rodeando la cintura con el brazo mientras le susurraba algo al oído.

Derek fue el primero en vernos.

—Eh, tío. Los Rangers han perdido.

¿Qué? ¿Eso era todo lo que tenía que decir?

—Sí, he visto la notificación en el teléfono. —Volt me abrazó la cintura y me pegó a él—. Ha sido un partido ajustado. Ojalá no hubiera estado trabajando, me habría gustado verlo.

—Así es como son las cosas. —Derek asintió hacia la pareja; en aquel momento estaban besuqueándose en la esquina—. Ahora tengo que lidiar con esto todo el tiempo. Tío, es asqueroso.

Natalie y Jared estaban tan perdidos el uno en el otro que ni si

quiera se habían dado cuenta de lo nuestro. Me resultó curioso que ni siquiera Derek lo hubiera notado.

—Pequeña, ¿quieres una copa? —Volt me abrazó todavía más contra él, mirándome desde arriba.

—Un vaso de vino, por favor.

—De acuerdo. —Me dio un beso rápido en los labios antes de alejarse. Sus fuertes hombros se movían al andar, y tenía un culo de lo más bonito enfundado en aquellos vaqueros. Las mujeres se giraban a mirarlo cuando pasaba junto a ellas.

«Lo siento, chicas. Ése es mío».

Derek continuó hablando como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué has estado haciendo?

—Trabajar, principalmente. —Y parecía que realmente no iba a decir nada—. ¿Y tú?

—Ya sabes, la vida de un semental. —Se giró hacia su hermana—. ¿Vas a saludar a tu amiga o qué?

Natalie rió entre dientes, apartándose de Jared.

—Hola, chica. ¿Qué tal?

—Bien. Y parece que tú también estás la mar de bien.

—Fabulosa del todo. —Nunca la había visto sonreír así desde que la había conocido. Era la primera vez que los ojos le brillaban de verdad.

—¿Cuándo le has dado la patada a John?

—La semana pasada —respondió—. Se lo tomó bastante bien.

Volt volvió con mi copa de vino; me la pasó antes de volver a colocar el brazo sobre mi cintura. Él mismo tenía una cerveza negra en la mano, y tomó algunos sorbos mientras miraba la televisión de la esquina.

¿Es que nadie había notado que estábamos juntos? Actuaban como si todo fuera perfectamente normal.

—Y… ¿qué novedades hay?

—He oído muchos halagos dirigidos a ti en la sala de profesores —dijo Natalie—. Parece que ya no estás en peligro.

—Me alegra oírlo. —Estaba recuperando el ritmo, y el estrés

había empezado a desvanecerse. Mi trabajo volvía a gustarme, aunque se me hacía difícil olvidar cómo me había hablado el director.

La novedad estaba ahí, delante de todos ellos, pero todo el mundo continuó ignorándolo.

—Eh… ¿No vais a decir nada?

—¿Sobre qué? —preguntó Natalie.

—¿Sobre nosotros? —Señalé a Volt.

Todos se nos quedaron mirando, sin entenderlo.

—¿A qué te refieres? —volvió a preguntar Natalie—. ¿Qué pasa?

—¿A que estamos juntos? —¿Pero qué les pasaba? ¿Estaban todos borrachos?

—Siempre estáis juntos —dijo Derek—. ¿Qué tiene eso de importante?

—Que estamos juntos *juntos*—insistí.

Derek abrió los ojos de par en par.

—¿Que qué?

—Espera… —Natalie levantó la mano—. ¿Estáis saliendo juntos?

Volt tomó un trago para disimular su aburrimiento.

—Evidentemente.

—¿Cómo que evidentemente? —preguntó Derek—. Tío, ¿por qué no has dicho nada?

—Porque tiene el brazo alrededor de mi cintura, me ha besado y me ha llamado pequeña, y ha ido a buscarme una copa. —¿Cómo no iba a ser todo aquello una señal evidente de afecto?

—Pero esas cosas las ha hecho siempre —argumentó Derek.

—Sí —añadió Natalie, dándole la razón—. No hay nada diferente.

—¿En serio? —exclamé.

—Eh, sí —dijo Natalie—. Siempre estáis el uno encima del otro, poniéndoos ojitos desde lejos. Habíamos asumido que era un día como otro cualquiera.

No me había dado cuenta de lo patéticos que habíamos sido Volt y yo hasta que habíamos empezado a salir.

—Bueno, pues ahora somos pareja —dijo Volt—. Por fin hemos hablado.

—Aleluya, joder —intervino Derek—. Ahora podremos dejar de hablar de Taylor durante todo el día.

—Y dejar de convencerla de que Volt le gusta —añadió Natalie—. ¿Qué vamos a hacer con tanto tiempo libre?

—Cállate —dije, poniendo los ojos en blanco.

—No, en serio —siguió Derek—. Es lo único de lo que hemos estado hablando durante el último año. Tío, tengo que buscarme una afición nueva.

—Yo también —dijo Natalie—. Oh, espera, se me ha ocurrido una. —Se inclinó hacia Jared y le dio un beso.

Derek hizo una mueca y apartó la vista.

—Qué asco.

Volt apretó los labios contra mi oído.

—Adiós a nuestra entrada triunfal.

Me encantó el modo en que sus labios me rozaron la piel. Su respiración caía en mí del modo más seductor, y lo único en lo que podía pensar era en rodar en su cama, con las sábanas aferrándose al sudor de nuestra piel. Lo inteligente había sido no ir directos a la cama nada más sincerarnos sobre nuestros sentimientos, pero estaba resultando de lo más difícil.

—Es toda una pena.

Derek se alejó otro paso de su hermana, más horrorizado a cada segundo que pasaba.

—Volt, vamos a echar una partida al billar.

—De acuerdo. —Me dio un apretón suave en el culo antes de marcharse.

No quería que se fuera a ningún sitio. En cuanto desapareció de mi lado empecé a sentir frío, como si nunca pudiera volver a ser feliz.

Natalie y Jared ni se dieron cuenta de nada, estaban demasiado

ocupados liándose contra la pared.

Me quedé mirando como una acosadora, mano sobre mano.

Sinceramente, no quería estar allí. Quería estar en casa, liándome con Volt en mi cama. No quería salir ni hacer ninguna otra cosa, incluso ir a trabajar se me hacía difícil. Mi única ansia era estar con él, con mi novio.

—Se me hace raro ver a esos dos metiéndose mano. —Volt me siguió dentro y lanzó la chaqueta sobre el respaldo de la silla—. Ni siquiera soy familia de Natalie y aun así es raro.

—A mí me parece mono.

—Es que a ti todo te parece mono.

Me quité el abrigo y lo dejé sobre el suyo. Ahora que estábamos a solas, lo único en lo que podía pensar era en llegar al plano físico. Llevaba mucho tiempo negándome aquel placer y, ahora que podía tenerlo siempre que quisiera, me costaba controlarme. Mi desesperación no surgía de lo increíblemente atractivo que era Volt, aunque estaba claro que era un factor importante. No, provenía de algo mucho más profundo que eso. Ya no existía ninguna razón por la que tuviera que mantener las piernas cerradas cuando estaba con él.

Volt se giró hacia mí, con las manos en los bolsillos y ojos oscurecidos, y supe que estaba pensando en lo mismo que yo. Rondaba nuestra mente de manera constante. Siempre estaba ahí, incluso cuando estábamos en un lugar público, esperando.

Nunca en la vida había deseado tanto a un hombre. Si no conseguía lo que quería acabaría explotando. Mi cuerpo ardía constantemente a una temperatura que debía rozar la de la lava de un volcán, y sentía como el voltaje me electrificaba cada momento del día. Incluso mientras dormía estaba cubierta por una capa de sudor de lo mucho que soñaba con ello.

Crucé el espacio que nos separaba y me detuve cuando estuve

contra su pecho. Volt seguía con las manos en los bolsillos, fuera de la vista para no tomarme entre sus brazos y hacerme suya sobre el sofá. Ahora que sabía lo que sentía, comprendía lo que estaba pensando como si lo llevara escrito en la frente.

Mis manos se dirigieron a sus vaqueros y los desabroché lentamente, tomándome mi tiempo y alargando el momento todo lo posible. Nuestra respiración se aceleró al instante, haciendo que nuestros pechos se agitaran de pura necesidad. Sentí cómo el suyo se alzaba con una lentitud dolorosa; a mí me resultaba imposible controlar el mío, estaba demasiado excitada de estar con él. Y me refería a todos los sentidos imaginables del término.

En cuanto los vaqueros quedaron lo bastante holgados se los bajé hasta los tobillos, dejando su entrepierna bien definida bajo los bóxers. Su longitud se curvaba ligeramente hacia un lado, prácticamente asomándose por encima de la cadera izquierda. Ya sabía que tenía un tamaño impresionante de cuando lo había acariciado desde la punta hasta la base, pero volver a verlo hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Era todo un hombre.

Me arrodillé a pesar de la dureza del suelo y sujeté los bóxers por ambos lados.

Volt me miró fijamente, con el deseo escrito en los ojos. Aquella vez no me detendría; no tenía las fuerzas necesarias para hacerlo.

Le bajé la ropa interior por las caderas, revelándolo centímetro a centímetro. Primero fue el glande henchido, seguido de la gruesa vena que lo recorría justo debajo. Y después le tocó al resto. Me moví lentamente para poder apreciarlo en su entereza; sabía exactamente el tacto que tenía en mis manos, pero nunca había podido verlo.

Guau.

Le quité los bóxers del todo hasta llegar a los tobillos, dejando su pene expuesto y erguido justo frente a mi rostro. Se curvaba ligeramente a la izquierda, con una de aquellas pequeñas imperfecciones que sólo conseguía hacerlo todavía más sexy.

Aquella parte de la anatomía de los hombres era siempre la misma y no resultaba exactamente sexy, pero en él… en él era otra historia.

En lugar de parecer orgulloso, como había sospechado que se sentiría, a Volt sólo parecía interesarle mi reacción. Me observó como lo haría un científico con una muestra bajo el microscopio, prestando atención a hasta el más mínimo detalle de mi expresión.

No era ninguna profesional en cuanto a mamadas se refería, y tampoco lo disfrutaba en especial; era una tarea tediosa y los tíos siempre intentaban alargarla todo lo posible incluso cuando no se molestaban en hacer lo mismo durante la penetración, pero ahora quería hacerlo.

Quería sentir su polla en la boca.

Lo más probable es que Volt hubiera recibido mamadas que parecieran de fuera de este mundo, y nunca podría estar a la altura de aquella clase de placer. Siempre había mostrado un gusto muy concreto por las chicas sensuales y atrevidas, y yo no era ninguna de aquellas cosas. Era una chica más, del montón.

Intenté no pensar en las demás; ninguna de ellas importaba. Volt y yo éramos diferentes. No me refería a que yo fuese especial, pero sí que creía que lo que teníamos era la relación con más importancia que habíamos experimentado ambos. Entre nosotros había confianza, además de muchas más cosas.

En cuanto dejé de pensar en nada que no fuéramos nosotros dos, empecé. Tenía la mente despejada, así que decidí seguir mi instinto.

Volt inspiró profundamente, acompañándolo de un gemido.

Supe que le excitaba lo que estaba haciendo, así que continué. Me aseguré de que hasta el último centímetro recibiera besos de cariño y apliqué la presión perfecta con la lengua en las zonas adecuadas. Notaba cómo la humedad se me acumulaba entre las piernas, y me percaté de lo mucho que lo estaba disfrutando, y no sólo porque a Volt le gustara.

Me aparté ligeramente hasta tener su glande apoyado contra los

labios cerrados, y le di un suave beso, saboreando el líquido que surgió bajo la forma de una gota en el extremo.

Volt me observaba, con los brazos colgando a los lados. Su miembro no había frenado para nada el ritmo desde que habíamos empezado; era la fantasía perfecta con la que me había tocado cientos de veces. Era todo músculos y fuerza, y tenía los ojos más bonitos del mundo.

Coloqué la boca alrededor de la punta y succioné ligeramente, alargando su placer todo lo posible. No avancé hacia la base, sino que me quedé exactamente dónde estaba. Lo miré a los ojos mientras pasaba la lengua por el glande para saborearlo más.

Volt me hundió la mano en el pelo y me miró fijamente, posesivo, como si quisiera que siguiera chupándosela hasta el fin de los tiempos. Enredó los dedos en mi cabello, dándome un pequeño tirón.

—Pequeña…

Ya estaba empapada. Sentí cómo la excitación creía bajo mis braguitas, volviéndolas más pesadas.

Lo tomé lentamente hasta el fondo de la garganta, sintiendo cada centímetro de su ser mientras me dilataba y obligaba a mi instinto de toser a controlarse. Si lo hacía y arruinaba aquel momento, tendría que cargar siempre con la vergüenza. Quería que lo disfrutara tanto como lo estaba disfrutando yo

—Joder. —Me sujetó el pelo con más fuerza, moviendo las caderas contra mí.

Cuanto más se perdía en el momento, más me excitaba yo. Mi cuerpo estaba sonrojado por el calor, y el sudor empezaba a cubrirme la nuca, pero no era por el esfuerzo. Era por el fuego que ardía entre mis piernas.

Volt embistió contra mí, con la cara henchida de deseo, y se tensó de manera notable mientras se movía.

—Pequeña, voy a correrme…

Abrí la boca todavía más a modo de respuesta, dejando que mi lengua actuara de diana mientras le masajeaba al mismo tiempo

los testículos con los dedos.

Volt inhaló bruscamente antes de moverse todavía con más fuerza. Me tiró más del pelo, manteniendo mi cabeza echada hacia atrás y exponiendo mi garganta. Gimió mientras se movía dentro de mí, y cuando alcanzó el orgasmo, estuve a punto de acabar junto a él.

Se quedó hundido hasta el fondo en mi garganta mientras estallaba. Su semilla ardiente cayó sobre la base de mi lengua, bajando poco a poco por el interior de mi cuerpo. Noté su sabor; era salado y amargo al mismo tiempo… Y me gustó.

Siguió en aquella posición incluso después de acabar, recuperando la respiración y permitiendo que la sangre volviese al resto de su cuerpo. Bajó la mirada hacia mí, y nuestros ojos se encontraron.

—Joder, ¿dónde has aprendido a chuparla así? —Sacó el miembro de mi boca; ya empezaba a perder su dureza.

Se me enrojeció el rostro, tanto de felicidad como por la vergüenza. Me encogí de hombros, incapaz de hablar.

—Levántate. —Me cogió de la mano y me puso de pie. Sus manos se movieron a mis caderas y me llevó a la fuerza hasta el dormitorio, hasta que sentí como mis rodillas chocaban con el borde del colchón. Me tumbó antes de hacerme levantar las piernas del suelo y quitarme los tacones.

Supe exactamente lo que iba a pasar, y mi cuerpo casi gritó de puro entusiasmo. No se trataba de fuera a correrme después de tanto tiempo conteniéndome, sino de que era Volt el que me iba a complacer, el que iba a hacer que sintiera tanto placer como yo le había ofrecido. Cada vez que su boca se posaba sobre la mía, me llevaba al paraíso. ¿Cómo sería cuando se posase sobre otra clase de labios?

Me subió el vestido hasta las costillas e hizo presa del tanga negro que había debajo. Hacía un segundo había ido a mil por hora, pero ahora bajó el ritmo drásticamente. Tanteó el encaje de mi ropa interior, sintiendo la piel suave de mis caderas.

Me incorporé a medias sobre los codos para poder ver todo lo que hacía. Quería ver cómo me disfrutaba tal y como yo lo había disfrutado a él.

Besó la piel justo debajo del ombligo y marcó un sendero de besos sobre mis caderas. Sus manos abandonaron mis braguitas y me besó la parte interior de los muslos, consiguiendo que me tensara y encogiera por el placer. Era una zona tan sensible; nunca hubiera adivinado que un beso en aquel lugar pudiera ser tan fantástico.

Adoró todas las zonas expuestas con la boca antes de quitarme la ropa interior. Me la bajó por las nalgas y las caderas, y cuando mi zona íntima quedó expuesta, ni siquiera la miró. Sus ojos estaban fijos en los míos, observando mi reacción a cada cosa que hacía.

Me quitó la prenda y la dejó caer en el suelo, junto a su cama, en el mismo lugar donde debían de haber acabado las de muchas otras mujeres. Después se arrodilló frente al colchón y tiró de mí hasta que me quedé con el culo en el borde. Su expresión era hambrienta, como si fuera un animal famélico, desesperado por alimentarse.

Me sujetó por los tobillos y me los separó, apretándolos entre los dedos. Se inclinó sobre mí hasta que nuestras frentes se tocaron; estaba tan excitada que a duras penas podía respirar. Mis manos se aferraron a sus hombros.

—Me he imaginado esto un millar de veces, y siempre me he masturbado mientras lo hacía. —Me dio un beso duro en la boca antes de colocar la cara entre mis piernas. Me soltó los tobillos y deslizó las manos bajo mis muslos antes de dar el primer beso.

Eché la cabeza hacia atrás al instante, con los ojos cerrados. Cerré las manos sobre las suyas y le clavé las uñas en la piel, luchando por contener el grito que ya se había formado en el fondo de mi garganta.

Me tomó con agresividad, follándome con la boca. Sabía exactamente lo que hacía, y se le daba la mar de bien.

—Volt… —Me encantaba decir su nombre. Me encantaba oírlo. Me encantaba saber que era mío.

Apartó los labios y frotó los labios sobre el monte de mi clítoris. Tenía la boca brillante por mi excitación, y aquella expresión hambrienta seguía allí. Hacía unos minutos había estado satisfecho, pero parecía que quería más. Arqueó un dedo y lo deslizó en mi interior, encontrando mi carne empapada y suave.

—Oh, joder… Estás mojada.

—Por ti.

Se le oscurecieron los ojos todavía más. Deslizó otro dedo dentro, frotándolos contra mi punto G. Observaba mi reacción a cada gesto, perdiendo el control al mismo ritmo que yo.

Justo cuando estaba a punto de terminar, apartó la mano.

—Rodéame la cabeza con las piernas. —Me sujetó los muslos y lo hizo él mismo, volviendo a apretar la cara contra mí.

Lo apreté con fuerza y me aferré a las sábanas. Mi cuerpo se arqueó de manera natural al sentir cómo empezaba la colisión. Su lengua me hizo estallar en llamas, y sentí el fuego muy dentro de mi ser, extendiéndose como un incendio forestal y quemando todo lo que tocaba. En cuanto alcanzó mi núcleo, mi entrada, exploté.

—Oh Dios, oh Dios, oh Dios… —No podía respirar, era una sensación maravillosa—. Volt… Oh, Volt. —Disfruté de cada segundo de mi paraíso mientras caía en el olvido. Mi cuerpo se sentía tan vivo que me sentí muerta. Alcancé el punto álgido de mi placer antes de descender lentamente de vuelta a la Tierra, como una pluma llevada por el viento. Se me relajaron las piernas, permitiendo que Volt se apartara para respirar.

Se inclinó sobre mí y me miró fijamente con una expresión satisfecha en el rostro. Quería más, aun a pesar de haber tenido ya tanto.

—Quiero hacer que vuelvas a correrte. —Me hundió una mano en el pelo antes de besarme lentamente; pude notar mi sabor en su boca, y supe que él también debía de notar el suyo.

No me preguntó nada, pero sabía que quería una respuesta.

—Sí.

Me besó la comisura de los labios antes de bajar por mi cuerpo hasta el inicio de los muslos. Volvió a separármelos antes de colocar la cara entre mis piernas.

Y yo me recosté y lo disfruté.

Me pasé todo el rato en la ducha con una sonrisa en la cara.

Me masajeé la cabeza con el champú y el acondicionador, sintiendo cómo el agua me recorría el cuerpo. La zona entre mis piernas seguía caliente y animada, y no podía sacarme la imagen de la cara de Volt entre ellas de la cabeza. Jamás en la vida había tenido dos orgasmos en el mismo día.

¿Cómo había conseguido no ponerle las manos encima durante tanto tiempo?

Me sequé y me peiné el pelo, volviendo al dormitorio. No fue hasta que estuve allí que me di cuenta de que no llevaba nada de maquillaje. Había desaparecido todo bajo el agua, y sin él me sentía tímida. Volt ya me había visto antes al natural, pero en aquel entonces no había sido todavía mi novio.

El susodicho estaba sentado en la cama, con un libro abierto sobre el regazo. Llevaba sus gafas de montura ancha sobre el puente de la nariz, consiguiendo que se vieran monas en conjunto con su rostro. Nunca había pensado que pudiera verse todavía más atractivo, pero así era, y aquello me sorprendió.

Me metí en la cama junto a él y escondí la cara. En cuanto apagué la lámpara me sentí más cómoda; ahora ya no podía verme bien. Tenía alguna marca aquí y allá, y mis ojos parecían pequeños y apagados sin el lápiz de ojos.

Volt ignoró el libro y me miró a mí en su lugar. Tenía el pecho desnudo porque dormía sólo en bóxers, y su cuerpo era como una lámina de acero endurecido. Las líneas de los músculos resaltaban incluso en la oscuridad.

—¿Qué haces ahí tan lejos?

—Pareces ocupado.

—Nunca estoy demasiado ocupado para ti. —Me rodeó con el brazo y me pegó a su costado.

Apoyé la cabeza sobre su pecho y le abracé la cintura. Era demasiado duro como para considerarlo un osito de peluche, pero era igual de cómodo. Inspiré su aroma y sentí cómo me llevaba hasta un lugar maravilloso.

Volt volvió a abrir el libro mientras apoyaba los dedos en mi cabeza. Los pasó poco a poco entre los mechones mientras seguía con los ojos las líneas de texto. Su corazón latía a un ritmo peligrosamente lento, un tambor distante acompañado de una preciosa canción.

Revisé las palabras impresas sobre el papel, y me percaté de que ya las había leído antes.

—¿*Harry Potter*?

—Sí. ¿Y qué?

—Nada, es que… No parece la clase de libro que te interesaría.

—Y no lo es. Estoy intentando encontrar un buen libro para Clay, pero creo que éste es demasiado fácil para él.

—¿Lo es? —pregunté sorprendida.

—Ha progresado bastante. Simplemente no estoy seguro de con qué empezar. Quiero que lea todas las noches antes de irse a dormir; leer ayuda al vocabulario, entre otras cosas.

—Natalie enseña lengua, podría preguntarle.

—Pero lo más probable es que no conteste, considerando que tendrá la lengua de Jared metida hasta la garganta.

—Cierto.

Me pasó los dedos por la oreja, haciéndome cosquillas.

Había creído que nuestros atrevidos preliminares serían el punto fuerte del día, pero me percaté de que aquello me gustaba todavía más. Estar así tumbados, juntos en la cama y preparándonos para irnos a dormir, era tan… agradable. Lo habíamos hecho cientos de veces, pero ahora parecía distinto.

Estaba tan feliz que hasta me dolía el corazón. Las náuseas me rondaban el estómago por todas las mariposas, y mi cuerpo estaba adormecido por estar siempre tan cargado de electricidad.

Volt giró ligeramente la cabeza, rozándome la sien con los labios. Los dejó allí durante un momento, dándome un beso dulce.

Cerré los ojos; era fantástico.

Me derretí allí mismo.

Y de haber muerto, me habría parecido bien.

Oí un golpeteo distante mientras dormía. En mi sueño había una puerta negra, y alguien estaba llamando con los nudillos sobre la madera, pero yo no podía abrirla. Permaneció cerrada, ocultando lo que fuera que esperaba al otro lado.

La cama se movió debajo de mí cuando algo pesado desapareció de mi lado. Sentí frío, como si me hubieran arrebatado el sol de entre los dedos, y los sonidos de unos pasos sobre el parqué crearon ecos en mis oídos.

Y fue entonces cuando desperté.

Volt no estaba.

Tanteé las sábanas sobre las que había estado tumbado y sentí el calor que todavía emanaba de ellas. Sus gafas descansaban sobre la mesita de noche, junto con su teléfono y el libro. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pero no lo vi por ninguna parte.

Me llegó el sonido de unas voces. Sonaban distantes, como susurros; ni siquiera estaba segura de estar oyéndolas de verdad.

Salí de la cama, vestida sólo con una camiseta de Volt, y asomé la cabeza por la puerta. Al otro lado del salón, frente a la puerta del apartamento, estaba Volt. Parecía hablar con alguien al otro lado de la puerta.

Entrecerré los ojos y miré la hora que marcaba la televisión.

Eran las tres de la mañana.

Volví a girarme hacia la puerta y vi a una mujer curvilínea de

pie frente a ella. Tenía el cabello castaño oscuro y los ojos de un verde vibrante, e iba vestida con una gabardina y tacones. Algo me dijo que no había nada más debajo de la gabardina.

Tal y como sospechaba, la prenda se abrió y reveló su cuerpo completamente desnudo.

Debía de ser uno de los ligues habituales de Volt.

Ya había visto más que suficiente, así que marché hacia la entrada y empujé a Volt a un lado.

—Volt ya no está disponible. Vete a vender la mercancía a alguien interesado en comprarla. —Cerré la puerta de un portazo justo frente a sus narices y eché la cadena de seguridad antes de volver a la cama. Estaba cansada y molesta de que me hubieran sacado de mi sueño perfecto.

Volví a meterme entre las sábanas de un salto y me cubrí con ellas. No me sentía tan cómoda sin Volt compartiendo la cama conmigo; no resultaba tan cálido ni de lejos. Me subí más la manta sobre los hombros, pero tampoco encajaba.

Volt volvió a la cama y se tumbó a mi lado. Suspiró con irritación, molesto bien conmigo o con la mujer que acababa de hacerle una visita.

No me importaba.

Le rodeé el estómago con el brazo y me acurruqué contra él, apoyando la cara contra su pecho tal y como había estado haciendo antes de que mi noche se viera interrumpida con tan poca educación.

Cuando Volt se encogió al sentir cómo me aferraba a él, sorprendido. Me pasó el brazo bajo el cuello a modo de apoyo, y se me quedó mirando.

Lo notaba.

—¿Hmm?

—Creía que te enfadarías.

—Admito que me ha molestado que me despertara, ¿pero enfadada? No.

—Quiero decir enfadada conmigo, por tener visitas.

—¿Cómo vas a evitar que la gente se plante frente a tu puerta? Éste es un país libre.

—Es sólo que… ¿De verdad no estás cabreada conmigo? —me preguntó, incrédulo.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque una mujer acaba de aparecer por mi apartamento en pelotas.

—Sí, le ha faltado bastante elegancia. Yo jamás lo habría hecho.

Siguió mirándome fijamente.

Aquella conversación no iba a acabar nunca, así que suspiré con pesadez y lo miré.

—¿Qué?

—¿No estás celosa?

—¿Por qué iba a estar celosa? —Aquello era absurdo—. Yo soy la que está durmiendo en tu cama, no ella. Así que se puede ir a paseo.

La intranquilidad de su rostro desapareció, siendo sustituida por el cariño.

—Me alegro de que confíes en mí.

—Eres mi mejor amigo, por supuesto que confío en ti. —Cerré los ojos y sentí cómo su calor llenaba la cama; era como una estufa personal, una de la que sólo yo podía disfrutar. Saber que tendría que lidiar con todos aquellos ligues me irritaba, pero era un pequeño precio a pagar para ser feliz. Podía con ello.

Volt apretó su agarre sobre mí y apoyó la barbilla sobre mi cabeza.

—Cada hora, cada semana y cada día sin ti fue una tortura. Pero has valido la espera.

—¿Por qué tienes esa cara de bufón? —Sara tomó un sorbo de su cosmo mientras me sentaba frente a ella.

—Porque soy un bufón.

—Por favor, infórmame. —Lo dijo con un molesto acento británico.

—¿Recuerdas a Volt? —No pude evitar sonreír; era un gesto que me había quedado grabado en el rostro. Sentía como si me hubieran puesto toda una ronda de Botox en las mejillas.

—Sí… —Dejó la copa, intrigada—. ¿Qué pasa con él?

—Bueno… No te he llamado porque he estado demasiado ocupada liándome con él.

Sara puso los ojos en blanco con tanta fuerza que debió de hacerse daño.

—Ya iba siendo hora. Joder, os ha tomado casi un año. Patético.

—Sí… pero da igual. Mejor tarde que nunca, ¿verdad?

—Más bien muy tarde.

Le hice una señal al camarero y pedí mi bebida. Estaba de humor festivo, así que pedí un té helado Long Island, aun a pesar de que acababan de dar las cinco de la tarde. Las mejillas empezaban a dolerme de tanto sonreír.

—¿Cómo ha pasado?

Le conté la historia de principio a fin, incluido mi encuentro con Sage.

—Guau. Me sorprende que no estuviera más cabreado.

Me encogí de hombros.

—Es un buen tipo. No está en su naturaleza el guardar rencor.

—No sé qué decirte… Estaba bastante molesto de que no dejaras de escoger a Volt.

Y había tenido todo el derecho considerando cómo había acabado todo.

—Sólo estaba frustrado. No lo culpo.

—¿Significa eso que te has acostado con él?

—Todavía no —respondí con un suspiro frustrado.

—¿Todavía no? —espetó—. ¿Cómo es posible?

—Quiere ir poco a poco. —Si dejaba mis hormonas a un lado, comprendería por qué Volt se sentía así, pero estaba demasiado

caliente como escuchar a la voz de la razón. Y no estaba caliente por cualquiera, no; sólo lo deseaba a él. Si no me hubiese dado aquellos orgasmos tan fantásticos, en aquel momento ni siquiera habría podido pensar.

—Lleváis saliendo ya ocho meses, ¿cuánto tiempo más os hace falta?

—Hemos pasado de amigos a amantes, eso lleva su tiempo.

—Nunca habéis sido amigos —insistió Sara—. Siempre habéis sido amantes, aunque sin la parte de meterse mano.

—Puede. —Sabía que en eso tenía toda la razón.

—¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a dónde va esta relación.

—No lo sé. —No lo había pensado realmente. Esperaba que durase para siempre.

—¿Qué clase de manoseo habéis tenido?

—Sólo un poco de oral.

—¿Te lo ha comido?

Oh, sí.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Jodidamente maravilloso.

—Ugh. —Tomó un buen trago de su cosmo—. Qué envidia te tengo. A Muriel se le daban tan bien esas cosas. —Su expresión se convirtió en una de depresión, un gesto que le había visto muchas veces.

Si tan felices habían sido juntos, ¿por qué se había marchado Muriel? Era todo un misterio, tanto para ella como para mí.

—Ya encontrarás a alguien mucho mejor.

—Bueno, he estado buscando y todavía no lo he encontrado.

—Tú ten paciencia. A mí me ha costado toda la vida encontrar a Volt.

—Por favor, dime que tiene un hermano —me suplicó.

—Sí que lo tiene, pero nunca lo he conocido. No tengo ni idea

de cómo es.

—Cuando lo conozcas, avísame si está bueno.

—Lo haré.

—¿Y ya os habéis dicho que os queréis?

—No. —La idea ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Sabía lo que sentía, pero no veía razón para decirlo en voz alta. Resultaba evidente en todo lo que hacía y decía, pero no estaba tan segura en cuanto a lo que sentía Volt.

—Me sorprende que estés cenando conmigo ahora mismo en lugar de estar con él.

—¿A dónde crees que voy a ir en cuanto acabemos?

Sara rió entre dientes.

—Bueno, gracias entonces por no dejarme tirada.

—Eso jamás —respondí—. Lo único que no me gusta de nuestra relación son las facilonas.

—¿Perdona? —Arqueó una ceja.

—Todos sus antiguos ligues no dejan de husmear a su alrededor. Ya sabes, las chicas a las que solía tirarse.

—Ah… Qué zorras más estúpidas.

—Sospecho que seguirán apareciendo durante mucho tiempo. Estoy intentando no enfadarme, a fin de cuentas no conseguiré nada si lo hago.

—Si está contigo, entonces no hay nada de lo que preocuparse.

—Lo sé, pero odio que me despierten en mitad de la noche cuando se pasan a visitar.

—Si les das un buen puñetazo en la cara te aseguro que no volverán.

Reí entre dientes.

—Sí, pero no soy tan peleona.

—Quizás deberías empezar a serlo —dijo—. Desde luego no volverán, no después de una pelea.

—Supongo que no. —Pero seguía sin verme dándole un puñetazo a una mujer en la cara cuando ésta sólo pretendía echar un polvo. No era como si supieran que Volt tenía novia.

—¿Y cuándo voy a conocer a ese semental?

—No lo sé. ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Pronto —dijo—. Quiero ponerle una cara al nombre y asegurarme de que es lo bastante bueno para ti.

—Definitivamente es lo bastante bueno para mí. Sinceramente, no estoy segura ni cómo he conseguido que esté conmigo. La primera vez que lo vi asumí que estaba fuera de mis posibilidades para siempre.

—Calla ya. —Le quitó importancia a mis palabras con un gesto de muñeca—. Eres tú quien está fuera de sus posibilidades, eso te lo garantizo.

Ja. Eso lo decía porque no lo había visto.

—Gracias por decir eso, pero creo que acabarás comiéndote tus palabras cuando lo conozcas.

—No creo que eso vaya a pasar.

—¿Y tú estás viéndote con alguien?

—Eh. —Se encogió de hombros—. He estado usando mucho Tinder, pero no he encontrado nada prometedor. Parece que la mayoría de los tíos de esta ciudad sólo quieren meterla y continuar con sus vidas.

—Sí. —Yo también había tenido aquella revelación—. Pero ya llegará. Sigue buscando.

—Lo haré. Puede que algún día gire la esquina y me encuentre a mi propio Volt esperándome, más ardiente que una valla electrificada.

Sonreí.

—Estoy segura de que sí.

Ocho
Volt

Tenía los pies apoyados sobre la mesa mientras miraba algunas fotografías en el móvil cuando entró Nancy.

—Ha venido una mujer a verte. —Se giró rápidamente nada más entregar su mensaje.

—¿Morena? —pregunté, esperanzado.

—Sí. —Cerró la puerta y se marchó pasillo abajo.

Taylor había venido a verme. Nunca antes había pasado por mi oficina, pero no resultaba difícil descubrir cómo llegar. En aquel momento precisamente había estado mirando fotografías suyas en el teléfono. La otra noche le había hecho unas cuantas mientras dormía; aparecía con una sonrisa natural en los labios mientras soñaba, y era terriblemente mona.

Fui hasta el vestíbulo, con el pene duro bajo los pantalones del traje. Me excitaba ir a ver a mi dama, poder darle un beso ardiente en aquella boca perfecta que poseía. Cada vez que metía la cara entre sus piernas acababa sin poder quitarme su sabor de la boca, dulce como el zumo de sandía. No quería que aquel sabor abandonase jamás mis sentidos.

Pero cuando llegué al vestíbulo no encontré a Taylor por ninguna parte.

En su lugar estaba Julia.

Eh, ¿qué?

—Hola… —Me pillaba desprevenido, demasiado sorprendido como para reaccionar. Era la última persona a la que esperaba ver allí. En una ocasión habíamos quedado allí en la oficina para ir a comer juntos, pero no había oído nada de ella desde que habíamos

roto, así que no estaba seguro de por qué había aparecido—. ¿Cómo estás?

Tenía la resignación grabada en el rostro, como si se hubiera rendido en todo en la vida.

—Quiero hablar contigo.

—De acuerdo, ¿puede esperar hasta después del trabajo?

—No.

Nuestros caminos se habían separado bajo malos términos, y no había esperado volver a verla. De hecho lo que había esperado era que no volviéramos a cruzarnos; Julia era una persona agradable con rasgos perfectos, pero no era la persona adecuada para mí.

—¿Qué ocurre entonces? —Metí las manos en los bolsillos de los pantalones—. ¿Va todo bien?

—He estado pensando mucho, y… No quiero que estemos separados. —Se colocó el vibrante cabello castaño tras la oreja, mostrando el ángulo perfecto de sus pómulos. Iba vestida con una falda negra con leggings debajo y un suéter que era como una segunda piel sobre su pecho.

¿Que no quería que estuviéramos separados?

—Lo siento, pero… No había otra opción.

—Creo que si me dieras una oportunidad de verdad podríamos ser algo. Estoy cansada de tener citas y buscar a un hombre que pueda sustituirte; sólo te deseo a ti.

Ahora sí que me sentía como una mierda. Nunca debería haber salido con ella para empezar, no debería haber permitido que me cogiera aprecio y, como resultado de haberlo hecho, había acabado saliendo herida, y mucho. La había hecho creer que existía la posibilidad de que algún día llegáramos a algo, y después había aplastado sus sueños.

—Julia, no ha cambiado nada. Mis sentimientos por Taylor son más fuertes que nunca. Es con ella con quien quiero estar. Lo siento.

—Pero puedo ser lo que seas que necesites, Volt. Sólo dame una oportunidad. —Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio

personal y poniéndome alerta. La única persona que se acercaba tanto a mí era Taylor, y aquello era cuando iba a besarme.

Las puertas del ascensor pitaron tras ella cuando algo salió en nuestro piso. Lo más probable es que fuera un cliente llegando para una cita, y ya había alguien ocupándose de la recepción, así que no tenía que preocuparme de aquello.

Sólo tenía que librarme de Julia.

—Julia, no puedo. Ahora estoy con Taylor. Lamento que esto te haga daño; ojalá nunca me hubiera juntado contigo. Me siento como una mierda por eso.

En lugar de sentirse desanimada, mis palabras sólo le dieron fuerzas.

—Puedo ser todo lo que necesitas de una mujer, Volt. Nunca en mi vida me han rechazado. No comprendo por qué no me deseas.

Podía admitir que era excepcionalmente hermosa, pero su arrogancia me resultaba muy poco sexy.

—El problema soy yo, no tú.

Me rodeó el cuello con los brazos y se inclinó hacia delante rápidamente, preparada para besarme lo suficiente como para hacerme cambiar de opinión. Pasó tan rápido que ya casi tenía los labios sobre los míos.

Aparté la cara rápidamente, aterrado ante su intento. A Taylor y a mí nos iba genial, y no estaba dispuesto a perder aquello por nada en el mundo, ni siquiera por un beso accidental en contra de mi de voluntad. Taylor no se había molestado con la visita de Brittany en mi casa, ¿pero cuánto duraría su paciencia? No quería alejarla de mí, no cuando era tan feliz.

—Julia, no creo que estés entendiendo lo que estoy diciendo. Estoy… —Me detuve en mitad de la frase al ver a Taylor por encima del hombro de Julia.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y parecía cabreada.

Cabreada nivel psicópata.

Cabreada nivel «yo a ti te mato».

—Julia, Taylor es mi novia. Y creo que deberías irte tan rápido

como puedas.

—¿Perdona?

—Porque está justo detrás de ti, y creo que nos va a matar a los dos.

El rostro de Julia palideció cuando miró por encima del hombro.

Taylor le dirigió una sonrisa, pero no era la preciosa sonrisa que me había acostumbrado a ver. De algún modo, aquella sonrisa era letal. Saludó a Julia brevemente con la mano, con los ojos oscuros como el carbón,

—Si pudiera dejar de besar a mi novio, me gustaría tener unas palabras con él.

Estaba a punto de presenciar una pelea de gatas en mi oficina.

—Julia, corre. Intentaré entretenerla.

Julia giró sobre los talones y se marchó a toda prisa, moviéndose tan rápido como podía sin llegar a correr. Sostuvo el bolso contra el cuerpo, preparada para usarlo como arma contra Taylor.

Taylor se quedó mirándola.

—Será mejor que corras.

Julia echó a correr, yendo a por las escaleras en lugar del ascensor. La puerta se abrió con un golpe y sus tacones resonaron contra el cemento mientras se largaba a la velocidad de la luz.

Ahora era mi turno de hacer frente a la ira de Taylor.

Ésta se giró hacia mí, todavía con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. La mirada que me dirigió no fue tan aterradora, pero siguió dándome escalofríos.

—Mira, puedo explicarlo. —Me acerqué a ella para no tener que alzar tanto la voz. Una de mis secretarias estaba sentada en la recepción a sólo unos pasos de distancia, y había visto todo el espectáculo desde primera fila—. Simplemente ha aparecido por aquí. No sabía que iba a venir, y ha…

—No tienes que explicarme nada, Volt. He visto lo que ha pasado.

—Pero no era lo que parecía. No la he besado…

—Es ella quien te ha besado a ti, lo sé. —Todavía no había relajado los brazos, todavía estaba enfadada—. Te ha suplicado otra oportunidad y después te ha besado con la esperanza de que eso te hiciera cambiar de opinión. Lo he visto todo.

—Y espero que hayas visto que me he apartado.

—Sí, Volt. Pero esperaba que eso pasara.

—Vale… ¿Entonces por qué estás enfadada?

—Porque es de mala educación besar a un tío cuando sabes que tiene novia. Una cosa era la facilona que no sabía que no estabas en el mercado, pero ir a por un hombre cuando está en una relación… Eso es pura frialdad. Las mujeres no deberían hacerse eso las unas a las otras. No tiene clase alguna.

Al menos me había librado. Había esperado que aquella conversación fuera muy distinta.

—Es culpa mía. Nunca debería haber salido con ella, especialmente cuando lo hice por las razones equivocadas.

—Eso se lo concedo. Debe de haber sido duro.

—Julia sabía que sentía algo por ti. —No era como si hubiera aceptado tener una relación conmigo a ciegas.

—¿Lo sabía?—me preguntó sorprendida.

—Bueno, sí, se lo dije.

—¿Y no le importó?

—Creía que… conseguiría que me olvidara de ti. —Me aclaré la garganta y aparté la vista, sintiéndome incómodo al mencionar una relación física con otra mujer.

—Bueno, ese tiro salió por la culata.

—Parece que lo principal es que no le gusta perder. No se toma los rechazos demasiado bien.

—Bueno, pues necesita superarlo, porque tampoco es para tirar cohetes.

Arqueé ambas cejas, sin poder creer que acabase de oír aquello.

—No he oído esa frase en al menos quince años.

—Trabajo con niños todos los días, ¿vale? Se me pega el

vocabulario.

—Eso no significa que tengas que repetirlo.

Me miró con los ojos entrecerrados, amenazándome en silencio.

No funcionó demasiado bien; sólo consiguió parecerme mona. Mi mirada se suavizó y sentí cómo mi boca la ansiaba. Me incliné y le di un beso suave, sintiéndome al instante en el paraíso.

Cuando Taylor se apartó, todo el enfado había desaparecido de su rostro y volvía a ser la mujer que veía cada día, eternamente feliz.

—¿Sabes qué? Creo que tengo una idea.

—¿Una mamada en el baño?

—Eh, no. —Puso los ojos en blanco—. Pero buen intento.

—Maldición…

—¿Y si juntamos a Julia con Sage? Los dos nos sentimos culpables por lo que les hicimos. ¿Y si encajan bien? Sé que Sage se siente atraído hacia Julia, y puede que a Julia le guste la atención.

—No es mala idea.

—¿Quieres intentarlo?

—Bueno… ¿Qué tal si primero hacemos lo de la mamada?

Le pedí a Julia que cenase conmigo, y Taylor se lo pidió a Sage para que cenara con ella. Los íbamos a coger a los dos desprevenidos, y con suerte todo iría bien.

Julia y yo llegamos primero al restaurante, y tras unos minutos Taylor entró con Sage a su lado. Cuando llegaron a nuestra mesa Sage se quedó mirando a Julia al instante. Sumó dos a dos rápidamente, averiguando de que iba todo aquello.

A Julia le costó un poco más.

—¿Qué es esto? —Miro a Taylor con miedo.

Taylor indicó a Sage que se sentara frente a Julia mientras ella ocupaba el asiento delante del mío.

—Hemos pensado que sería buena idea si os preparábamos una

cita. Creemos que encajáis bien.

—¿Nosotros? —preguntó Julia, sorprendida.

—Sí —respondió Taylor—. Sage es un tipo genial. Es dulce, detallista y muy leal. E incluso me dijo que eras la mujer más hermosa que había visto nunca.

—¿Qué? —espetó Sage.

Taylor le dio una patada por debajo de la mesa.

—Sí, lo dijo. —Lo fulminó con la mirada para que mantuviera la boca cerrada.

—Y creo que Julia es perfecta para ti Sage —añadí—. Es preciosa, divertida e inteligente. —Las dos últimas partes eran invención mía, pero dudaba que a Sage fuera a importarle—. Cenad juntos. Invitamos nosotros.

—Sí. —Taylor le dio una palmadita a Sage en la espalda—. Que os divirtáis. —Se levantó de la silla y yo hice lo mismo—. Buenas noches.

—Pasadlo bien, niños. —Les guiñé el ojo a ambos antes de coger a Taylor de la mano y salir de allí. Alejarnos de Sage y Julia pareció lo más natural del mundo. Durante nuestra doble cita todos habíamos estado con la pareja equivocada.

Pero ahora todo encajaba a la perfección

—Quédate en mi casa esta noche. —Acababa de pagar la cuenta de la cena y le sostenía la mano por encima de la mesa, rozándole los nudillos con el pulgar y memorizando la suave piel de sus manos delicadas.

—No puedo. —Sus ojos adoptaron una expresión de culpabilidad, como si detestara decirme que no—. Llevo quedándome las dos últimas semanas. Tengo que limpiar el apartamento, hacer la colada, ya sabes, pasar algo de tiempo allí.

No quería que estuviera en ningún sitio que no fuera tumbada junto a mí en la cama.

—Entonces puedo ir yo.

—Claro, pero mi apartamento es mucho más pequeño que el tuyo. No es de los caros.

—No me importa. —Lo único que me importaba era estar con ella.

—Y mi cama es de tamaño *Queen*, no *King*.

—El tamaño del colchón no importa cuando duermes encima de mí.

Sonrió.

—Cierto.

—¿Entonces puedo ir a recoger mis cosas e ir a dormir contigo?

—Desde luego. —Sus dedos se cerraron sobre los míos y me miró fijamente, sin parpadear. Me adoraba tanto como yo la adoraba a ella. Cogernos de la mano, algo por lo que normalmente me burlaba de la gente, parecía ahora lo más increíble del mundo—. ¿Crees que les irá bien?

—Estoy seguro de que sí. Si animas el ego de Julia, ya es tuya.

—Me imaginaba que sería una mujer difícil de ganar.

—Ninguna mujer es difícil de ganar si entiendes lo que quiere. —Ahora que ya me había ocupado de la cena, devolví la tarjeta a su lugar en la cartera y salimos juntos del restaurante.

—Gracias por la cena.

—De nada. —Le rodeé la cintura con el brazo, el lugar donde solía colocarlo—. Iré a buscar mis cosas y nos veremos en tu casa.

—Suena bien.

La vería al cabo de tan sólo unos minutos, pero de todas formas necesité darle un beso de despedida, así que rocé los labios contra los suyos con suavidad, adorando lo carnosos que eran. Cuando Taylor respiraba contra mi boca siempre le hacía cosas maravillosas a mi cuerpo.

—Adoro besarte…

—Y yo adoro que me beses. —Me miró entre las densas pestañas, con los ojos brillándole de un modo etéreo.

—Entonces seguiré haciéndolo. —Le di un beso final antes de

alejarme.

Entré con la bolsa de deporte sobre el hombro. Noté en seguida que Taylor había limpiado a toda velocidad mientras no estaba; no había platos en el fregadero, el suelo estaba barrido, había pasado la aspiradora por la moqueta y se oía la lavadora centrifugando desde el pasillo.

—Pequeña, he llegado.

Taylor salió del dormitorio, con las mejillas enrojecidas y la frente húmeda.

—Hola. —Intentó hacer ver que no estaba sin aliento y agotada de limpiar a fondo el apartamento en menos de veinte minutos—. ¿Por qué has tardado tanto?

No quise avergonzarla, así que no dije nada.

—Tu apartamento tiene buen aspecto.

—Gracias, lo he ordenado un poco.

Pasé junto a ella en el pasillo y le di un beso antes de entrar en el dormitorio. Dejé la bolsa de deporte en el colchón y me percaté de lo estéril que era la habitación. Ya había estado en ella antes, y normalmente estaba hecha un caos.

Sólo eran las ocho y media, pero no me apetecía nada más que irme a la cama. Mi cosa favorita era estar con Taylor en ella, tumbado con su pequeño cuerpo entre mis brazos. No importaba si no estábamos haciendo nada excitante; seguía siendo genial.

—¿Qué te apetece hacer?

—No lo sé. ¿Qué quieres hacer tú? —Cruzó los brazos sobre el pecho, con el cabello castaño cayéndole sobre los pechos.

Sabía exactamente lo que me apetecía hacer.

—Desnúdate.

Taylor rió entre dientes, algo incómoda.

—Sí… yo también… quiero.

—¿Entonces por qué no? —Rodeé la cama lentamente hasta

estar a su lado.

Taylor normalmente era tan explosiva y vocal cuando se trataba de cualquier otra cosa, pero en cuanto entraba en escena nuestra relación física se cerraba en banda. La ponía nerviosa en el buen sentido. La respiración se le aceleró por la excitación y se le sonrojaron las mejillas. Cambió de posición, necesitando hacer algo para no aferrarse a mí.

Le tomé la cintura entre las manos y sujeté la tela de su vestido. Tenía la suavidad de la seda, igual que su piel inmaculada. No la besé. En su lugar la provoqué; cuando me incliné hacia adelante, sus labios se separaron al instante. Una bocanada de aire silenciosa se le escapó de la garganta, una suave inhalación de preparación para lo que estaba por venir. Apoyó los brazos sobre mis bíceps, sintiendo los músculos bajo la camiseta de manga larga.

Froté la nariz contra la suya y vi cómo las estrellas le iluminaban los ojos. Destellaban en un mar de belleza, hipnóticos y fascinantes. Nunca antes había prestado tanta atención a los detalles de ninguna mujer.

Pero con ella notaba hasta lo más mínimo.

—Quieres decir… —Se quedó mirando mis labios, con su boca cada vez más impaciente.

—Me encanta ver cómo me deseas.

—Deberías sentirme mientras te deseo. —Rozó los labios contra los míos de manera seductora, igual que yo había hecho con ella. Después los apretó contra mi boca y profundizó nuestra unión.

Sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda y cómo me quedaba sin aire en los pulmones. Taylor lo tomó todo de mi interior, pero no me sentí vacío, no cuando al mismo tiempo me lo daba todo.

Mi mano se movió hasta la parte alta de su cuello, acunando su cabeza y perdiéndome en la conexión cada vez más profunda que teníamos el uno con el otro. Nunca había tenido el corazón roto; Taylor lo había arreglado. Nunca había conocido la verdadera felicidad hasta que ella llegó a mi vida. En comparación todo lo

demás era insignificante.

Aquello era lo real.

Taylor pasó las manos por el final de mi camiseta y me la quitó por la cabeza, intentando sacarla de en medio todo lo deprisa posible. Después me besó el centro del pecho, depositando suaves besos por todas partes. Sus manos recorrieron los músculos de mi cuerpo.

—Éste es mi lugar preferido…

Hundí la mano entre su pelo.

—¿Sí?

—Porque es donde está tu corazón. —Me besó directamente encima y después me miró a los ojos.

Me estaba enamorando todavía más, lo notaba.

Después de tumbarla sobre la cama me subí sobre ella y le hice colocar las piernas alrededor de mi cintura. El momento estaba lleno de lujuria y desesperación, pero quedó hecho pedazos cuando algo me vino a la mente.

Me di cuenta de que no estaba seguro de lo que quería.

El sexo para mí era terapia. Lo usaba para lidiar con la mujer que no me había amado, una mujer que me había tratado como basura y me había sido infiel a mis espaldas. El sexo hacía que me sintiera deseado; cuando complacía a mis parejas de una noche, siempre acababan volviendo a por más.

Y aquello me hacía sentir deseado.

Pero con Taylor todo era distinto.

Algo significaba algo para mí, para los dos. No quería lanzarme de cabeza al sexo simplemente porque disfrutaba de todo lo que hacía con Taylor. Besarla sin más me llevaba hasta lo más alto, no se trataba de la lujuria física que existía entre nosotros.

Era mucho más que aquello.

Y con aquella mujer me sentía a salvo, como si las cosas fueran a ser diferentes con ella. Nunca tendría que preguntar dónde estaba cuando no estábamos juntos, nunca tendría que revisarle el teléfono para ver con quién había estado hablando.

Porque Taylor nunca me haría daño.

Estaba tumbada de lado, mirándome fijamente.

Yo estaba leyendo mi libro, con las gafas sobre el puente de la nariz. Me giré hacia ella al sentir su mirada.

Taylor siguió observándome, con todos sus pensamientos ocultos tras aquellos bonitos ojos.

—¿En qué piensa mi pequeña?

Se apoyó sobre un codo, con las sábanas cubriendo sus tetas perfectas.

—Estás como un tren con las gafas.

—¿Sí? —Sonreí de oreja a oreja.

—¿Por qué no las llevas más a menudo?

—Prefiero las lentes de contacto, así no me molestan a lo largo del día.

—Ah…

Miré aquella expresión tan mona en su rostro.

—Pero puedo ponérmelas más a menudo. No me había dado cuenta que te gustaba la pinta de empollón.

—No es de empollón, es de inteligencia.

—Oh, ya veo. Te van los chicos guapos e inteligentes.

—No es que me vaya un tipo concreto de hombre, pero está claro que tú me vas. —Me pasó la mano por el estómago plano, apartando el libro mientras me tocaba.

—Y a mí definitivamente me vas tú.

Taylor se acercó más a mí y me besó el hombro.

Nunca había recibido un beso así, y resultaba curiosamente satisfactorio.

—Ojalá me hubiera lanzado a por ti nada más verte. —Mi manó fue hacia su muslo, por debajo de las sábanas—. Ojalá no hubiera perdido tanto tiempo.

—Yo lo prefiero así. —Entrelazó el brazo con el mío y apoyó la

cabeza sobre mi hombro.

—¿De verdad?

—No habría querido estar contigo a menos que estuvieras seguro de lo que querías. Te llevó un tiempo averiguarlo, y ahora sabes exactamente lo que quieres. —Alzó la vista hacia mí, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Sí que sé lo que quiero. —Menuda mujer.

—Y eso lo hace mucho mejor. —Volvió a besarme el hombro antes de acomodarse de nuevo sobre la cama.

Cerré el libro y dejé las gafas sobre la mesita de noche. Aquella cama era mucho más pequeña que a la que estaba acostumbrado, y ni de cerca igual de cómoda, pero siempre y cuando Taylor estuviera junto a mí, nada de todo aquello importaba.

Apagué la lámpara y me acurruqué a su lado. Me pegué a su espalda y descansé el rostro contra su nuca, ganándome una bocanada de su aroma, precioso y arrebatador. Era mejor que cualquier ambientador.

—¿Pequeño?

Nunca antes me había llamado así.

—¿Hmm?

—Será mejor que avises a tus chicas de que dejen de pasarse por el apartamento, porque soy una mujer muy celosa, y mi paciencia tiene un límite. Envía un boletín de noticias si es necesario, o dame todas sus direcciones y me ocuparé personalmente.

Había oído lo que había dicho, pero no le encontraba sentido.

—¿Creía que no estabas celosa?

—Dije que no estaba enfadada, pero después de lo de Julia y sus enormes tetas, empiezo a estarlo.

No había razón para que se sintiera amenazada por Julia. Siempre que había tenido sexo con ella lo había hecho pensando en Taylor.

—Les diré algo a todas.

—Gracias.

Me senté y me incliné para verle la cara.

—Me parece de lo más mono que estés celosa.

—¿Mono? —Se giró para quedar boca arriba y mirarme—. A mí los celos me parecen de lo más feos.

—No cuando eres tú. Soy tuyo, y quiero que todo el mundo lo sepa. Me parece la mar de sexy.

—Bueno, espero que también te parezca sexy cuando acabe atizándole a alguna en la cara.

—Puede que lo haga.

Nueve
Taylor

—¿Puedo entrar? —El señor Davidson llamó a mi puerta abierta.

—Claro, sólo estoy poniendo nota a algunos informes de laboratorio. —El señor Davidson era el otro profesor de ciencias. Él se centraba en ciencias naturales y biología, mientras que lo mío era la química y la física.

Era algunos años mayor que yo, recién empezada la treintena. Por lo que sabía, era un profesor bastante nuevo.

—¿Podría cogerte prestados algunos matraces, si no es molestia? El conserje se pasó anoche y soy incapaz de encontrar ninguno de ellos.

—Sí, por supuesto.

—Gracias. —Me sonrió antes de acercarse a la encimera que había al otro lado de la habitación. Recogió uno del puesto de secado y lo colocó en una caja vacía—. ¿Cómo te va el día?

—Bien. Sólo estoy intentando acabar con esto para poder irme a casa. —Y liarme con mi novio cañón que a veces llevaba gafas.

—Yo también quiero irme pronto, pero tengo que preparar el laboratorio para mañana. —Continuó guardando matraces en la caja, uno por uno—. Algunos de mis estudiantes planean asistir a tus clases el próximo año.

Si es que seguía allí para el año siguiente. Seguía irritada con la manera en que el director había hablado conmigo, poniéndose del lado de los padres cuando aquél era únicamente un lado de la historia. Me encantaban mis estudiantes y la escuela, pero no estaba segura de si podría dejar de lado mi resentimiento.

—Será un placer tenerlos de alumnos.

—Así que… ¿Has visto alguna buena película últimamente?

Siempre me gustaba mantener una charla amistosa, pero tenía trabajo que hacer. Davidson parecía estar tomándose su tiempo para reunir lo que necesitaba, y estaba de lo más parlanchín.

—En realidad no. No voy a menudo al cine, estoy demasiado ocupada.

—Lo mismo digo. —Era un tipo atractivo, de esos que salían a correr todas las mañanas y participaban en maratones locales. Yo nunca tenía citas con compañeros de trabajo, así que nunca me había interesado en él, y ahora que Volt y yo estábamos juntos ya no me interesaba nadie más sobre la faz de la tierra.

—¿Y estás saliendo con…?

—Hola. —Natalie entró en el aula, vestida con sus tacones de diez centímetros—. No puedo creerme que sigas aquí.

Levanté el bolígrafo rojo en el aire.

—Casi he acabado con los informes.

—Ponles a todos un notable, es lo que hago yo.

Puse los ojos en blanco.

—No, no lo haces.

Natalie se acercó a mi mesa y vio al señor Davidson.

—Hola, señor Davidson. ¿Qué tal?

—Podéis llamarme Scott. —Se acercó a la mesa con la caja llena de matraces en la mano—. Y bastante bien. sólo estaba preparando el laboratorio para mañana.

—Ugh—dijo Natalie—. Me alegro tanto de enseñar lengua.

Scott se giró para mirarme.

—Te veré más tarde. Gracias por los matraces.

—De nada. —Le sonreí.

Salió del aula y recorrió el pasillo hasta su sala.

Natalie esperó hasta que la puerta se hubo cerrado antes de empezar a hablar a toda velocidad.

—Le gustas.

—No.

—No, en serio. Le gustas.

—¿De verdad ha dicho eso? —pregunté incrédula.

—Bueno, preguntó si estabas saliendo con alguien.

Aquello era una señal de alarma.

—Y le dijiste que sí, así que no le intereso.

—En realidad le dije que no, porque preguntó antes de que Volt y tú dejarais de comportaros como críos. Sólo te estoy avisando.

—Ugh. —Esperaba que se equivocara con todo eso.

—¿Y qué, sigues pensando en irte?

—Sí. —Cambiaba de idea cada día. A veces estaba desesperada por irme, y otras veces no. Todo dependía del momento, del humor en que me encontrase.

—Creo que deberías quedarte. Tenemos que ser compañeras de trabajo. Además, es una gran escuela con un sueldo más que bueno. Después de tu tercer año impartiendo el salario sube mucho.

—Sí… Pero no sé.

—¿Es por Volt?

¿Qué tenía que ver él con nada de todo aquello?

—A él no le importa lo que haga, pero quiere que acabe el año al menos.

—Me refiero a por su padre.

Volvía a haberme perdido.

—No conozco a su padre. ¿De qué estás hablando?

—Sí que lo conoces. —Se sentó sobre la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Lo ves casi cada día.

¿Pero a qué demonios se refería?

—Nat, te aseguro que no conozco al padre de Volt. De haberlo visto, me acordaría.

Entrecerró los ojos, mirándome la cara.

—¿No lo sabes?

—¿Saber el qué?

—Guau.

—¿Guau, qué? —pregunté, irritada

—Es el director.

Aquello era absurdo.

—Deja de tomarme el pelo, Nat. Hoy no.

—Hablo completamente en serio —discutió—. El director Rosenthal es el padre de Volt. Tienen el mismo apellido, ¿no te has dado cuenta?

—Pero… —Mierda, sí que tenían el mismo apellido—. Pero Volt me lo habría dicho.

—Lo sé, por eso me sorprende tanto que no lo supieras.

Aquello seguía sin encajar.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien. Puedes preguntárselo tú misma.

Seguía costándome creerlo; de ser así Volt me habría dicho algo. ¿Por qué ocultarlo?

—Quizás no quería que sus padres supieran que eras la nueva profesora a la que estaban considerando despedir. Puede que estuviera intentando protegerte.

Ya no podía negar la verdad. Tenían el mismo apellido, y Volt había podido pasearse por todo el campus con total libertad. Y antes había sido profesor. Todas las piezas empezaron a encajar rápidamente.

—Mierda, tienes razón.

—Ya te lo he dicho.

Aparté la montaña de papeles y recogí el bolso.

—Tengo que tener una pequeña conversación con él.

—Ahora me siento mal por Volt.

Me giré hacia ella antes de salir.

—Sí, pues ya somos dos.

Me dirigí a su apartamento, donde debía de estar a aquella hora. Normalmente iba al gimnasio después del trabajo y luego se duchaba en casa antes de llamarme. Entré directamente en lugar de llamar a la puerta.

—¡Volt!

—Pequeña, ¿eres tú? —Su voz provenía del baño al otro lado del pasillo. Sonaba extraño, como si tuviera la boca llena de pasta de dientes.

—Sí. Mueve el culo hasta aquí.

Volt salió al pasillo un momento más tarde, con una toalla rodeándole la cintura, el cuerpo humedecido y el pelo todavía despeinado. Llevaba las gafas puestas, lo que le daba aspecto de ser el empollón más guapo que había pisado nunca la faz de la tierra.

—¿Qué pasa?

Me había olvidado de por qué había venido.

—Ugh… —Seguí su cuerpo duro como la roca con los ojos, recordando el sabor de su piel bajo mi lengua. Recordando cómo me había frotado contra su miembro y le había clavado los dedos en los abdominales, sintiendo sus músculos tensarse y moverse con cada embestida. Una cosa llevo a la otra, y me lo imaginé con la cara entre mis piernas.

—¿Pequeña?

Sus palabras me devolvieron a la discusión. Mi enfado volvió al instante, pero desapareció con la misma rapidez cuando vi cómo le quedaban las gafas en la cara. Seguía siendo de lo más sexy, y toda una fuente de distracciones.

—Ponte algo de ropa y vuelve aquí.

—¿Qué? —soltó—. Sólo dime qué pasa.

Me aferré la cabeza entre las manos, frustrada.

—Tú ve a vestirte. —No dejaba de perder el hilo de mis pensamientos. Era imposible resistirse a él con aquellas gafas tan sexis y el cuerpo todavía más sexy—. Ahora. —Chaqueé los dedos y señalé hacia el pasillo.

—De acuerdo… —Entró en el dormitorio y volvió un poco después, todavía con las gafas puestas.

—No. Quítatelas.

—No veré nada.

—Pues ponte las lentillas.

—Eso me llevará otros cinco minutos. —Se acercó a mí hasta rodearme la cintura con los brazos—. Y ahora dime, ¿qué te tiene tan nerviosa?

Le aparté los brazos, sintiendo cómo mi ira volvía a llegar al punto de ebullición.

—¿Por qué no me dijiste que tu padre es el director?

Su expresión cambió al instante, palideciendo. La culpabilidad se le dibujó en los ojos, al igual que un ceño fruncido. No hacía falta que dijera nada para admitir su mentira.

—¿Volt? —Me crucé de brazos, alzando la mirada hacia él con gesto frío. Saber que trabajaba con su padre de manera diaria y que no había tenido ni idea de ello me hacía sentir como una idiota. Me lo había escondido a propósito. Debía de haber tenido una razón, y acabaría averiguando cuál había sido.

Volt se frotó el cuello, pasándose los dedos por el pelo.

—Puedo explicarlo.

—Pues será mejor que lo hagas. —Di un pisotón en el suelo—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué ibas a escondérmelo a propósito?

—Simplemente pasó.

—Ah, no —le espeté—. La única razón por la que pasó fue porque me ocultaste información. ¿Por qué ibas a hacerlo? ¿Sabe él quién soy?

—No.

—Y yo no sabía quién era él… Interesante.

—Mira, cuando tú y yo nos hicimos amigos, me dijiste que las clases te estaban costando.

—Sí… —¿Qué tenía que ver aquello con nada?

—Y fui a cenar con mis padres y mi padre… —Se encogió un poco, como si no quisiera acabar la frase.

—¿Y tu padre qué? —insistí.

—Dijo que eras un problema. Al parecer los padres estaban acudiendo a él con varias quejas. Yo sabía que te estabas esforzando, así que lo convencí para que lo dejara pasar. Le recordé que a todos los profesores nuevos les cuesta durante su

primer año. Se relajó un poco, pero sabía que resultaría incómodo si os presentaba.

—¿Y lo de la boda? —le reté—. Estuve a punto de conocerlo.

—En aquel momento estaba intentando que te enamorases de mí. Sabía que en el proceso lo conocerías, pero asumí que acabaría pasando algún día si acabábamos juntos. Pero se puso enfermo.

—¿Pero y después de eso? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Es sólo que… Parece que no os lleváis muy bien. No quería deciros quién erais hasta que hubieseis solucionado vuestras diferencias. Y parece que por fin lo habéis hecho.

—Porque por fin ha dejado de controlar todo lo que hago.

Dejó caer las manos junto al cuerpo con expresión resignada.

—Lo siento. Sé que debería habértelo dicho, pero no encontré el momento adecuado.

—Tu padre me odia, Volt. —Había parecido caerle bien a su madre, pero en cuanto supiera que era la horrible profesora a la que su marido había estado a punto de despedir, dejaría de ser así para siempre—. Me he ocupado del temario y de la gestión de la clase, pero eso no cambia lo que pasó entre nosotros. Hemos tenido algunas discusiones muy acaloradas. Si le hubieras dicho que yo era la chica con la que te estabas viendo, se habría sentido de lo más decepcionado.

—Ahora sabes por qué no se lo dije.

Gruñí.

—¿Y por qué no me lo dijiste a mí?

—Porque… —Apartó la mirada, mostrando miedo frente a la batalla que se cernía—. Porque temía que entonces no quisieras tener nada que ver conmigo. Si lo hubieras sabido desde el principio quizás lo hubieras usado como excusa para no considerarme como novio, y entonces nunca habría conseguido lo que quería. A ti.

Aquello era muy dulce, pero no lo bastante como para frenar mi enfado.

—Aun así deberías habérmelo dicho. Ahora me siento como una

idiota.

—¿Pero habría cambiado algo de haberlo hecho? Si lo hubieras sabido más pronto, ¿habrías actuado de manera diferente con él?

—Desde luego no le habría hablado con tanta brusquedad. —Habíamos chocado de frente, y yo había perdido el control de mi temperamento unas cuantas veces. Mi lengua tenía mente propia y había dicho algunas cosas imperdonables—. Definitivamente habría ido con más cuidado de saber que podría ser mi futuro suegro. —Estaba tan enfadada que no pensaba con claridad y escupí lo primero que me vino a la mente, dejando flotar aquel comentario en el aire. No tuve tiempo de disimular ni de inventarme una excusa, simplemente lo dije.

Volt no reaccionó, o de hacerlo, lo ocultó muy bien.

—No puedo cambiar lo que ya he hecho. ¿Podemos olvidarlo?

—No. —Era cabezota y me negaba a dejar ir a mi rabia, al menos todavía—. Sigo cabreada contigo por mentirme.

—Nunca te he mentido. —Dio un paso hacia mí, con los ojos suavizados por el miedo—. Era una situación difícil, y no estaba seguro de cómo manejarla. No dejé de retrasarlo hasta que se ha solucionado sola.

—¿Que se ha solucionado sola? —Arqueé una ceja—. Volt, no se ha solucionado sola, ahora sólo soy consciente del problema y no sé cómo arreglarlo. Cuando tu padre se enteré estará en la misma situación en la que estoy yo. ¿Y de verdad creías que Natalie no iba a decírmelo?

Volt gruñó en voz baja.

—Sabía que había sido ella…

—No le eches la culpa. Ha asumido que ya lo sabía, y cuando se ha dado cuenta de que no sabía nada ha sido de lo más vergonzoso. Mi propio novio no me ha dicho que mi jefe es su padre.

Volvió a frotarse la nuca.

Había dicho todo lo que tenía que decirle, y sus respuestas no habían sido suficientes. Había llegado enfadada, y me estaba yendo

todavía más enfadada. Me salía humo por la nariz; no quería seguir mirándolo.

—Adiós, Volt. —Hice mi gran salida sin mirar atrás, cerrando la puerta de un portazo.

No podía lidiar con su pasado apareciendo para mordernos el culo sólo porque yo no había sido consciente de la situación. No debería haberme ocultado nada sólo para mantenerme feliz. Éramos un equipo y lo sabíamos todo sobre el otro, pero aquello era distinto.

Me había dejado sola. Y desamparada.

Natalie me miró fijamente desde el otro lado de la mesa. Era una de aquellas raras ocasiones en que la veía fuera del trabajo y ella no tenía los labios ocupados. Removió su bebida, con los ojos todavía clavados en mí.

Habían pasado dos días desde que Volt y yo habíamos hablado. No había intentado contactar conmigo; sabía que seguía enfadada. Tenía que darme algo de tiempo para que las aguas se calmaran; si volvía a verlo ahora, sólo acabaría teniendo otra pataleta.

—Así que… ¿sigues enfadada? —me preguntó Natalie con suavidad.

—Mucho.

—Bueno, tienes que darle algunos puntos. Era una situación difícil.

—¿Una situación difícil? —espeté—. No iba a decírmelo nunca. Iba a presentarme a su padre así sin más y a ver cómo chocábamos de frente.

—Eso no es cierto —dijo—. Desde luego que te lo habría dicho.

—Planeó presentarme a sus padres sin darme advertencia alguna, sin saber hasta que llegamos a la boda que su padre había tenido una intoxicación alimentaria. Así que no le busques excusas. —Recogí mi bebida de la mesa y le di un buen trago.

—Al menos tenía buenas intenciones.

—¿Y cuáles eran esas buenas intenciones?

—Quería proteger vuestra relación por encima de todo lo demás. Al mantenerlo en secreto evitó que los problemas del mundo exterior afectaran a lo que tenéis. Te lleva deseando desde hace tanto tiempo que no iba a dejar que nada pusiera en peligro vuestra oportunidad de estar juntos. Si piensas en ello de ese modo, en realidad es bastante romántico…

—Tenemos una definición muy diferente de lo que es romántico. —Agité mi bebida, mezclando bien el alcohol.

—¿Pero acaso cambia algo? —me preguntó—. No vas a dejarlo, ¿verdad?

Puede que estuviera enfadada, pero no loca. Volt era lo mejor que me había pasado nunca, dejando de lado aquel pequeño episodio.

—Claro que no, pero no sé cómo funcionará con su familia. No le caigo bien a su padre, y estoy bastante segura de que nunca lo haré.

—Eso no debería importar. Volt quiere estar contigo, así que hará que se muerdan la lengua.

—¿Pero lo harán? —susurré—. Es su hijo mayor.

—Volt les obligará a mordérsela, eso te lo garantizo. —Pidió otra ronda antes incluso de que nos hubiéramos acabado las bebidas.

Todo acabaría bien siempre y cuando permaneciéramos juntos, pero no conseguía quitarme de encima el enfado que sentía hacia Volt. Me lo había ocultado a propósito durante ocho meses. Llevábamos saliendo juntos semanas, y debería haberlo mencionado en algún momento. ¿Qué pasaría a la larga si volvía a surgir algo así? ¿No me lo diría nunca?

Natalie miró la expresión de mis ojos, casi leyéndome la mente.

—Vas a seguir enfadada durante algún tiempo, ¿eh?

—Sí. —Me invadieron las ganas de darle una buena bofetada a Volt para hacerlo entrar en razón.

—Pero no rompas con él. Habéis llegado tan lejos.

¿Romper con él? Por muy enfadada que estuviera, aquello era lo último en lo que estaba pensando.

—Es el hombre con quien me casaré. No lo dejaré ir jamás. —Volví a agitar mi bebida antes de beber.

Natalie tenía los ojos fijos en mi rostro, con un gesto de asombro.

—Hala… ¿Qué acabas de decir?

No había pensado mucho en mis palabras antes de decirlas, las había soltado sin más. Era la verdad, lo que sentía en lo más profundo de mí. Era algo que sabía, una sensación asentada en mi corazón.

—Sé que suena de locos, pero… Simplemente lo sé.

—¿Se lo has dicho?

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera nos hemos dicho que nos queremos todavía. Pero… No hace falta que lo haga, ni tampoco me hace falta oírlo. —Era una de aquellas cosas que sencillamente comprendías. Era una verdad que resonaba, como una campana, incluso si nadie podía oírla.

—Entonces creo que deberías darle algo de margen.

—No, precisamente por eso no le doy ninguno. Esta relación no es como las demás que hemos tenido. Es la definitiva. Somos un equipo, y tiene que empezar a actuar en consecuencia. Nada de secretos, al menos no secretos como éste.

—Entonces habladlo.

—Y lo hemos hecho, pero ahora mismo necesito algo de espacio. Hablaré con él cuando esté lista.

El camarero nos trajo las bebidas y las dejó en la mesa antes de alejarse. Natalie se acabó su primer vaso antes de llevarse el segundo a los labios, con los ojos fijos en mí en todo momento.

—Parece bastante intenso.

—Supongo que lo es.

—Bueno, espero que no lo hagas sufrir durante demasiado

tiempo. Estoy segura de que ahora mismo está como un alma en pena en su apartamento, lamiéndose las heridas.

—Lo superará. —Volt probablemente se estuviera entreteniendo con Clay o con Derek. Entendía que aquello no era más que una pelea, y que las aguas acabarían calmándose. Cuando estuviera lista para hablar, hablaríamos.

Diez
Volt

Maldita sea.

Odiaba dormir solo. Cuando las mujeres habían pasado las noches conmigo, nunca nos habíamos hecho arrumacos. A veces se acercaban a mi lado de la cama, pero para cuando me despertaba a la mañana siguiente ya estaban al otro lado del colchón. Sin embargo, me encantaba dormir con Taylor.

Y ahora que no estaba, me encontraba agotado.

No conseguía dormir, no importaba lo mucho que lo intentase. Vaciaba la mente e incluso contaba ovejas, pero nada funcionaba. En su lugar no dejaba de ver a mi chica dirigiéndome aquella mirada decepcionada.

Dios, era un asco.

No podía culparla por estar enfadada. La había despistado a propósito y le había ocultado información porque habría afectado a mi vida de manera negativa. Había planeado decírselo con el tiempo; no quería que fuera a cenar a casa de mis padres sin estar advertida.

Pero había estado esperando hasta el último momento.

Simplemente no había querido fastidiar lo que teníamos. Estaba protegiendo nuestra relación, que todavía era nueva y estaba desarrollándose.

Pero había acabado echándola por los suelos de todos modos.

Quería hablar con ella, pero me contuve justo antes de enviarle infinidad de mensajes. Quería llamarla aunque fuera sólo para oír su voz, pero controlé mis dedos.

La echaba de menos.

Pasaba todo mi tiempo trabajando, dando clases a Clay y a solas en mi piso. Taylor probablemente estuviera ocupada con sus alumnos, poniendo nota a una infinidad de trabajos y preparando futuras clases en el laboratorio. Conociéndola, debía de estar manteniéndose ocupada para no pensar en lo enfadada que estaba.

¿Cuánto espacio tenía que darle?

Hacía mucho que no estaba en una relación, y no estaba seguro de que la más reciente contara siquiera. Si aquella mujer me había sido infiel con su ex, entonces estaba claro que yo no había sido el mejor novio del mundo. No me había querido ni respetado, y yo, como un idiota, había estado planeando convertirla en mi esposa.

¿Acaso contaba?

A medida que pasaba el tiempo y se cumplieron los cinco días, empecé a perder los nervios. ¿Había puesto punto final Taylor a nuestra relación al marcharse? ¿Habíamos roto? ¿Había malinterpretado lo que había querido decir y la había perdido para siempre?

No podía perderla.

No habría podido con ello.

Sólo la había tenido entre mis brazos durante unas pocas semanas, ni siquiera había llegado al mes, y habían sido las mejores semanas de toda mi vida. Me había hecho más feliz de lo que nunca hubiera pensado. Su amistad ya nunca sería suficiente, siempre la necesitaría por completo para seguir adelante y para volver a encontrarme a mí mismo.

No podía dejarla ir.

Llamé a su puerta y tuve la esperanza de respondiera.

Si miraba por la mirilla y hacía ver que no estaba en casa, echaría la puerta abajo. Y si con aquello sólo conseguía que me odiara todavía más, entonces tendría que darle caza de camino al trabajo, o de camino a casa, allí donde pudiera encontrarla.

Porque tenía que arreglar aquella situación.

Por suerte, Taylor abrió la puerta. Tenía exactamente la misma expresión con la que la había imaginado, llena de enfado e irritación. Y lo peor de todo era la decepción. Estaba casi asqueada ante mi presencia.

Sí que no quería hablar conmigo, aquello estaba más que claro. Debería marcharme, o acabaríamos teniendo la misma discusión que ya habíamos tenido. Yo me disculparía y ella se negaría a perdonarme. Sería como perderla de nuevo.

Pero no podía perderla.

—Pequeña, lo siento. Debería haberte dicho lo de mi padre. Sé que la he jodido, y lo admito, y no volveré a ocultarte nada, te lo prometo. Pero por favor, no me dejes. —Nunca le había suplicado a ninguna mujer que se quedase conmigo. Nunca había perseguido a nadie con tantas fuerzas, nunca me había degradado hasta usar palabras tan patéticas. Taylor sacaba lo mejor de mí, pero también lo peor. No me quedaba ni un gramo de orgullo en el cuerpo; estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por seguir con ella. No tenía ninguna duda de que nunca volvería a ser tan feliz, no si ella no estaba a mi lado.

La irritación de su rostro desapareció enseguida, y la cara que veía a diario volvió a aparecer frente a mí. Sus ojos se suavizaron, y apretó los labios con fuerza en un gesto de tristeza.

—Volt, no voy a irme a ningún sitio.

—¿No? —Se me rompió la voz de pura esperanza. Entré en su apartamento sin que me invitase, necesitando mirarla de cerca. Tenía que ver su sinceridad, saber que todo acabaría bien.

—Claro que no.

—No me has llamado en cinco días, no estaba seguro de si podrías superarlo. Empezaba a preguntarme si había malinterpretado todo lo que habías dicho. Supongo que me puse paranoico… Me asusté.

—Lo siento. —Me rodeó la cintura con los brazos y me miró a la cara—-. No debería haber seguido resentida durante tanto

tiempo.

Oír aquellas palabras consiguió que me relajase de inmediato. Todo el miedo abandonó mi cuerpo, siendo reemplazado por una abrumadora sensación de alivio. Mis brazos se movieron para abrazarle la cintura, y la sostuve con fuerza contra mí, atesorando el hecho de que podía volver a tenerla entre mis brazos.

—Me alegro de que sigas aquí.

Taylor frotó la nariz contra la mía y de algún modo consiguió que fuera sexy.

Porque siempre conseguía que todo fuera sexy.

—No volvamos a escondernos nada —susurró.

—Trato hecho. —De todas formas no tenía secretos, aparte del de mi padre—-. Soy un libro abierto.

—Bien, porque quiero leerte. —Sonrió contra mi boca, extendiendo los labios contra los míos.

—Pequeña, puedes leerme cuando quieras. —La levanté en el aire y cargué con ella por el pasillo; mi cuerpo la ansiaba después de estar solo durante tanto tiempo. No había conseguido dormir, y desde luego tampoco había tenido nada de acción. Pero en lugar de llevarla a su dormitorio, entré en el baño.

—Esto es un giro inesperado… —Taylor me miró con incredulidad cuando la dejé de nuevo en el suelo.

—Vamos a ducharnos juntos. Siempre he querido hacerlo contigo.

—Ooh… ¿Volt, mojado y desnudo? Me gusta.

Sonreí de oreja a oreja.

—Eres la mujer perfecta, ¿lo sabes?

—Puede que lo hayas mencionado alguna vez…

Después de desnudarnos nos metimos bajo el chorro de agua. El cabello de Taylor se le pegó al cuello y a la espalda, con las cálidas gotas destellando mientras recorrían su preciosa figura. Sus pechos eran firmes y puntiagudos, y tan perfectos que parecían falsos.

Taylor recogió la pastilla de jabón y la masajeó sobre mi piel, lavándome y haciendo que el jabón me cubriera de burbujas. Me

recorrió el cuerpo con los ojos, admirando las líneas de músculos y fuerza. Su deseo resultaba evidente en su mirada, al igual que algo más profundo.

—Me toca. —Le quité el jabón y fui al instante a por sus senos. Los tomé uno a uno en la mano y los lavé, endureciéndome más a cada segundo que pasaba. Taylor tenía un buen culo, pero lo que me volvía loco de verdad era su delantera.

—Me gusta cuando haces eso.

Alcé la vista para mirarla a los ojos.

—¿Sí? —Le apreté los pechos con más fuerza, sintiendo cómo mis manos se deslizaban sobre ellos. Mi pene palpitó y sentí cómo Taylor arqueaba la espalda, empujando el torso hacia mis manos.

—Sí…

Estaba empezando a cansarme de esperar el gran final. Quería estar dentro de ella, quería sentirla tensándose en torno a mi miembro cuando hiciera que se corriera. Quería que nuestros cuerpos se entrelazasen con tanta fuerza que no pudiéramos distinguir dónde acababa uno y dónde empezaba el otro. Quería hacerle el amor, poco a poco y a conciencia.

Pero aquel no era el mejor momento.

—¿Qué has estado haciendo? —Moví las manos hasta la cintura que marcaba su figura de reloj de arena y tanteé la marcada curva de las caderas. Taylor me había dicho en una ocasión que no tenía el cuerpo necesario para lucir vestidos apretados y cortos, pero yo no tenía ni idea de a qué se refería. Era absolutamente perfecta. Resultaba adorable incluso con el vestido con estampado de abejas y los pendientes de flamencos; su peculiaridad era un incentivo más.

—Trabajando. Saliendo con Natalie.

—Tengo celos. —Yo había sentado en casa, a solas, pensando en mi chica y preguntándome si todavía sería mi chica.

—No hay nada de lo que estar celoso.

—Quiero decir celoso de Natalie, por poder estar contigo.

—Bueno, odio decepcionarte, pero no ha habido demasiado

sexo lésbico…

Mis fantasías solían incluir a dos mujeres juntas. Había participado varias veces en tríos, y no había nada que se le pareciera. Tener la polla en un coño mientras otra persona te lamía los testículos era el paraíso, pero aquella idea ya no me excitaba. Imaginarme a Taylor con Natalie no me interesaba.

Lo único que me excitaba era ella.

Mis fantasías ahora eran de los dos juntos, moviéndonos lentamente sobre el colchón mientras ella me arañaba la espalda. Respiraría con fuerza debajo de mí, llenándome los oídos de sus sensuales gemidos. Me rodearía la cintura con las piernas y me pediría que se lo hiciera más fuerte, que le diera todo lo que tenía. La sentiría correrse en torno a mi hombría con tal éxtasis que me suplicaría que volviera a hacerlo, una y otra vez.

Ésa era mi fantasía.

—Natalie no me interesa en lo más mínimo. —Me parecía guapa, pero ahora no era más que una sombra de fondo. Taylor estaba en centro del escenario, y todos los focos se concentraban en ella—. Y tampoco me interesa el sexo lésbico.

—¿Oh, de verdad? —me retó, traviesa, pasándome las manos por el pecho.

Mantuve una expresión impasible al responder.

—De verdad.

—No estoy segura de si me lo creo… —Agitó los dedos por mi pecho, bajando hasta llegar al vientre.

—Bueno, siempre que me masturbo es en ti en quien pienso, y en mí. Nunca hay nadie más en la habitación.

—¿Sí? —Su espíritu juguetón desapareció y pasó a estar más seria. Entreabrió los labios, excitada.

—Sí.

Se me alteró la respiración cuando extendió la mano hacia esa parte de mi anatomía, demostrando que se le daba mucho mejor darme placer que a ninguna de mis fantasías.

Para cuando hubo acabado conmigo, me sentía algo mareado, y francamente, sorprendido por lo que acababa de hacer. Taylor actuaba como si no tuviera experiencia en temas de sexo, pero a mis ojos era toda una maestra.

La ayudé a ponerse en pie y la miré con una percepción nueva. Lo que sentía por ella iba más allá de la lujuria; contenía mucho más, sentimientos que ni siquiera sabía cómo expresar. Pero sabía que una profunda relación física era parte de todo aquello. Taylor era mejor que todas las chicas con las que me había acostado. Era el premio definitivo, la mayor diosa del sexo de todas.

Tal y como ya le había dicho, me consideraba todo un caballero, y como tal siempre hacía que mis damas se corriesen. No iba a dejar a mi chica en la estacada; aquella clase de desidia era la mejor manera de perder a una mujer.

Y yo no iba a perderla.

Me arrodillé y le coloqué las piernas sobre mis hombros, dejando la cara en la zona que las separaba, justo frente al objeto de mi obsesión.

Taylor se sujetó a mis hombros para mantener el equilibrio y me miró.

—¿Qué haces?

Puse la boca sobre el centro de su ser, haciendo todas las cosas que ya sabía que le gustaban. Lamí y succioné la zona, provocando que se retorciera encima de mí. No había necesidad de responder a su pregunta.

Estaba bastante seguro de que ya lo había hecho.

—Y... ¿Dónde aprendiste todo eso?

Taylor estaba tumbada a mi lado en la cama, con un montón de papeles extendidos sobre la colcha. Tenía que devolver los

informes del laboratorio el día siguiente y no había acabado de prepararlo todo.

—¿Todo el qué? ¿La ciencia?

—No. —Mi mano avanzó sobre su estómago plano, por debajo de las sábanas—. Todos esos trucos sexis.

—¿Qué trucos sexis? —Tenía las rodillas dobladas y las usaba a modo de soporte para escribir sobre los informes. Dejó de tomar notas en una esquina y se giró hacia mí.

—Lo de la mamada, la masturbación, lo de follarte las tetas… Ha sido todo muy impresionante.

Al principio siguió inexpresiva, como si no comprendiera a qué me refería, pero la rojez apareció muy rápido en sus mejillas, igual que hacía siempre que se sentía avergonzada. Apretó los labios con fuerza e intentó ocultar una sonrisa.

—No lo sé… Simplemente he hecho lo que me gustaba.

—Quiero decir, tienes que haber visto porno.

—Ya te dije que sí. —Volvió a centrarse en su trabajo, evitando mirarme a los ojos.

—Y quiero decir mucho porno. Tus movimientos son de otro mundo.

—Bueno, no era en eso en lo que pensaba cuando hacía todas esas cosas.

—¿Y en qué estabas pensando? —Solía considerarla una inocente profesora, no un animal sediento de sexo, pero ahora todo era diferente. Taylor era una estrella del porno llena de elegancia, a pesar de la aparente contradicción.

—No sé —respondió, encogiéndose de hombros—. Estaba muy excitada, y quería hacerte sentir bien. Sinceramente, no estaba pensando demasiado, sólo me movía. Mi cuerpo parecía saber qué hacer a continuación. Estaba sumida en el momento.

Le cogí el bolígrafo y le puse el tapón antes de lanzarlo todo al suelo. Quería toda su atención. No me gustaba compartirla con nadie, ni siquiera con sus estudiantes.

—Sé a lo que te refieres.

Taylor miró de reojo la montaña de papeles que había ahora tirados por todo el suelo.

—Gracias…

—Después lo recogeré.

Se tumbó y se giró hacia mí, todavía desnuda bajo las sábanas. Sus ojos azules eran electrizantes. Si la miraba con la suficiente intensidad, podía ver las chispas en sus ojos. Una corriente salvaje la recorría, quemándome sólo con mirarla.

—Ahora que tienes toda mi atención, ¿qué es lo que quieres?

—A ti. —Me coloqué encima de ella, con el rostro a sólo unos centímetros del suyo.

—Ya me tienes. ¿Y ahora qué?

—Quiero saber cómo conseguiste ser tan buena en la cama. ¿Has tenido algún novio serio antes?

—¿De verdad quieres hablar de mis ex ahora? —preguntó—. ¿Acaso importa? Tú eres el que ha tenido a una lista infinita de mujeres preciosas montándote como si fueras un toro mecánico.

—Pero sólo he tenido una relación seria aparte de ti, así que ninguna de ellas cuenta.

Sus manos vagaron lentamente por mis hombros antes de posarse sobre ambos lados de mi cuello.

—Nunca he tenido novio serio. He tenido novios, pero nunca pensé que duraría para siempre.

—¿Y de dónde sale entonces toda esa experiencia?

—De ningún sitio. Simplemente he salido de mi cascarón al encontrar a la persona adecuada.

Mi mirada se suavizó, y no me molesté en ocultarlo.

—Me haces hacer cosas que normalmente no haría porque me siento cómoda contigo. No me da miedo parecer estúpida. No me preocupa hacer algo que odies. Sencillamente… hago lo que quiero.

—Me alegro de que te sientas cómoda conmigo. —Froté la nariz contra la suya.

—¿Así que en su momento tuviste una novia?

No quería hablar de ella. Habíamos roto hacía casi dos años, y no quería volver a pensar nunca en aquella mujer. El dolor que me había infligido había ido desapareciendo poco a poco cuando Taylor había llegado a mi vida; por fin creía que podía confiar de nuevo en alguien. Taylor había hecho que me volviera optimista. Había hecho que creyera que podía hacer cosas que antes me hubieran resultado imposibles.

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Hace algún tiempo. —Odié tener que mover los labios. Odié tener que hablar de ello, pero le había dicho a Taylor que me podía pregunta cualquier cosa y que sería un libro abierto. Lo que no había esperado era que me preguntara precisamente aquello.

—¿Qué pasó?

—Rompimos. —Respondí a sus preguntas de manera automática, intentando desconectar todo lo posible. Si pensaba demasiado en ella me entrarían náuseas. Recordaría lo idiota que me había sentido al entrar en aquel bar y encontrármela besando a su ex.

Taylor me examinó el rostro, percatándose del enfado que empezaba a emerger junto al arrepentimiento.

—Si no quieres hablar de algo sólo tienes que decírmelo.

—Te he dicho que me podías preguntar cualquier cosa.

—Pero no lo haré si te molesta.

Quería que parase, pero no conseguí pedírselo, así que me aferré a mi silencio y esperé a que continuasen las preguntas.

—Te propongo algo. —Me acuno el rostro y me acarició el pelo—. Me lo dirás todo cuando estés listo para hablar de ello. Estaré aquí para escucharte cuando llegue el momento.

La gratitud me invadió en una serie de fuertes oleadas. Me sentí agradecido de haber evitado aquella conversación tan incómoda y al mismo tiempo de no tener que romper mi palabra. Taylor me estaba dando muchas oportunidades cuando no me las merecía, y me sentía agradecido por ello.

—De acuerdo.

Me dedicó aquella sonrisa sincera que tanto adoraba.

—De acuerdo. ¿Y ahora vas a darme de comer o qué?

Reí entre dientes.

—¿Quieres salir?

—Bueno, puede que ya no esté enfadada, pero todavía tienes que recompensarme.

—Será un placer. —La recompensaría durante el resto de mi vida. Siempre y cuando estuviera con ella, no me importaba lo que hiciéramos. Sentarse frente a Taylor en un restaurante donde todo el mundo sabía que era mía sonaba como la mejor manera de pasar el tiempo.

Taylor se acabó su comida y se dio toquecitos en los labios con una servilleta. Siempre comía con aquellos gestos dignos de la reina de Inglaterra. Su postura rígida y su elegancia contrastaban enormemente con las cosas sucias que me había hecho hacía solo unas horas.

Y aquello hacía que me gustara todavía más.

Repasó con los ojos el restaurante hasta posarse sobre una joven pareja sentada a nuestro lado. El hombre sostenía la mano de su esposa sobre la mesa, y sus anillos de boda destellaban bajo la luz de las velas. Observaba hasta el más mínimo movimiento de su pareja, y hasta yo podía ver el amor reflejado en su rostro. Taylor también debió de notarlo, porque siguió mirándolos.

Extendí la mano sobre la mesa hasta encontrar la suya. Taylor entrelazó los dedos con los míos y noté sus latidos bajo la suave piel. En cuanto notó mi caricia se giró hacia mí de nuevo.

—¿Cuándo vas a venir a cenar con mis padres? —Le dirigí la misma mirada que le ponía nuestro vecino a su mujer; quería que se sintiera igual de especial.

—Eh, nunca.

—Venga. —Le froté la mano con el pulgar.

—Tu madre me cae bien, pero tu padre… No es mi mayor admirador.

—Sé que habéis tenido conversaciones incómodas, pero no es que no le gustes como persona.

—Tú no estabas ahí, Volt. No sabes lo que me dijo.

—Entonces ilumíname. —Mi padre era un buen hombre que trataba a todo el mundo de manera justa. Puede que estuviera algo influenciado, después de todo había sido quien me había criado, pero seguía comprendiendo los rasgos principales de su personalidad.

—Me dijo que no estaba siendo cómo él había creído que sería, y que ya me estaba buscando sustituto. Ni siquiera me dio el beneficio de la duda, se puso directamente del lado de los padres. Dejó que lo pisotearan; no se planta por las cosas en las que cree.

Acabábamos de entrar en terreno pantanoso. Me sentí obligado a defender a mi padre, pero también comprendía la posición de Taylor. Quise decir algo para arreglar la situación, pero no existía ningún buen ángulo por el que empezar.

Así que guardé silencio.

Taylor me miró fijamente, como si esperase una respuesta.

Quizás aquello acabase siendo más difícil de lo que había pensado.

—No digo que no fuera difícil pasar por ello. Recuerdo lo afectada que estabas cuando viniste a mi apartamento. Pero… sólo estaba haciendo su trabajo.

—¿Despidiendo a una buena profesora? —espetó Taylor.

—Manteniendo feliz a la mayoría.

Apartó la mano, con vapor saliéndole por las orejas.

En cuanto rompió el contacte supe que iba a ser una noche complicada.

—Pequeña, no me estoy poniendo de su lado, ni del tuyo. Sólo digo que podemos superarlo.

—Nunca le caeré bien a tu padre. Siempre que lo veo en la sala

de profesores, me evita.

—Quizás asuma que lo odias.

—No le odio… pero tampoco me cae bien.

—Lo más seguro es que sólo esté evitando más conflictos en el futuro. Te digo que mi padre no tiene ni un gramo de maldad en el cuerpo. Detesta esa clase de conversaciones aun cuando tiene que tenerlas.

—Incluso así… —Tomó un buen trago de vino de golpe.

—Mi madre te adora. Te conoció sin nada que la influenciara, y no cambiará de opinión sólo por mi padre.

—Está claro que no sabes cómo funciona el matrimonio.

Si yo no le cayera bien a sus padres, aquello desde luego me molestaría. Comprendía demasiado bien aquella sensación, pero no iba a dejar que aquel bache en el camino nos lo echara todo a perder.

—Pequeña, no te preocupes por eso.

—Es mi compañero de trabajo; desde luego que me preocupo. Y para empeorar todavía más las cosas, es mi jefe.

—No será tu jefe eternamente. Presenta peticiones en distintas escuelas al final del año, así las cosas serán menos incómodas.

—Seguramente lo haga de todos modos —dijo con frialdad.

La cogí de la mano y me sentí agradecido de que no la apartara.

—Éste es el punto más bajo; las cosas sólo mejorarán a partir de aquí. —La miré fijamente hasta que me devolvió la mirada. Se resistió un poco antes de rendirse, pero acabó mirándome con un gesto más vulnerable del que había tenido hacía un momento—. Esto no cambiará, les caigas bien o no. —Le acaricié la mano con el pulgar—. Nada cambiará esto.

Tras un momento mirándome fijamente, sus dedos se movieron sobre mi palma. Me devolvió el gesto de afecto con calidez, emergiendo de la concha protectora bajo la que se había escondido.

—Perdona por ser tan dramática con todo esto.

—No estás siendo dramática.

—Es sólo que es la peor manera de empezar una relación con el padre de tu novio. Lo más seguro es que crea que soy una incompetente y una estúpida.

—Confía en mí, no opina eso.

—¿Entonces por qué amenazó con despedirme?

—Cree que no eres lo bastante política para el puesto, eso es todo. Y está claro que lo has hecho cambiar de idea.

—Sólo porque empecé a dar clases genéricas y convertí mis clases en aburridas.

Me encogí de hombros; no sabía qué otra respuesta podía darle.

—Acumula algunos años de práctica y entonces podrás cambiar tus clases. Cuando cuentes con toda esa práctica comprenderás mejor qué tienes que hacer. De verdad, estás siendo demasiado dura contigo misma, y estás asumiendo que mi padre cree que eres idiota cuando no es así.

—Eso no lo sabes.

Sí que lo sabía.

—Ya me ha hablado de ti antes.

—¿Lo ha hecho? —Arqueó una ceja.

—No te llamó por tu nombre, pero supe que se estaba refiriendo a ti.

—¿Y qué dijo? —Dejó de mover los dedos contra los míos.

—Principalmente habló de los problemas con los padres. Nunca tuvo nada personal en tu contra.

—¿Y cuándo fue eso?

—Poco después de que nos hiciéramos amigos. —Ya no tenía sentido ocultarle nada; todo había quedado al descubierto.

—Eso fue hace siete meses…

—Exactamente —dije—. Hace ya siete meses. Deberíamos olvidarlo.

—Si ya había ese problema hace siete meses, ¿por qué no habló conmigo?

—No… no estoy seguro.

Taylor apartó la mano por completo, entrecerrando los ojos. Los

engranajes de su mente estaban girando, llenándose de ideas.

—No dijo nada porque hablaste con él…

¿Cómo lo había adivinado? Tener una novia inteligente no era tan genial como había creído que sería.

—No exactamente, sólo le dije que te diera algo de tiempo antes de…

Taylor tiró la servilleta sobre la mesa y se puso de pie de un salto.

—No puedo creerlo.

—Guau, espera. —Me puse en pie, imitándola—. ¿Qué ocurre?

Sus ojos ardían con más fuerza que ningún fuego que hubiera visto nunca.

—¿Que qué ocurre? Me siento completamente humillada, eso es lo que ocurre. —Levantó la voz, y todas las mesas cercanas se nos quedaron mirando—. Tuviste que pedirle a tu padre que no me despidiera. Es tan… —Alzó los brazos en el aire—. Tengo que irme.

—Taylor, vamos. —Intenté sujetarla por la muñeca, pero salió del restaurante a zancadas. Todavía no había pagado la cuenta y no pude seguirla sin más. Saqué a toda prisa la cartera y, tras encontrar la cantidad que me haría falta, la dejé sobre la mesa—. Taylor. —Intenté llamar su atención, pero ya había cruzado la puerta.

Salí del restaurante y la alcancé un poco más allá.

—Pequeña, habla conmigo.

—Déjame sola, Volt.

—Le estás dando más importancia de la necesaria.

Se giró y me puso la mano en el pecho.

—Le tuviste que suplicar para que no perdiera mi empleo. Es tan vergonzoso. Quizás tú no lo entiendas porque eres perfecto en todo, pero esa clase de pena es como una bofetada en la cara. Deberías haber dejado que me despidiera.

—Taylor…

—Buenas noches, Volt. —Y con eso se dio medio vuelta y se alejó, balanceando las caderas sumergida en su ira.

Observé cómo se iba, sin poder creer cómo había actuado el destino. Justo habíamos superado una discusión y ya se había presentado otra. Acababa de recuperarla y ya se me había vuelto a escapar de entre los dedos.

Joder.

—¿Estás seguro de todo va bien? —Mamá estaba sentada frente a mí en la mesa, con papá sentado en la cabecera.

—Estoy bien. —Revolví la comida, comiendo como un pajarito a pesar de lo mucho que me gustaban los platos de mi madre—. Sólo tengo muchas cosas en la cabeza.

—Por favor, dime que Taylor sigue contigo. —Mi madre me amenazó con los ojos, lista para ir a por mí si decía que volvía a estar soltero.

—Lo está.

Se aferró el pecho y soltó un suspiro, claramente aliviada de que todavía hubiese una boda en potencia en el horizonte.

—En realidad ella es la razón por la que estoy aquí. Tenemos que hablar. —Me giré hacia papá, temiendo la conversación que íbamos a tener.

Mi padre acabó de masticar el bocado de filete y me miró fijamente, sin entender.

—¿Por qué me miras así?

—Porque esto también es asunto tuyo.

—No la conozco, así que no sé por qué te pones tan serio. —Tomó un trago de vino y un bocado del puré de patatas.

—Bueno, resulta que Taylor trabaja en tu escuela. Es la profesora de ciencias. —La que había estado a punto de despedir.

Papá masticó lentamente, saboreando cada pedazo de su comida tanto como mis palabras.

—¿Perdona?

—¿De qué estás hablando, cariño? —preguntó mi madre.

—La señorita Thomas es mi novia. La conozco desde que empezó a trabajar en la Academia Bristol. —Mi padre no le guardaría rencor a Taylor, pero iba a tener que pedirle que se esforzara para que se sintiera bienvenida si quería que todo aquello funcionara—. No he dicho nada porque sabía que los dos tenéis una relación tensa. Esperaba que pudierais dejar de lado vuestras diferencias antes de que os presentara, pero… parece que no va a poder ser.

—Espera. —Tragó la comida que tenía en la boca y se la limpió con la servilleta—. ¿Esa mujer es tu novia? ¿La mujer a la que tanto adora tu madre?

—Sí. —Me dolía la cabeza; no había podido dormir nada la noche anterior. Lo único en lo que había podido pensar había sido en Taylor y en lo enfadada que estaba. No había respondido a ninguno de mis mensajes a lo largo de la noche—. El otro día le conté que eres mi padre, y no está nada contenta. Cree que la odias.

—¿Que la odia? —preguntó mi madre, incrédula—. Nunca podríamos odiar a una chica tan dulce como ella.

—Desde luego que no la odio, hijo —intervino mi padre—. Admito que no hemos tenido la mejor de las relaciones hasta ahora, pero desde luego que no tengo una mala imagen de ella. La administración de la escuela puede ser difícil, y a veces tengo que tener charlas que preferiría no tener. No era nada personal.

—Lo sé. —Ya había predicho que aquello sería exactamente lo que diría—. Pero está siendo paranoica con que la odias. Quizás puedas hablar con ella… y suavizar las cosas. —No era la clase de persona que le pedía a su padre que hiciera algo como aquello, pero tenía que conseguir que aquella relación funcionase.

No iba a perder a Taylor.

—Eh, supongo —respondió mi padre—. ¿De verdad crees que hará algún bien? —Era un hombre ocupado con temas más urgentes entre manos, y tampoco es que fuera una persona demasiado propensa a las emociones. Hablar de temas íntimo como

aquél no era su punto fuerte.

—Papá, no te lo pediría si no fuera importante. Ahora mismo ni siquiera me habla.

Mamá intervino ante aquel comentario.

—Cariño, habla con ella. Por favor.

Su preocupación emocional por una vez resultó de ayuda.

Mi padre jamás le negaría nada, así que acabó cediendo.

—Desde luego. Lo intentaré.

—Gracias. —Lo miré a los ojos al decirlo—. De verdad que quiero hacerlo todo bien con ella. Justo hemos superado una discusión por una estupidez que cometí, y tengo miedo de acabar ahuyentándola. No puedo permitirme perderla.

—Ooh… —Mi madre volvió a aferrarse el pecho—. Mi hijo está enamorado.

No la corregí; aquello sólo llevaría a otra discusión.

—Gracias, papá. Lo aprecio mucho.

Me aferró por el hombro, tal y como había hecho siempre.

—Sabes que haría cualquier cosa por mi chico. —Me dio una palmada en el hombro antes de apartar la mano—. Pero he de decir que todo esto me sorprende.

—¿Porque Taylor está muy por encima de mí? —pregunté, riendo entre dientes.

—No. —Se sirvió algo más de vino—. Creía que estaba saliendo con otro profesor.

Todo mi cuerpo se cerró en sí mismo al oírlo, al instante. Dejé de respirar y de moverme, absorbiendo las palabras que acababan de abandonar sus labios. Mi corazón aceleró su ritmo, chocando contra las costillas con fuerza y haciéndome temblar por completo.

—Te equivocas. —Taylor jamás me haría algo así, ni a mí ni a nadie. Era mi mejor amiga, y lo último que quería era hacerme daño.

—Siempre que la veo, él le va detrás, y viceversa.

No conseguí librarme del dolor que empezó a crecerme dentro del estómago.

—Tienen la misma edad y enseñan la misma asignatura…

—Entonces probablemente sólo tengan mucho en común y sean buenos amigos. —Y aquello era todo. No había nada malo con que Taylor tuviese una buena relación con sus compañeros, y no podía culpar a aquel tío por sentirse atraído hacia ella. Habría sido un idiota si Taylor no le gustase.

Mi padre dejó el tema.

—De acuerdo. Hablaré con ella.

Bajé la vista hacia la comida e intenté mantener la calma. Había una explicación lógica a las observaciones de mi padre, y estaba seguro de que no estaba ocurriendo nada que debiera preocuparme. Si fuera una mujer distinta me habría preocupado de que hubiese estado pasando algo a mis espaldas, pero se trataba de Taylor. Ella nunca me haría daño.

Pero había algo que me preocupaba.

Algo que me estaba matando por dentro.

¿Por qué no había mencionado nunca a aquel hombre?

Llamé a su puerta y me negué a parar hasta que respondió. Estaba cansado de su silencio, incluso a pesar de que sólo habían pasado veinticuatro horas. Pero acababa de pasar cinco días sin ella, y aquello de por sí ya había sido terrible.

No parecía nada feliz cuando abrió la puerta.

—Deja de dar golpes; los vecinos te van a oír.

—No me importa. Si tanto les molesta, que se muden.

Taylor bloqueó la entrada para que no pudiera colarme dentro.

—Te he dicho que necesitaba algo de espacio. Déjame tranquila, ¿vale?

—¿Y necesitas espacio porque…? —espeté—. Ni siquiera he hecho algo malo, pero aun así me estás dando la espalda.

—No, no has hecho nada malo. —Levantó un dedo, y supe que las cosas iban a ponerse serias—. Pero me has avergonzado más de

lo que nunca lo he estado en toda mi vida. Sabías lo que pensaba tu padre de mí, y aun así no me lo dijiste.

—Creía que a la larga te ayudaría.

—Me siento tan estúpida. Durante todo este tiempo en que me has estado ayudando, tu padre se ha estado quejando de mí. Sabías exactamente en qué tenía que mejorar desde el principio.

—Lo estás haciendo sonar mucho peor de lo que es.

—Sigue siendo humillante. Tuviste que defenderme para que pudiera conservar mi trabajo.

—No te defendí, ¿vale? Sólo le dije que te diera más tiempo.

Taylor sujetó la puerta, preparándose para cerrarla.

—Volt, déjame a solas.

—No. —Apreté la mano contra la madera para que no pudiera cerrármela en la cara—. No voy a marcharme hasta que arreglemos esto. Entiendo que estés afectada por todo esto, pero no he hecho nada con mala intención. Lo único que intentaba era ayudarte, así que no me des la espalda. Ya he tenido que soportar una semana sin ti, y no puedo hacerlo durante otra semana más. Acepta mis disculpas de una vez.

Entrecerró los ojos ante mis últimas palabras.

—¿Ahora me estás diciendo lo que tengo que hacer y lo que debo sentir?

La estaba perdiendo.

—No, sólo te estoy diciendo que lo siento, y que esta pelea es una tontería.

Ahora la había cabreado de verdad.

—Buenas noches, Volt. —Intentó cerrar la puerta a la fuerza.

Pero yo era demasiado fuerte en comparación.

—Hoy dormiré aquí. No voy a irme a mi apartamento para dedicarme a dar vueltas en la cama; eso ya lo hice la semana pasada, y no voy a repetirlo.

—Pues búscate una almohada a la que abrazar. —Puso todo su peso contra la puerta.

—Hablo en serio. —Mi fuerza superaba a la suya, y la puerta se

abrió con un golpe, chocando contra la pared—. No quiero pelear.

—Y yo tampoco, pero quiero algo de espacio. ¿Por qué no puedes dármelo?

—Porque odio que estemos separados. ¿Tú no? —Estaba tan obsesionada conmigo como yo lo estaba con ella. ¿Cómo podía soportar la distancia?

—Sí que lo odio… pero ahora mismo necesito espacio.

No iba a salirme con la mía, y empezaba a odiar cada segundo de aquello. Quise arrancar la puerta del marco y perder los papeles. Sólo quería tenerla, dormir a su lado y abrazar hasta que saliera el sol.

—No es mi culpa que no estuvieras haciendo tu trabajo. No es mi culpa que necesitaras ayuda. No me culpes por todos tus problemas; lo único que he hecho últimamente ha sido enmendar tus errores.

La mirada que me dirigió fue como ninguna que hubiera visto nunca. No estaba enfadada; estaba furiosa. Era una ira silenciosa, una amenaza siniestra que pendía del aire con un silencio mortífero.

Lamenté mis palabras nada más pronunciarlas.

—Que te jodan, Volt. —Y me cerró la puerta en la cara.

Once
Taylor

Estaba furiosa con Volt.

Lo único que le había pedido era algo de espacio, y en lugar de eso él había decidido asfixiarme con sus tonterías. No había hecho nada malo al pedirle a su padre que no me despidiera, sólo había intentado ayudar, eso lo entendía.

Pero sólo quería pasar algunos días sola.

Habían herido mi orgullo, y me sentía avergonzada de que Volt me hubiese estado ayudando incluso más de lo que había creído. Sólo necesitaba un tiempo a solas en mi apartamento para superarlo antes de pronunciar mi disculpa.

Pero Volt había tenido que ir y cabrearme por completo.

Comprendía que se sentía frustrado y que sólo quería pasar tiempo conmigo.

Pero todo el mundo necesitaba estar solo de vez en cuando.

Y ahora estaba enfadada con él de verdad.

Me pasé todo el día como un zombi por el aula. Los chicos trabajaron en su nuevo informe de laboratorio durante la tarde, y yo me quedé sentada en mi mesa y los observé de lejos. Sólo una parte de mi cerebro les prestaba atención, la otra estaba demasiado ocupada con mi decepción con Volt. Había perdido los nervios y había acabado diciendo algo que no había querido decir.

Pero había herido mis sentimientos de todos modos.

A la hora de comer me quedé sentada en el aula, a solas, mordisqueando el sándwich. Llevaba todo el día sin hambre, dominada por las náuseas. Mi mirada no dejaba de desviarse al reloj, esperando que marcase las tres en lugar de las doce.

Pero aquel maldito reloj nunca avanzaba lo bastante rápido.

La puerta de mi aula se abrió, y entró el señor Davidson.

—Oye. ¿Tienes un momento?

—Claro. —Dejé el sándwich; de todas formas no había estado comiendo.

Miró las mesas y el equipo de laboratorio que ya había preparado para la siguiente clase.

—Guau, disección de ranas.

—Sí. El ejercicio de laboratorio por excelencia, y el que peor huele.

—¿Y eres capaz de comer en la misma habitación? —preguntó, riendo entre dientes.

Sólo quería evitar pasar por la sala de profesores, principalmente por Natalie. Si me veía me haría un millón de preguntas sobre Volt.

—Estoy acostumbrada al olor, ya casi ni lo noto.

Rió entre dientes.

—Sé a lo que te refieres. —Metió las manos en los bolsillos de los pantalones de vestir y se acercó a mi mesa. Iba vestido con una camisa formal y una corbata gris. Normalmente iba a la escuela con tejanos y camisetas; no estaba muy segura de por qué se había arreglado hoy tanto.

—¿Cómo van tus clases?

—Bien. Los chicos empiezan a estar ansiosos porque llegue Navidad.

—Los míos llevan así desde el primer día.

Se rió de manera grave, desde el fondo de la garganta.

—Yo estoy listo para las vacaciones de verano.

—¿Verdad? —dije con una risita.

Miró de reojo mi triste comida: un sándwich de pavo, un yogurt y un plátano.

—Qué almuerzo más saludable.

—La palabra que buscas es «aburrido».

Sonrió.

—Podríamos ir a comer juntos algún día.

—Sí, claro. —A veces los profesores salían juntos a comer por la manzana. Había un sinfín de restaurante y puestos de comida ambulante por la zona. Yo no lo hacía muy a menudo, principalmente porque mi presupuesto era muy limitado y porque toda aquella comida tenían unas calorías y grasa extras que no podía permitirme.

—Genial. —Los ojos se le iluminaron, entusiasmados—. Entonces, si no estás…

El director Rosenthal abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Espero no interrumpir.

—No, claro que no. Adelante. —Era la última persona a la que quería ver, pero no había manera de evitarlo. Después de todo, era mi jefe.

El padre de mi novio era mi jefe.

Que alguien me pegase un tiro.

El director Rosenthal entró en el aula y miró al señor Davidson de reojo.

—¿Qué tal va todo?

—Bien —respondió éste—. La señorita Thomas y yo justo estábamos hablando de ir a comer juntos algún día.

—Les recomiendo el restaurante tailandés de la esquina —dijo el director—. La comida es sublime.

—Quizás vayamos. —El señor Davidson se giró hacia mí con una sonrisa en la mirada.

—Eh, señorita Thomas, ¿podríamos hablar un momento a solas? —preguntó el director Rosenthal.

Oh, no. ¿Ahora qué?

—Claro. —El señor Davidson se despidió agitando la mano antes de salir. Empecé a sentirme incómoda nada más cerrarse la puerta; estaba atrapada en una habitación con un hombre por el que no sentía ningún cariño en aquel momento.

—¿En qué puedo ayudarle, director Rosenthal? —¿Es que quería ver cómo iba mi clase de laboratorio aquel día? ¿Quería

repasar mi examen más reciente y asegurarse de que fuera lo bastante fácil?

Ahora que estaba delante de él, el parecido con Volt resultaba innegable. Tenían los mismos ojos de un azul cristalino, el mismo cabello oscuro, la misma estructura facial. El director Rosenthal era un hombre todavía atractivo, pero ya estaba bien entrado en los cincuenta y no me había percatado de ello. Pero ahora que sabía la verdad, resultaba fácil ver todas las pruebas.

—Esperaba que pudiéramos tener una pequeña conversación.

—Claro. —¿Sobre qué? Estaba malgastando mi hora de comer en compañía de otra gente cuando yo sólo quería estar sola, escuchando el zumbido del aire acondicionado que había en la esquina.

—Resulta que… Volt y yo hemos tenido una larga conversación.

Mi reacción natural fue hacer una mueca de aversión. Volt no me había avisado de que iba a soltar aquella bomba a los pies de su padre, y ahora me sentía estúpida por actuar como si todo fuera de lo más normal.

—Sé que los dos hemos chocado de frente en el pasado, y comprendo por qué la situación no es ideal para usted, pero espero de todo corazón que eso no afecte su relación con mi hijo. Señorita Thomas, creo que es usted una gran profesora por el amor que le tiene a sus estudiantes. Sinceramente, eso es lo único que me importa, y es una cualidad que definitivamente posee. No siento más que respeto y admiración por usted.

¿Le había dicho Volt que dijera aquello?

—Vaya, gracias. Me alegro de que no haya rencores.

—En absoluto. Además, mi mujer no deja de hablar de que es usted lo mejor que le ha pasado nunca a nuestro hijo. Le tiene mucho aprecio, y confío en la opinión de mi esposa por encima de todas las cosas. Así que, por favor, no se sienta incómoda con nosotros. Estamos muy agradecidos de que nuestro hijo haya elegido a una mujer tan encantadora.

¿Dónde había estado toda aquella dulzura hacía unos meses? Estaba siendo una persona completamente distinta, y no pude evitar preguntarme si algo de lo que decía sería verdad. ¿O acaso Volt le había pedido simplemente que lo dijera? Nunca lo sabría; Volt no me lo contaría nunca.

—Me alegro de que hayamos podido arreglarlo.

El director Rosenthal debió de ver que algo no iba bien. Antes de ser director había sido profesor, así que era intuitivo y observador; probablemente notó mi incomodidad por la manera en que cambiaba de posición en la silla y evitaba el contacto visual.

—Taylor, sé que es usted la mujer con la que mi hija quiere pasar el resto de su vida.

Sus palabras hicieron que me encogiera, y esta vez no conseguí controlar mi cuerpo a tiempo. Era una reacción natural e incontrolable; Volt y yo nunca habíamos hablado de nuestro futuro juntos. Todavía era muy pronto en nuestra relación. Pero sabía qué era lo que yo sentía, y nunca me había preguntado si él sentiría lo mismo.

—Vino a nuestra casa y me dijo quién eras, y después dijo que los cuatro teníamos que hacer que todo funcionara. El fracaso no es una opción. No soy una persona demasiado sensible emocionalmente, y definitivamente tampoco soy romántico, pero cuando mi hijo me pidió que hablase contigo, me di cuenta de lo serios que son sus sentimientos. Así que espero que tú y yo podamos empezar de nuevo y dejar todo eso de lado. Quiero que sigas en la vida de Volt, y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que sea así. —Me miró a los ojos, buscando la reacción que yo intentaba ocultar—. Así que, ¿podemos empezar de cero? —Me tendió la mano.

Me la quedé mirando antes de estrechársela.

—Desde luego.

Me dio un apretón de manos firme antes de soltarme.

—Gracias. Mi esposa se alegrará muchísimo.

Por fin sonreí.

—Estoy segura de que Volt también lo hará.

—Deberíamos cenar los cuatro juntos. Espero que estés libre el viernes por la noche.

—Sí, eso creo.

—Perfecto. Esperaré ansioso poder conocerte mejor, Taylor. —Me guiñó el ojo antes de salir del aula.

En cuanto volví a estar acompañado sólo por el zumbido del aire acondicionado di rienda suelta a mis pensamientos. Aquella había sido una conversación a la que había temido, pero ahora que ya había ocurrido había resultado no ser tan mala. Y el hecho de que Volt se estuviera esforzando tanto para que lo nuestro funcionara… Resultaba emotivo. En lugar de seguir alejándolo de mí, tenía que aferrarme a él.

Y no soltarlo jamás.

Abrió la puerta con la mirada oscurecida y desconfiada. Iba vestido con una camiseta gris y pantalones de deporte, sin motivación alguna para salir de casa después de haber llegado del trabajo. Todos sus muros defensivos estaban erguidos, tan altos que llegaban al cielo.

—Hola.

—Hola.

No me invitó a pasar; en lugar de eso mantuvo la mano sobre el pomo por si necesitaba cerrar.

—¿Necesitabas algo? —Había resentimiento en su voz, además de dolor.

—Te necesito a ti.

Sus ojos se suavizaron al instante. Volvió a cambiar de expresión al darse cuenta de que había ocurrido, intentando enmascarar aquellos sentimientos que normalmente dejaba surgir a la superficie.

—Tu padre ha hablado hoy conmigo.

—¿Sí? —susurró.

—Sí.

—¿Y?

—Lamento haber reaccionado de esa manera contigo. Lamento haberte dicho eso.

Movió los ojos hacia los míos, pendiente de todas y cada una de mis palabras.

—Me enfadé y te aparté de mí, y no debería haberlo hecho.

—No, no deberías haberlo hecho.

El cuerpo me cosquilleó de enfado, pero lo dejé pasar. Cabrearse no conseguiría apagar aquel fuego; las llamas ya estaban quedando reducidas a ascuas, y echar más leña sólo empeoraría las cosas.

—Y no debería haber sido una idiota. Dejé que mi enfado me dominara, y… No sabía qué hacer con él. Lo siento.

—Yo también lo siento. —Apartó la mano de la puerta—. Así que… ¿quieres entrar?

Asentí antes de cruzar el umbral.

Volt cerró la puerta tras de mí y se giró a mirarme, con las manos a los costados. No me tocó como hacía normalmente; seguía conteniéndose a pesar de que nuestra pelea ya había llegado a su fin.

—Me preocupaba que te hubiera hecho enfurecer al decirte que se lo había contado todo a mi padre.

—Y así fue… al principio. Pero después me dijo todo lo que le habías dicho, que necesitabas que esto funcionase porque no podías perderme. Que soy la mujer con la que quieres pasar el resto de tu vida… —Esa última parte no la había dicho, y me estaba arriesgando con algo que bien podía acabar en desastre. Pero, a pesar de todo lo que estaba en juego, lo dije, porque en el fondo de mi ser sabía que era verdad.

Volt me miró fijamente, sin parpadear, sin mostrar ninguna clase de reacción. Pasó casi un minuto, y el momento empezó a pesar en el aire como un reloj mudo. Todavía no me había tocado.

—Entiendo por qué mi comportamiento ha sido tan extraño. Entiendo por qué me he frustrado tanto y he dicho cosas de las que me arrepiento. Comprendo por qué le pedí a mi padre que suavizara las cosas, aunque nunca ha sido su fuerte. —Tragó el nudo que tenía en la garganta antes de respirar profundamente—. Porque estoy enamorado de ti.

Mi corazón se estremeció con una mezcla de dolor y dicha, y unas lágrimas de las que no había sido consciente me subieron a los ojos, nublándome la vista pero sin llegar a caer. Ardían a medida que se acumulaban, siguiendo el ritmo del caos emocional que invadía mi cuerpo.

—Creo que me enamoré de ti el mismo día en que nos conocimos. Creo que me enamoré de ti antes incluso de conocerte. Creo que, de algún modo… siempre he estado enamorado de ti. —Me miró fijamente a los ojos, anegados de lágrimas, sin tocarme—. Y sí que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Nunca creí que me sentiría así. No creía que fuera posible, pero… sacas lo mejor de mí.

Cerré la distancia que nos separaba, incapaz de soportarla, y apoyé las manos contra su pecho. Sentí el frenético latido de su corazón, como si fuera un pájaro intentando huir de su jaula. Noté cómo tensaba el cuerpo, sin saber cuál iba a ser mi respuesta. Todos los pensamientos y sentimientos que ocultaba a todo el mundo habían quedado expuestos frente a mí.

—Te amo. Siempre te he amado.

Me acunó el rostro y me levantó la barbilla, revelando todos mis rasgos para poder verme con facilidad. Se quedó mirando las lágrimas que tenía en los ojos y depositó un beso sobre las esquinas de los párpados, absorbiéndolas.

Todo mi cuerpo ardía de ansias por sus caricias, afectado por la electricidad que circulaba entre nosotros. El cuerpo me dolía y quemaba. Sentí como nuestras existencias se doblaban y enroscaban la una alrededor de la otra. Sentía la conexión que había entre nosotros, la fuente de energía.

Sus manos viajaron hasta mi cintura, aferrándome con fuerza y atrayéndome bruscamente contra él de tal modo que nuestros pechos se tocaron. No me besó, pero lo que me dio fue incluso mejor: una expresión nueva que nunca había visto, una expresión que me decía exactamente lo que sentía sin necesidad de usar palabras. Me decía que lo que teníamos duraría para siempre.

Había algo que había cambiado entre nosotros. Había una vibración en el aire cuando nuestros cuerpos se tocaban. Nuestra respiración, agitada, llenaba la habitación y exiliaba el silencio. Nos abrazamos mientras nos recorría la pasión. Ninguno de nosotros actuó dejándose llevar por ella; no sabíamos por dónde empezar. Nos abrazamos sin más, sintiendo como nuestros corazones latían como uno solo, y era más que suficiente.

Sabía lo que vendría a continuación. Habíamos estado conteniéndonos hasta el momento apropiado, y ambos supimos sin intercambiar palabra que el momento había llegado. No había marcha atrás después de todo lo que habíamos superado juntos. Lo que teníamos era especial, algo que duraría durante toda una vida, y no había razón por la que esperar.

Desde luego yo no quería hacerlo.

La atracción física que sentía hacia él había sido poderosa desde el momento en que lo había conocido. Había fantaseado con todas las cosas sensuales que podríamos hacer juntos, y cada vez que nos habíamos liado había sido fantástico. Sabía, aun a pesar de no haberme acostado con él, que sería el mejor sexo que hubiese tenido nunca.

Pero eso ya no me importaba.

Ahora sólo quería estar con él, sentir cómo conectaban nuestros cuerpos del modo más profundo posible. Quería entregarme a él y sentir cómo él se entregaba a mí. Volt era un hombre introvertido al principio, pero me había dejado entrar poco a poco, y ahora estaba derribando todos sus muros, dejándome ver todo lo que era por primera vez.

Debía de estar pensando exactamente lo mismo que yo, porque

me hizo caminar de espaldas por el pasillo. Su mirada estaba fija en la mía, y la desesperación resonaba en sus profundidades. Con cada paso que dábamos sus manos me apretaban más y más. Abrió la puerta del dormitorio y me hizo entrar caminando hacia atrás hasta que las piernas me chocaron con el colchón.

Había estado esperando aquel momento. Hacía mucho que estaba lista para él. La anticipación era casi demasiado; tenía la respiración acelerada, y era incapaz de controlar el entusiasmo. Supe sin necesidad de comprobarlo que mi ropa interior estaba empapada y yo más que lista para él.

Volt se inclinó y rozó la nariz contra la mía. Fue una acción delicada y juguetona, una manera de meter un pie en el agua y no lanzarse directamente de cabeza. Después me agarró por el pelo con agresividad y me sujetó para que no pudiera volver a escabullirme de entre sus manos. Me inmovilizó antes de poner la boca sobre la mía, dándome un beso tan suave que contradecía por completo la manera en que me estaba sujetando.

Su boca se movía contra la mía poco a poco, atesorando la sensación de nuestros labios moviéndose como si fueran uno. Me rendí cuando deslizó la lengua dentro de mi boca, y cuando deseé su labio inferior, Volt me lo entregó. Ya lo había besado antes, más veces de las que podía contar llegados a aquel punto, pero siempre resultaba sorprendente.

Aquella vez fue electrizante.

Su lengua profundizó en mi boca y encontró la mía. Bailaron juntas al son de su propia música antes de volver a separarse, seguido de una serie de jadeos y gemidos.

Volt me sujetó más fuerte, pegando mis caderas contra las suyas mientras me devoraba con besos hambrientos. Quería todo mi ser, y estaba dejando muy claro que iba a tomarme y jamás me dejaría marchar.

Encontró el borde de mi camisa y me la quitó rápidamente por la cabeza sin casi romper el beso. Me pasó las manos por el estómago suave hasta llegar a los senos, y los tanteó por encima

del sujetador antes de bajarme los tirantes del mismo con un gesto brusco, apartando la fina tela tan rápido como le fue posible.

En cuanto tuve el torso al descubierto Volt apoyó la frente contra la mía y examinó mi cuerpo desnudo. Me frotó los pechos con un deseo cada vez mayor, con la respiración agitada y falto de aire. Una de sus manos volvió a mi pelo mientras me daba más besos, con la erección endurecida y marcada bajo los pantalones de deporte.

Cerré los dedos sobre su camiseta y se la quité, revelando el cuerpo bien definido, las líneas de músculos duros y los valles que se erigían entre ellas. Era la clase de hombre cuyas imágenes había colgado en mi pared de adolescente. Era la clase de hombre que hacía que se me aflojasen las rodillas en cuanto me sonreía. Que un hombre como él se hubiera enamorado de mí me hacía creer que los sueños sí que podían convertirse en realidad.

Volt fue después a por mis vaqueros, bajándomelos hasta las rodillas antes de quitármelos del todo, pero en lugar de dejar que lo desnudase a mi vez, hizo él mismo los honores y se quitó las prendas de ropa restantes hasta quedar desnudo frente a mí.

Le clavé las uñas en el pecho, incapaz de controlarme. Estaba excitaba del modo más íntimo posible, y ahora lo quería dentro de mí.

No, necesitaba que estuviera dentro de mí.

Acarició el encaje de mi ropa interior, examinando las mariposas del diseño. No eran precisamente las braguitas que me hubiese puesto de saber que aquello iba a pasar, pero de todas maneras iban a acabar tiradas en el suelo.

Me pasó la mano por el culo y los muslos. Observó los movimientos que hacía, con su miembro estremeciéndose de anticipación. Después me bajó la prenda por las piernas y hasta los tobillos, pero en lugar de ponerse enseguida de pie se quedó arrodillado, besándome la cara interna de los muslos y las rodillas. Se postró ante mí, adorándome como si fuera su reina.

Y él era mi rey.

Volvió a levantarse con toda su altura, besándome las caderas y el vientre. Sus besos avanzaron por entre mis pechos y por el cuello, dedicándole a la piel caricias delicadas que se volvieron agresivas un instante antes de que se apartara.

Me miró a los ojos sin decir nada. No volvió a besarme; sólo me miró.

Y yo lo miré a él.

Me movió hacia la cama, colocándose sobre mí hasta que tuve la cabeza sobre la almohada. Nuestros cuerpos se entrelazaron; estábamos a punto de ir a un lugar en el que nunca habíamos estado.

Estaba excitada. Mucho más que excitada.

Volt hizo que le rodeara la cintura con una pierna y me besó lentamente, bajando el calor hasta que estuvo a fuego lento. Su erección se frotó contra mi carne cuando se movió, y cuando pasó toda su hombría sobre mi clítoris lo que sentí fue euforia. Gemí contra su boca de la sensación tan increíble que era. Mi humedad se deslizó contra su polla, lubricándola.

Nuestros movimientos tenían tanto poder sobre nosotros que Volt se vio obligado a romper el beso. Respiró contra mí, apretándome el muslo para controlarse. Una vez que volvió a sentirse dueño de sí mismo, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un cuadrado de aluminio.

Mi excitación desapareció como por arte de magia. Verlo abrir el cuadrado y deslizar el látex sobre su impresionante longitud no me excitó como debería haberlo hecho; al contrario, me ofendió. Me sentí como una mujer más que se hubiera traído a casa. No me sentí especial, sólo una más entre tantas. Que nos separara un material, que limitase el contacto de piel contra piel, mataba por completo el romanticismo. Hacía que pareciera un acto más físico que emocional. Quería a Volt dentro de mí. Quería que se liberase en mi interior y que me entregase hasta la última gota.

Volt se colocó de nuevo y se preparó para penetrarme, pero en cuanto vio la expresión de mi rostro se detuvo, sabiendo al instante

que algo no iba bien. Me miró fijamente, en silencio, intentando descubrir qué había cambiado tan de repente.

Le sujeté la base del miembro y le saqué el condón, lanzándolo al suelo, fuera de la vista y bien lejos de mi conciencia. Ahora no sabía bien qué hacer; el momento se había roto y no estaba segura de que pudiésemos salvarlo.

Volt continuó sobre mí, con una disculpa en la mirada.

—No quería asumir nada.

—Podrías habérmelo preguntado.

—No quería preguntar… no cuando estábamos sumidos en el momento.

Pues su plan había salido por la culata.

—No quiero que haya algo separándonos. No quiero ser una de las otras. Te deseo.

—Y me tienes. —Se situó sobre mí, inclinando mis caderas hacia atrás para tener mejor ángulo de entrada—. ¿Tomas la píldora?

—Sí.

—Y yo estoy limpio.

—Lo sé. —Si no lo estuviera, ya habría dicho algo. Confiaba más en él que en nadie que conociera. Si hubiera algo que me hubiera hecho falta saber, Volt ya me lo habría dicho.

Apretó su enorme cuerpo sobre el mío, haciendo que nuestras caras se rozasen. Me dio un beso lento sin penetrarme, tratando de hacerme volver a sentir el calor, y cuando me besaba así, como si me amara, no hacía falta mucho tiempo para conseguirlo. Caí de cabeza, directa a la hoguera. Sentí las llamas a mi alrededor, quemándome con sus chispas.

Arrastré las uñas por su espalda, arañando la piel de pura anticipación. A juzgar por el tamaño de su paquete ya sabía que Volt iba a conseguir que se me encogiesen los dedos de lo piel y que me quedara ronca. Sería una experiencia más increíble que cualquier otra que hubiese tenido. Me quemaría viva.

Volt usó los brazos para sostener su peso y empujó el glande

contra mí. Tras unos pequeños movimientos suaves introdujo la gruesa punta en mi interior, y la dilatación instantánea fue una sensación maravillosa. Gemí en voz baja debajo de él, notando cómo sus ojos se clavaban en los míos. Volt estudió cada una de mis expresiones, respirando con fuerza mientras me veía disfrutándolo.

Fue avanzando poco a poco dentro de mí, hundiéndose lentamente hasta estar dentro por completo.

Le clavé más las uñas en la espalda, desgarrando la piel. Jadeé con fuerza contra él, con sus labios a sólo unos centímetros de los míos. Era tan grande que mi cuerpo a duras penas podía dar cabida a su tamaño y a mi entrada le hizo falta un minuto para aclimatarse a él. Supe que me estaba amoldando a él de tal modo que en el futuro podría volver a tomarlo en mi interior.

Volt me sujetó por el pelo y me mantuvo inmóvil, con la cara girada hacia él. Respiraba sin hacer ruido, con su miembro palpitando dentro de mí.

—Joder, eres estrecha.

—Eres tú quien es grande.

Me pasó los brazos por detrás de las rodillas y salió de mi cuerpo poco a poco, emergiendo hasta dejar sólo el glande dentro, y entonces volvió a moverse contra mí, dilatándome tanto como lo había hecho antes. Sus embistes eran lentos, pero gemía como si disfrutara de cada uno de ellos.

Mis manos fueron solas hasta sus bíceps, y le clavé las uñas en el músculo. Era fuerte y poderoso, y se tensaba cada vez que sus caderas se encontraban con las mías. Me sentía tan llena cada vez que estaba dentro por completo; me abría del todo, y sentí un distante cosquilleo de dolor por todo el cuerpo, pero era aquella clase de dolor que se disfrutaba. Cuando Volt me penetraba por completo me dilataba de par en par, tirando de la piel alrededor del clítoris y haciendo que se frotase contra su miembro.

Nunca había sentido nada parecido.

Volt se contuvo, sin moverse nunca con rapidez. Cada

embestida era lenta, pero me entregaba toda su longitud. Se hundía hasta los testículos, estimulándome tanto con el pene como con el hueso pélvico.

No me besó; sus labios carecían de toda vida. Aquella sensación indescriptible nos barrió, dejándonos a su merced. En aquel momento no pensaba, había demasiadas sensaciones que procesar. Lo único que hacía era sentir, percibir, saborear.

No llevábamos mucho rato, quizás algunos minutos, pero ya sentía una acumulación de calor en el centro de mi ser. Era cegador y abrumador, abrasándome desde dentro. Casi nunca había conseguido llegar al orgasmo mientras mantenía sexo, mucho menos al cabo de unos pocos minutos, pero Volt me había llevado al límite desde el principio con sólo darme su corazón.

—Estás a punto de correrte. —Se movió contra mí con algo más de fuerza ahora que mi cuerpo se había acostumbrado a él—. Lo noto.

—Eso es porque lo haces tan bien.

Me acunó el rostro y me dio un beso lento, tirando de mi labio inferior antes de liberarlo. Después frotó la nariz contra la mía, reemplazando su deseo sexual por un amor sincero. Me estaba diciendo que me quería sin tener que pronunciar las palabras; lo mostraba con una simple mirada, con un simple beso.

Y aquello me hizo estallar.

Le clavé las uñas en los bíceps mientras la explosión se extendía por todas partes. Mis venas se convirtieron en túneles para que viajase aquel fuego, y mi corazón alcanzó la velocidad de la luz mientras bombeaba la sangre. Gemí sin control frente a Volt hasta que los gemidos pasaron a ser gritos. Era una sensación completamente desconocida, y mi cuerpo era completamente incapaz de lidiar con lo tóxicamente buena que era. Antes incluso de que acabase ya supe que quería tener otro.

Los ojos se me cerraron por un momento de lo perdida que estaba en aquella sensación. La cabeza se me cayó hacia atrás y me aferré a Volt con más fuerza, necesitando que hiciera de ancla para

no salir flotando.

—Mírame.

Abrí los ojos y vi la oscuridad de sus ojos. Mi expresión lo estimulaba, junto con el calor de mis mejillas y el gesto satisfecho de mis ojos, eso sin mencionar la fuerza con la que mis músculos se tensaban alrededor de su miembro.

Le pasé las manos por la espalda, tanteando las montañas de músculo hasta llegar a las nalgas. Sentí el poder de los músculos, y hundí las uñas con fuerza, introduciéndolo más en mí.

—Tu turno. —Estaba segura de que podía conseguir que volviera a correrme, a hacer que se me encogiesen los dedos de los pies hasta que se me rompieran, pero quería que me llenase, que me reclamase como suya del modo más íntimo posible. Quería que sintiese lo que yo acababa de sentir, y quería que lo hiciera a través de mí.

Volt embistió con más fuerza, dándome todo lo que tenía. Me golpeó en el mismo punto una y otra vez, consiguiendo que volviera a tensarme. Nunca rompió el contacto visual conmigo mientras alcanzaba el clímax. Estaba siendo mucho más silencioso que yo, pero sus ojos lo delataban.

Se hundió por completo en mi cuerpo antes de alcanzar la liberación, gruñendo mientras su semilla ardiente me llenaba. Se le escapó un gemido bajo desde el fondo de la garganta y apretó los labios con fuerza mientras acababa.

Nunca había dejado que un hombre me lo hiciera sin protección, y la sensación era sublime.

Estaba cubierta de sudor, con los pezones todavía endurecidos. El cabello de Volt estaba completamente despeinado por la manera en que le había pasado los dedos por él; él también estaba sudado, pero una manera sexy y deliciosa.

Se quedó dentro de mí mucho después de terminar, ya sólo semierecto. Me besó la comisura de los labios y después depositó un camino de besos por mi cuello y en el valle entre mis pechos. Supe exactamente lo que estaba haciendo sin que tuviera que decir

nada.

Su miembro volvió a endurecerse de nuevo al cabo de diez minutos, y Volt volvió a estar listo para volver a hacerme el amor.

Y yo también.

Cuando me desperté, Volt ya no estaba a mi lado.

Las sábanas estaban arrugadas de lo mucho que nos habíamos movido sobre ellas. Apestaban a sudor y sexo, un olor que nunca había pensado que me encantaría tanto. Mi cuerpo estaba tan lleno de su semen que no estaba segura de que me hubiese cabido ni una gota más.

Me senté en la cama y examiné la oscuridad. Volt no estaba a la vista, y la puerta del dormitorio estaba cerrada. Tanto su teléfono como la cartera seguían sobre la mesita de noche, así que supe que debía de estar en algún rincón del apartamento. Me puse unos pantalones de deporte anchos suyos y una camiseta antes de empezar mi búsqueda.

Lo encontré al entrar en la cocina. Era la una de la mañana y las ventanas mostraban la oscuridad del cielo y las luces infinitas de Nueva York. Estaba cocinando en los fogones, con un vaso de whisky escocés descansando en la encimera junto a él.

Me acerqué por detrás, admirando los esculpidos músculos de su espalda. Se ondulaban cada vez que se movía, desplazándose llenos de fuerza. Llevaba los bóxers bajos sobre las caderas, mostrando la prominente curva de su espalda.

Me coloqué junto a él y tomé un trago del whisky. Los cubitos de hielo repicaron contra el cristal y tocaron mis labios antes de que volviese a dejar el vaso sobre la encimera de granito.

Volt estaba haciendo un revuelto de verdura con tofu, algo extraño que preparar a una hora como aquella. Me miró de reojo, con el cariño brillando en su mirada, y después volvió a centrarse en lo que estaba haciendo.

—No pretendía despertarte.

—No lo has hecho. Me he despertado cuando he notado que no estabas.

Volt apagó el fuego y revolvió la verdura que había en la sartén.

—¿Tienes hambre? No hemos comido nada desde… hace un buen rato. —Una pequeña sonrisa le distendió los labios. Parecía un hombre completamente distinto. Era feliz, feliz de verdad.

Y yo era la razón de su felicidad.

—Un poco.

—Espero que te guste el revuelto de verdura.

Hice una mueca.

—No soy muy fan del tofu.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda prepararte?

Me acerqué a la nevera y abrí el congelador. Desde luego, Volt no tenía helado, lo único que me apetecía en aquel momento.

—Voy a tener que hacer algunos cambios por aquí… —Cerré la puerta y miré dentro de la nevera. No había nada más que fruta, carne y verdura.

—¿Como el qué? —Se sirvió la cena en un cuenco y se apoyó contra la encimera mientras comía.

—Para empezar, helado.

—Hecho.

—Pop-Tarts.

—¿En serio? —preguntó riéndose.

—Supongo que nunca los has probado.

—Lo hice de pequeño.

—Bueno, entonces necesitas refrescar la memoria. Necesitamos más comida basura por aquí.

—Haz una lista y me ocuparé de ello. —Comió lentamente mientras me observaba—. Estás de lo más mona con mi ropa.

—Gracias. Y tú sin ropa ninguna. —Caminé hacia él hasta que quedamos cara a cara.

Dejó el cuenco en la encimera y fue tomando bocados

espaciados, dedicando más tiempo a prestarme atención que a comer.

—Gracias. —Me rodeó la cintura con el brazo y me mantuvo bien cerca de él, con la frente contra la mía.

Quería quedarme con él, aun a pesar de que era tarde y tenía que trabajar a la mañana siguiente. Allá donde Volt fuera, yo nunca estaba muy lejos. Éramos incluso más inseparables de lo que lo habíamos sido antes.

—¿Estás bien?

—¿A qué te refieres? —susurré.

—¿No estás dolorida ni nada? Porque acabamos de tener mucho sexo.

—Nada dolorida. —Quizás un poco, pero había valido la pena con creces. Nunca me había imaginado que hacer el amor podía ser tan maravilloso; era la sensación más increíble del mundo entero. Ninguno de los demás hombres con los que había estado habían tenido ni idea de lo que estaban haciendo.

—Bien.

—En realidad, incluso podría con otra ronda.

—¿Ah, sí? —La comisura de los labios se le curvó en una sonrisa.

—Desde luego.

—Bueno, en ese caso deja que recupere las energías y después volveré a meterme en faena. —Recogió el cuenco y tomó otro bocado.

Observé cada uno de sus movimientos, fascinada con los movimientos de su boca. Una ligera barba le cubría la barbilla, y cuando no se afeitaba era incluso más sexy.

—Tengo un secreto…

—¿Un secreto? —preguntó—. ¿Qué clase de secreto?

—Un secreto sobre ti.

—Escúpelo. —Volvió a dejar el cuenco, más interesado en escuchar mis palabras que en su comida.

—Una noche vine, y estabas borracho. Fue después de que le

dieras una paliza al padre de Clay.

—Eso no es un secreto. Lo recuerdo.

Pero no lo recordaba todo.

—Bueno, pasaron más cosas en esa historia. Te acercaste a mí y me besaste… Y yo te devolví el beso. Sage y yo habíamos roto, así que no vi por qué iba a importar. Duró algunos minutos antes de que me apartara.

Volt me miró fijamente, sin palabras.

—Eso no lo recuerdo…

—Lo sé, pero yo sí. Creo que fue entonces cuando empecé a sentir algo por ti. Aquel beso dejó marca, y desde entonces te empecé a ver con otros ojos. Fue entonces cuando todos esos deseos y esperanzas surgieron a la superficie, cuando dejé de ser capaz de contenerlos. Creo que fue nuestro principio.

Sus manos volvieron a posarse sobre mis caderas, arrugando la tela de los pantalones.

—Nuestro principio fue cuando te vi en la acera con un mapa entre las manos. Podría haber seguido andando, pero no lo hice. Algo me dijo que me detuviera, y me alegro muchísimo de haberlo hecho.

Me moví contra su pecho y sentí la calidez de su cuerpo. Reconfortaba la yema de mis dedos, y el poder de su corazón de oro resonaba con cada segundo que pasaba.

—Puede.

—Ojalá lo hubiéramos comprendido antes.

—¿De verdad? —susurré—. Porque yo estoy bastante feliz con cómo han ido las cosas. —Le di un beso en el centro del pecho, adorándolo todavía con los dedos.

Volt bajó la mirada hacia mí, con una oscuridad cada vez mayor en sus ojos. Sus dedos se clavaron en mis costados, y me llevó lentamente de vuelta, dirigiéndose a su dormitorio, que estaba al final del pasillo.

—Tengo la sensación de que no voy a poder comer una comida completa en mucho tiempo. —Me cogió en brazos y me sostuvo

contra su pecho.

—Me parece que tienes razón.

Doce
Volt

Mi vida era increíble.

No había creído que pudiese a volver a ser así de feliz. Una nube había pasado sobre mí, llevándose la tormenta con ella, y ahora lo único que veía era la luz del sol, los arcoíris y las mariposas.

De ésas que estaban estampadas en su ropa interior.

Nunca había creído que pudiese amar a alguien de nuevo, mucho menos admitir que lo hacía, pero cuando la vi frente a mi puerta el mundo dejó de girar. Todos mis miedos e inseguridades abandonaron mi cuerpo cuando le dije la verdad. La miré a los ojos y le dije que la amaba.

Porque la amaba.

Taylor me había dicho algo que nunca olvidaría: que cuando encontrase a la mujer adecuada, todo cambiaría. Que sería tan feliz que me olvidaría de lo que era no estar en la más absoluta felicidad.

Y Taylor había tenido razón.

Jamás hubiese podido adivinar que hablaba de sí misma.

El sexo era inigualable, tal y como había esperado. No era rápido y atrevido como estaba acostumbrado; no, en lugar de eso me tomaba mi tiempo, recorriendo cada centímetro de su cuerpo, concentrándome en todos los sonidos que hacía y saboreando los momentos más sensuales de mi vida.

No quería parar.

Pasaba todo mi tiempo libre con ella, y era un tiempo bien gastado en el dormitorio. Nunca abandonábamos las sábanas,

entrelazados con tanta fuerza que éramos incapaces de liberarnos.

Pero no quería liberarme nunca de ella.

Llegué a su puerta vestido con mi abrigo polar. Las calles estaban cubiertas de mantos blancos de nieve por la tormenta que acababa de pasar. Ya no podía salir sin ir armado con mis botas más cálidas.

Taylor abrió la puerta, tan sexy y mona como siempre, pero su belleza se vio disminuida al instante por el miedo que se reflejó en su mirada.

—Lo he echado todo a perder. —Se secó el sudor de la frente aun a pesar de que la temperatura era gélida.

—¿Echado a perder el qué? —No tenía ni idea de qué estaba hablando.

Taylor volvió a adentrarse a zancadas en el apartamento, yendo directa hacia la pequeña cocina.

—Quería hacer una tarta para tus padres, pero la he echado a perder. Está quemada y es un asco. Ugh.

Me acerqué a ella por la espalda y miré la tarta que había en la mesa. Tenía razón; sí que parecía asquerosa.

—Pequeña, no pasa nada. No es más que una tarta.

—Pero ahora no tengo nada que llevar. —Golpeó el suelo con el pie y se puso las manos en las caderas.

—Pequeña, no les importará.

—Pues a mí me importa.

—Compraremos algo de camino, ¿de acuerdo?

—Pero eso no es nada personal. Si les preparase algo, se sentirían emocionados e impresionados.

Volví a mirar la tarta; aquello haría de todo menos impresionarlos.

—Entonces les diremos que lo has hecho tú.

—No. Se nota de lejos cuando algo es comprado y cuando es casero.

—Vale. Entonces compraremos vino.

—¿Para que piensen que soy una borracha?

Tuve que recordarme a mí mismo que Taylor normalmente no se ponía tan histérica. Sólo estaba nerviosa por ir a conocer a mis padres en su papel de novia oficial.

—Mi madre nos trajo de vuelta a casa después de la boda, y estabas completamente borracha. Y no le importó. Recuerda que a mis padres ya les caes bien.

—Pero esto es distinto. Ahora soy tu novia de verdad.

—Siempre has sido mi novia. —Puede que en aquel entonces hubiese estado saliendo con otros hombres, y puede que yo hubiese tenido algo breve con Julia, pero por lo que a mí concernía, siempre habíamos sido pareja—. Ahora olvídate de la tarta. —La tiré a la basura; estaba apestando toda la casa—. Compraremos algo de camino y todo irá bien.

—¿Y qué tal mi ropa? —Posó para mí.

—Es genial. —Iba vestida con un vestido negro con mangas y un abrigo rojo.

—¿No te parece demasiado provocador?

—¿Cómo va a serlo? Ni siquiera tienes los brazos al aire, y llevas medias. —A veces ella misma era su peor crítica.

—Pero la cintura es ajustada.

—¿Y?

Ya iba peinada a la perfección, pero volvió a colocárselo por un momento, haciendo que los suaves mechones se enredasen.

—Pequeña, tienes que relajarte. —Le sujeté las manos y la obligué a bajarlas—. Estás exagerando.

—Mira, nunca he conocido a los padres de ningún novio.

—Pero sí que lo has hecho —le recordé—. Sólo sé tú misma. Mi padre ya te conoce porque te ve todos los días, y mi madre ya te adora, así que lo tienes todo ganado.

Asintió, empezando a entrar en razón.

—¿Qué hubieses dicho si hubiese perdido los papeles así cuando conocí a tus padres?

—Eso es distinto; no eras mi novio.

—Pero desde luego intentaba serlo. Créeme, quería caerles bien.

Por fin dejó de juguetear con todo y se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Ahora vamos a cenar. Estoy hambriento.

—De acuerdo. Quizás sea lo mejor que no tengamos tarta, porque después te comeré a ti… —Se inclinó hacia mí y me besó la barbilla.

Le puse la mano en el culo y le di un buen apretón.

—Yo pongo la nata batida.

La conversación trató del trabajo y de la escuela, y Taylor emergió de su concha tras quince minutos de comida. Al principio estaba incómoda, y se mantenía firmemente pegada a mi lado sin hablar demasiado, pero mi madre consiguió que se relajara.

Lo que más me gustaba de mi madre era lo agradable que era. Nunca decía nada malo sobre nadie, ni siquiera cuando se lo merecían. Se llevaba bien con todo el mundo y no tenía ni una pizca de crueldad en el cuerpo. Nunca me había preocupado la posibilidad de que Taylor no le cayese bien; al cabo de unos pocos minutos Taylor ya se sentía cómoda.

Mi padre no era la persona más emotiva del mundo, así que pasaba la mayor parte del tiempo en silencio. Veía a Taylor día tras día en el trabajo, así que tampoco había mucho de lo que tuvieran que hablar, pero parecía feliz de que mi madre estuviera tan feliz.

—Mi tienda de vestidos cierra por las vacaciones —dijo mi madre con un mohín—. Me entusiasma poder tener un descanso, pero detesto tener que cerrar las puertas.

—¿Es temporada baja? —preguntó Taylor.

—Sí —respondió mi madre—. No muchas mujeres se casan en invierno, y normalmente para otoño ya han elegido los vestidos si van a casarse en primavera. Además, los diseñadores cierran durante casi un mes durante las fiestas.

—Es un trabajo tan interesante —dijo Taylor—. Formas parte

del día más especial de todo el mundo.

—Sí que lo es —coincidió mi madre—. Tienes que escoger tu vestido en mi boutique; tengo todos los tipos de vestidos que puedas imaginarte. Es un lugar precioso.

No sentí el ardor de las suposiciones de mi madre. Sabía que pasaría nada más presentarle a Taylor y, sinceramente, no me molestaba. Ella y yo habíamos llegado a una fase que nunca creí que alcanzaríamos, y si iba a casarme con alguien, sería con ella. De eso no había duda. Todavía no estaba listo para arrodillarme frente a ella, pero lo haría algún día.

—Vaya, gracias —dijo Taylor—. Me encantaría.

—Vamos a jugar una partida de Scrabble. —Mi madre dio una palmada antes de ir a buscar el juego.

Me gustaba pasar tiempo con mis padres, pero en aquella ocasión no me apasionaba quedarme más. Quería irme a casa y desnudarme con mi novia. El sexo era espectacular, mucho mejor que ninguno que hubiese tenido nunca, y era en lo único en lo que pensaba. Podía pasar algunas horas lejos del dormitorio, pero si sobrepasaba ese límite acababa destrozado. Mi pene gritaba dentro de los pantalones, y los dedos me dolían con las ganas de sentir sus pezones endurecidos.

—¿Cariño? —La voz de mi madre me sonó al oído.

Me giré hacia ella; había olvidado dónde estaba.

—¿Perdona?

—¿Vas a jugar? —preguntó.

Me había despistado pensando en las tetas de Taylor, y mis ensoñaciones me habían hecho caer bajo una espesa niebla.

Taylor me miró de reojo con una ceja arqueada, como si supiera exactamente dónde había estado mi mente.

—Claro —respondí al fin.

Se quedó conmigo durante toda una semana. En lugar de ir a casa a

buscar más ropa, lavaba la que ya tenía allí y acabó llevando el mismo conjunto a clase dos veces en una misma semana, pero no pareció importarle.

Y a mí tampoco.

Tenía el maquillaje y el perfume en mi baño, su ropa colgaba de mi armario y sus almuerzos estaban guardados en mi nevera. Grababa sus programas favoritos en mi televisión para verlos más tarde, y mi mesa estaba plagada de papeles de su trabajo.

Pero no me importaba.

Me encantaba que estuviera allí.

No sólo tenía siempre una comida caliente esperándome en la mesa, sino que mi apartamento ahora olía a pradera y mi ropa estaba siempre planchada y dispuesta en el armario. Todo el lugar estaba estéril y limpio, pero Taylor me entregaba su amor durante cada minuto de cada día.

Siempre que cruzaba la puerta allí estaba ella, saludándome con una sonrisa. Cuando mirábamos la televisión en el sofá se acurrucaba contra mí como si fuera su osito de peluche personal. Cuando íbamos a la cama, quería tener sexo incluso más que yo.

Era jodidamente genial.

Llegó a casa después del trabajo, con su enorme bolso colgado del hombro, y nada más entrar se quitó los tacones para ahorrarse más dolor de pies.

—¿Qué tal el día? —Acababa de sacar la lasaña del horno. Taylor la había preparado aquella mañana antes de irse a trabajar, y había dejado una nota sobre cómo cocinarla.

—Ugh, horrible. —Se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla.

—¿Qué ha pasado?

Entró en la cocina y me rodeó con los brazos.

—Que no has estado ahí.

La abracé contra mi pecho, sintiendo su figura diminuta. Su espalda se expandía con cada bocanada de aire que tomaba, y me concentré en la sensación de su cuerpo entre mis brazos. No había

nada como aquello.

Alzó la vista hacia mí con su sonrisa habitual.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —Le acuné la mejilla con la mano y le di un beso suave.

Cuando se apartó su mirada siguió clavada en mis labios, y soltó un gemido suave.

—Llevo pensando en eso todo el día.

—¿Sí? —Froté la nariz contra la suya—. Porque yo he estado pensando en follarte sobre esta encimera durante todo el día.

—¿De verdad? —susurró—. No estoy muy segura de a qué te refieres, quizás deberías enseñármelo…

—Puede que lo haga.

Después de cenar nos tumbamos juntos en la cama.

Me encantaba abrazarla una vez que mi deseo sexual conseguía lo que quería y mi apetito estaba saciado. No dijimos nada durante horas, pero tampoco nos dormimos. La sostuve entre mis brazos y entré en modo zen, sin pensar en nada en absoluto.

Taylor se recogió el pelo tras la oreja y desvió la mirada hacia mí. No dijo nada, sólo me miró a los ojos sin motivo alguno. Lo único que quería era mirarme.

Lo entendía; yo también quería mirarla durante cada segundo del día.

Me pasó los dedos por el pecho, acariciándome ligeramente. Sus dedos me tranquilizaban de una manera que antiguas amantes nunca habían hecho. Taylor tenía mi corazón en la palma de su mano, y cuidaba bien de él, protegiéndolo y amándolo en todo momento.

Me daba paz.

Suspiró suavemente, indicándome que estaba a punto de decir algo que hubiese preferido no decir.

—¿Qué?

Se sentó, apartando la mano.

—Probablemente debería irme a casa. —Apartó las sábanas, revelando su cuerpo desnudo.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Llevo aquí una semana…

Una semana no era tiempo suficiente.

—No quiero aprovecharme.

Le sujeté rápidamente la muñeca y evité que se apartase.

—No lo estás haciendo. Quiero que estés aquí.

—Dirías eso aunque no fuera cierto.

La atraje contra mí, obligándola a mirarme.

—Pero sí que lo es. Quiero que estés aquí. No te vayas.

Buscó alguna mentira en mi mirada.

—Si te vas a casa, sólo conseguirás que te siga. —Tiré de ella con brusquedad, tumbándola en el colchón y colocándome sobre ella, inmovilizándola con mi enorme masa. Sostuve mi peso sobre los codos y bajé la vista hacia su precioso rostro—. Quédate.

—Bueno… Cuando lo dices así. —Me rodeó el cuello con los brazos.

Froté la nariz contra la suya y le besé la frente.

—Quédate para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo.

—Yo creo que no es suficiente. —La besé en la sien, seguido de una lluvia de besos por toda la línea de la mandíbula.

Me pasó las manos por la espalda, masajeando los músculos. Su pelo se extendía en abanico sobre la almohada, y tenía los labios ligeramente separados por la necesidad. Siempre me deseaba, durante cada minuto del día.

Le pasé el pulgar por el labio inferior y lo reseguí hasta la comisura de los labios. No podía creer que aquella mujer tan hermosa me perteneciera. No podía creer que me amase como yo la amaba. No estaba seguro de cómo había tenido tanta suerte como para que me dieran otra oportunidad. Puede que antes no

hubiese funcionado porque estaba destinado a encontrarme con Taylor, puede que hubiese estado escrito que compartiría mi vida con ella. Quizás el destino fuese algo real.

—¿En qué estás pensando? —susurró.

Mis ojos se prendaron de sus labios, pensando en mil cosas a la vez.

—Te amo. En eso estoy pensando.

Me rodeó la muñeca con aquellos dedos tan pequeños.

—Qué curioso, yo estaba pensando lo mismo.

Le besé la comisura de la boca y me aparté poco a poco.

—No me avergüenza admitir cuánto te amo. No me avergüenza admitir que estoy a tu completa merced. No me avergüenza admitir que tienes el poder de destruirme, porque sé que no lo harás.

Su mirada se suavizó y me abrazó más cerca de sí.

—Jamás.

—¿Te animas a conocer a alguien? —Taylor estaba sentada frente a mí en la mesa. Estábamos almorzando en The Muffin Girl, nuestro lugar especial que visitábamos cada semana. Antes lo hacíamos como amigos, pero ir como amantes era mucho mejor.

—Supongo. Depende de quién sea.

Se acabó su muffin de arándanos y pellizcó algunos trozos del mío.

No la regañé; me parecía mono. Me hacía el hombre más feliz del mundo, por lo que no me importaba robase algunos bocados de mi muffin. De todos modos no me hacían falta aquellos carbohidratos.

—Bueno, es bastante estresante porque es la persona más importante de mi vida. Su opinión tiene más peso incluso que la de mis padres.

¿De quién demonios se trataba?

Taylor respondió a mi pregunta no formulada.

—Es mi mejor amiga.

Ah, sí. Me había olvidado de ella. Había oído hablar de ella varias veces, pero nunca había llegado a conocerla. Cuando pensaba en la mejor amiga de Taylor, siempre me imaginaba a Natalie.

—La dejaré encantada, como a todos los demás.

—¿Entonces estás listo?

Sinceramente, no me importaba. Nadie iba a mantenernos alejados, ni siquiera si no le caía bien a su mejor amiga. Lo que Taylor y yo teníamos era irrompible; me gustaría ver a nadie intentando meter baza.

—Claro, ¿por qué no?

—Genial, porque Sara está ansiosa por conocerte. No dejo de hablarle de ti.

No pude evitar que el mal sabor me invadiera la boca. Quemaba como si fuera ácido y me dieron ganas de vomitar. No había oído aquel nombre en mucho tiempo, y su sencillo sonido me daba náuseas.

—¿Ocurre algo? —Taylor captó mi expresión a pesar de mi intento de ocultarla.

—Es sólo que… no me gusta ese nombre.

Se hizo el silencio entre nosotros.

No elaboré más; no quería tener que hablar de algo que ya no importaba. Quizás hubiese hecho en su momento que se me rompiera el corazón en un millar de pedazos, pero aquello había sido hacía mucho tiempo. Taylor y yo éramos diferentes, y nada del pasado mancharía nuestra relación.

Taylor siguió atacando mi muffin pero sin llegar a morderlo. Había notado la tensión en el aire y sabía que era un tema espinoso; tenía todo el derecho a preguntar lo que quería preguntar, y yo le respondería, pero no emitió ni el más mínimo sonido.

Y me sentí agradecido.

Nunca olvidaría lo que había sentido al entrar en aquel bar. Nunca olvidaría cómo fue ver a Sara liándose con su ex. Nunca olvidaría lo pesado que me había parecido el anillo que había llevado en el bolsillo. La estupidez me había asfixiado en oleadas, y mi corazón no había sido lo único que se había roto aquella noche. Entré en una vorágine sexual y me acosté con todas las mujeres de la ciudad en un intento de demostrarme algo a mí mismo. No había dejado de preguntarme si yo había sido el problema. ¿Me había dejado porque no era lo bastante bueno en la cama? ¿Me había dejado porque era aburrido? ¿Por qué había acudido a otra persona cuando yo podría haberle dado cualquier cosa que deseara?

Aquellas preguntas me habían acosado durante mucho tiempo.

Pero ahora ya no importaba. Ahora tenía a alguien que me amaba por quien era y que no me haría daño. Taylor contaba con toda mi confianza. Puede que a veces tuviera celos, pero no había nada de lo que estar celoso en realidad. Lo que teníamos era distinto; si no, no me habría enamorado de ella.

Taylor continuó en silencio, a sabiendas de que me había puesto de mal humor. No diría nada hasta que yo hablase primero, cediéndome la iniciativa. Siguió comiéndose el muffin hasta que éste desapareció por completo y después jugueteó con el envoltorio para tener algo que hacer.

Por fin permití que mi mal humor desapareciera; estaba envenenando nuestro tiempo juntos.

—¿Cuándo vamos a quedar?

—Eh, ¿quizás este fin de semana?

—Vale. —No estaba seguro de cómo iba a decir su nombre sin hacer una mueca, pero ya me las arreglaría. Quizás fuera tan encantadora que el nombre volvería a tener una buena connotación. Quizás cuando lo oyese sólo pensaría en la amiga de Taylor y no en aquella maldita fulana que me había traicionado.

Taylor extendió la mano sobre la mesa y la colocó sobre la mía. En cuanto sus suaves dedos me tocaron volví a la realidad, me

sacudí de encima la oscuridad que me rodeaba y me concentré en la belleza que tenía delante.

—¿Puedo invitarte a cenar?

—¿Quieres invitarme a cenar? —pregunté, riéndome.

—Sí, ¿por qué no?

—Porque ése es mi trabajo. Y claro que te sacaré a cenar.

—No, deja que te invite. Nunca me dejas hacer nada.

Y había una buena razón para ello.

—¿Qué tal si haces otra cosa en lugar de eso?

—¿Cómo el qué? —preguntó—. Y será mejor que no digas cocinar, porque siempre cocino.

—Qué tal si te llevo a algún sitio agradable, y cuando volvamos a casa me das una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa? —Se inclinó hacia adelante, intrigada.

—Ya sabes… lencería sexy. Medias negras con tacones de diez centímetros. Ligueros con lacitos rosas. Un picardías que haga tus tetas se vean incluso más sexis de lo que ya son.

—¿Así que tú te encargas de la cena y yo del espectáculo?

—Exactamente. Me parece justo.

—Hmm… Puede. —Se echó hacia atrás, apartando la mano al hacerlo.

Sabía lo que estaba haciendo.

—No me provoques; ya sabes lo impaciente que soy.

—Precisamente —dijo—. Por eso es tan divertido.

Trece
Taylor

—¿Cómo estuvo? —Sara se inclinó sobre la mesa, esperando mi respuesta.

—Ni siquiera puedo describirlo…

—Al menos descríbelo un poco —insistió.

—De acuerdo, de acuerdo. —Sentí cómo las mejillas se me empezaban a sonrojar al recordarlo—. Piensa en el mejor sexo que hayas tenido nunca.

—Vale.

—Y ahora multiplícalo por cien.

—Ni hablar. —Agitó la mano ante mi afirmación como si no fuera posible.

—No bromeo. Es fantástico en todo. Se le da genial besar, y no sólo en la boca, y sabe exactamente qué hacer. Hace que en comparación Sage y Drew sean completamente patéticos. No creo que pueda tener nunca sexo mejor con nadie más mientras viva.

—Entonces parece que tienes que casarte con él.

—Oh, y voy a hacerlo.

—Guau. Vais muy en serio.

—Prácticamente estoy viviendo en su apartamento. No, nada de prácticamente. Vivo en su apartamento.

—Está claro que ha llegado el momento de que conozca a ese hombre tan magnífico. Tu madre me llamó el otro día, y dice que es un sueño hecho realidad.

Puse los ojos en blanco.

—¿Mi madre te ha llamado?

—Sí, así de entusiasmada estaba. Ya está oyendo campanas de

boda.

—Yo también oigo campanas de boda… pero ahora mismo todavía quedan muy lejos.

—Lo que tú digas. —Puso los ojos en blanco.

—Le he dicho a Volt que es hora de conocerte. ¿Estás ocupada el viernes?

—Oh, Dios, estoy libre cual pajarillo. —Dio una palmada, entusiasmada—. Me muero de ganas de conocer a ese hombretón que va a convertirse en mi mejor amigo político.

—Te encantará. A veces puede ser algo brusco, pero eso sólo se suma a su encanto.

—Me gustan los hombres con algo de oscuridad.

—Entonces te va a gustar muchísimo.

—De acuerdo, cita añadida a la agenda. Pero debo advertirte que lo voy a interrogar a fondo. Es el protocolo habitual.

—No pasa nada —respondí—. No esperaría nada menos.

El día escolar por fin había acabado, y el ultimo alumno ya había salido del aula. Estaba menos dedicada al trabajo por lo obsesionada que estaba con Volt. En cuanto sonaba el timbre lo único que quería era marcharme corriendo a buscarlo. Quería entrar a la carrera en su apartamento y hacerle uno rápido en la ducha.

No quería estar en ningún otro lugar que no fuera entre sus brazos.

Toda mi vida giraba a su alrededor, y no me avergonzaba admitirlo. Me había convertido en una de aquellas mujeres enamoradizas que se obsesionaban con sus nuevas parejas. Había estado buscando al señor Perfecto durante toda mi vida, y por fin lo había encontrado. Había encontrado al hombre con quien pasaría el resto de mi vida, con quien tendría hijos y con quien envejecería.

Era la mejor sensación del mundo.

Lo que había pasado con Drew estaba tan atrás en el pasado que resultaba irrelevante; ya ni siquiera importaba. Me había sido infiel y me había roto el corazón, pero al final había acabado sin importarme. Había encontrado al hombre que se merecía mi corazón, así que todos los demás chicos de mi pasado habían pasado a ser un cero a la izquierda.

Metí todos los papeles en el bolso y me preparé para irme.

La puerta del aula se abrió y entró el señor Davidson. Llevaba un ramo de rosas de un rojo intenso, al menos una docena, y en cuanto entró lo llenó todo del aroma de la primavera.

Miré el ramo y sonreí, sabiendo exactamente quién me las había enviado.

—Vaya… —Se las quité de las manos, sin poder creerme que Volt se hubiera convertido en la clase de hombre que enviaba flores a su novia. Era dulce y atento, pero jamás me hubiese esperado que se volviera tan acaramelado—. Gracias. —El señor Davidson debía de haberlas visto en el despacho y había decidido traerlas en su camino de vuelta.

Los ojos se le iluminaron más de lo que nunca había visto, y la sonrisa que se le dibujó en los labios fue enorme.

—De nada.

Las abracé contra mi pecho y olí su aroma. Me recordaban a un día de verano pasado en el campo. Puede que Volt y yo nos mudáramos a los suburbios cuando decidiéramos tener niños; podríamos plantar nuestros propios rosales.

El señor Davidson avanzó un paso y se acercó mucho a mí, y asumí que era para oler las flores.

—Quedan muy bien en contraste con tu piel.

—Gracias. —Era un halago extraño, pero siempre le habían costado las interacciones sociales. Le pasaba a la mayoría de los científicos.

Sus manos se movieron hacia mi cintura y me inclinó, apretando la boca contra la mía.

Guau.

¿Pero qué demonios?

Qué asco.

Me aparté rápidamente, intentando contener las náuseas.

—¿Qué demonios está haciendo?

Se apartó, tan sorprendido como lo estaba yo.

—Lo siento… Te han gustado las flores, y he creído que… ¿Estás enfadada porque estamos en el trabajo? Tienes razón, eso no ha sido muy profesional. Lo siento.

¿Que me habían gustado las flores? ¿Enfadada porque estábamos en el trabajo?

—Señor Davidson, me temo que no le sigo.

—Por favor, llámame Mark. —Metió las manos en los bolsillos, con aspecto avergonzado—. Perdón si te he malinterpretado. Creía que podía besarte.

—¿Por qué ibas a pensar que podías besarme? —espeté.

—Bueno, hemos comido juntos, y te han gustado mis flores…

¿Me había traído flores?

—No… no sabía que eran de tu parte.

—Lo son —dijo—. Y hemos comido juntos, y creía que había ido bien. Pensaba que teníamos algo en marcha.

Recordé lo que Natalie había dicho sobre él, y comprendí que había tenido razón desde el principio. Había estado demasiado ocupada obsesionándome con Volt como para darme cuenta de lo que tenía delante de las narices.

—Lo siento, Mark. No sabía que ésas eran tus intenciones. Creía que las flores eran de mi novio, y que nuestra comida fue sólo entre amigos.

—Oh… —La luz abandonó su mirada—. No sabía que tenías novio. —Se frotó la nuca—. Chico, ahora me siento como un idiota. Lo siento muchísimo. De haberlo sabido jamás habría hecho nada parecido.

—No pasa nada. Yo también lo siento; debería haber comprendido tus intenciones. —Esperaba que mi relación

profesional con él no hubiese quedado destrozada; lo veía todos los días.

—Lo siento de verdad. No quiero que pienses que soy un acosador ni nada parecido.

—Y no lo hago. —Dejé las flores. No eran un gesto de Volt, y ya no las quería—. Recuerdo cómo era cuando estaba soltera. Siempre esperaba que la siguiente persona a la que conociese fuese la adecuada. Lo entiendo.

—¿De verdad? —preguntó—. Bueno, gracias por tomártelo tan bien.

—No pasa nada. No deberías disculparte por intentar encontrar el amor. Es lo que todos buscamos.

—Entonces… ¿Podemos olvidar todo este tema? ¿Y volver a ser compañeros de trabajo?

—Desde luego. Me encantaría.

—Genial. —Recogió las flores de encima de la mesa—. Las tiraré a la basura cuando salga.

—De acuerdo. —Me alegré de que estuviera acabando tan bien. Podría haberme estallado en la cara, y todos los días que tuviese que trabajar con él podrían haberse convertido en una pesadilla. Al menos se había tomado bien mi rechazo.

—La veo mañana, señorita Thomas. —Salió por la puerta, dándome la espalda.

—Sí, nos vemos. —Observé cómo se iba y esperé a que la puerta se cerrase tras él. En cuanto lo hice empecé a poder respirar con más facilidad. Todavía me dolían los labios de lo asqueroso que había sido aquel beso. Me limpié la boca con la manga e intenté olvidarlo; de ahora en adelante sería mucho más observadora con la gente que me rodeaba. Había asumido que todo el mundo sabía que estaba saliendo con Volt.

Pero al parecer no.

Catorce
Volt

Aquella tarde tenía que tratar varios temas con mi padre, así que me hice una parada en la Academia Bristol para hacerle una visita. Los exámenes de selectividad estaban a la vuelta de la esquina, y era el momento de que los estudiantes se apuntaran a los cursos de preparación.

Mi padre tenía todo un listado de estudiantes que querían participar, y había tantos chavales que tendría hacer un curso especial los sábados para dar cabida a todo el mundo, pero estaba seguro de que contaba con un tutor que aceptaría las horas extra.

—¿Vas a pararte a ver a tu novia? —bromeó—. Está a punto de sonar el timbre.

Miré el reloj y comprendí que Taylor saldría de clase en menos de dos minutos.

—Creo que lo haré.

Mi padre sonrió con suficiencia.

—Pero no hagáis nada obsceno. Sería un escándalo con el que no puedo permitir que se me relacione.

Puse los ojos en blanco.

—¿Acaso crees que soy un cerdo?

—No, pero creo que estás enamorado.

Touché.

—Te veo después, papá.

—Adiós, hijo.

Salí de su despacho y me dirigí hacia el aula de Taylor, en el lado opuesto del edificio. Su sala estaba en la esquina, puesto que tenía que dar cabida a todo el equipo del laboratorio.

Sonó el timbre mientras recorría los pasillos, y todos los chicos salieron disparados de las distintas aulas como si fuera el último día escolar. Se dirigieron al exterior y hacia el jardín principal, donde se erigía la asta de la bandera. Antes había sido profesor, así que sabía cómo funcionaban las cosas en el sistema escolar, pero nunca había visto a los niños saliendo tan rápido del edificio.

Llegué al aula en cuestión y miré por la pequeña ventana que había sobre el pomo. Taylor acostumbraba a quedarse después de clase para evaluar los trabajos y preparar el día siguiente, pero últimamente salía corriendo hacia mi apartamento todo lo rápido que podía.

Lo más seguro es que ya se hubiese ido.

No estaba muy seguro de lo que estaba viendo.

Taylor tenía un gran ramo de rosas en la mano. Era un de rojo profundo, como gotas de sangre, y grandes, rosas que vendían con mensajes románticos. Había un hombre frente a ella, demasiado cerca como para poder considerarse sólo amistoso. Era un tío atractivo al que nunca había visto; puede que un profesor.

Taylor abrazó las flores contra su pecho y las olió. Una preciosa sonrisa le distendió los labios; parecía ser más feliz que nunca.

Más feliz incluso que cuando estaba conmigo.

Y entonces, justo frente a mis ojos, aquel hombre se inclinó y la besó.

La besó.

Taylor seguía con las rosas en la mano cuando sus labios se tocaron.

Los ojos me ardieron y la rabia me consumió al instante. Aparté la vista a toda prisa intentando evitar aquel dolor abrumador. Me pellizqué el brazo; tenía que ser un sueño, una pesadilla.

Joder, era una maldita pesadilla.

No pasó nada aun después de pellizcarme. Seguía en el pasillo de la Academia Bristol, y aquel hombre le acababa de dar flores y de besar a mi chica como si no fuera la primera vez que lo hacía.

¿Qué demonios estaba pasando?

No sabía qué hacer, así que eché a andar.

Simplemente anduve.

Recorrí el pasillo hacia la entrada, con el pecho constreñido y lleno de dolor, incapaz de respirar. Mi peor pesadilla se estaba repitiendo. Amaba a una mujer, y esa misma mujer me había traicionado.

Aquella misma mañana había sido el desgraciado más feliz del mundo.

Y ahora era el más abatido de todos.

¿De verdad podía estar pasando?

Taylor no me haría algo así. Nunca me haría daño. Me amaba. Sabía que lo hacía, pero no podía negar lo que había visto. No podía negar lo que había pasado justo frente a mis ojos. Quería exigir una explicación, porque tenía que haber una, pero sabía que no era más que una vana esperanza.

Había jugado conmigo.

Habían vuelto a jugar conmigo.

Joder.

Quince
Taylor

Cuando llegué a la puerta de Volt, me encontré mis cosas en una caja frente a la puerta.

¿Qué demonios?

Toda mi ropa estaba apilada, además de algunas prendas suyas que solía ponerme para estar por casa. Mis libros de la escuela y mis fiambreras estaban en otra caja. Todo lo que poseía estaba allí, listo para que alguien se lo llevara.

¿Acaso me había quedado demasiado tiempo? ¿Era aquella su manera de decírmelo?

Porque era una manera demasiado fría y brusca.

Abrí la puerta, pero Volt tenía el cerrojo de cadena echado. Era un cerrojo que nunca ponía; de hecho normalmente dejaba la puerta abierta de par en par para que pudiera entrar siempre que quisiera.

—¿Volt?

No oí nada el interior del apartamento.

—Volt, ¿qué ocurre? ¿Por qué están mis cosas aquí fuera?

Sus pasos resonaron sobre el suelo de madera cuando se acercó a la puerta. Corrió la cadena antes de abrir con un golpe, y la mirada que me dirigió fue aterradora. Tenía el asesinato escrito en los ojos, y los puños apretados a los costados. Los gestos de amor que normalmente reinaban sobre todas sus expresiones de su rostro habían desaparecido, ahora sólo me detestaba.

—¿Volt? —No sabía qué decir, no tenía ni idea de lo que ocurría. ¿Lo había cabreado alguien? ¿Se había peleado con Derek? No se me ocurría nada que pudiera afectarle tanto conmigo—. ¿Va

todo bien?

—Tu porquería está fuera porque quiero que te vayas. Perdona por no haberlo dejado lo bastante claro. —Escupió saliva; sus labios se movían más rápido de lo que era capaz de hablar—. Ahora lárgate de una puta vez de aquí.

Guau.

Madre mía.

—Volt, ¿qué ocurre?

—Nada. Nada de nada. —Cerró la puerta con un golpe justo delante de mis narices.

Me quedé tan sorprendida que al principio sólo miré la puerta, sin habla. Por fin reaccioné y abrí la puerta.

—Vale, ¿qué ha pasado? —Cerré de nuevo la puerta tras de mí y sujeté a Volt por el brazo.

Me apartó con tanta rapidez que ni lo vi moverse.

—No me toques.

Se me tensó el cuerpo, ofendida, pero no le contesté con el mismo tono.

—Volt, habla conmigo. No te he visto tan enfadado desde… —No quería mencionar la noche en que había atacado al padre de Clay. Había sido una noche que ambos habíamos querido olvidar.

—No quiero hablar contigo. —Me aferró el codo y me arrastró de vuelta hacia la puerta—. Lo que quiero es que te largues y no vuelvas. Lo que quiero es no volver a verte la cara. Lo que quiero es no volver a oír ese sonido irritante que es tu voz.

Me escabullí de entre sus brazos y lo empujé hacia atrás.

—Vuelve a tocarme así, y te rompo la mano. —Le puso el dedo frente a la cara, retándolo a que me desafiara.

Volt se mantuvo firme, con los brazos a los lados. Puede que estuviera furioso, pero seguía escuchándome, al menos un poco. No volvió a tocarme, pero encaró la puerta como si quisiera empujarme para que la cruzara.

—Entonces te sugiero que te marches.

No conseguía darle sentido a lo que estaba viendo. No podía

juntar las piezas ni darle coherencia a su comportamiento. Era como si se hubiera pulsado un interruptor y Volt hubiera pasado a echar fuego por la boca, convirtiéndose en una bestia iracunda.

—Volt, dime por qué estás tan enfadado. Estás actuando como si fuera algo evidente, pero no tengo ni la más remota idea de qué pasa. Así que en lugar de seguir gritándome, cuéntamelo.

Inclinó la cabeza hacia el lado, y cuando se le oscurecieron los ojos supe que sólo había conseguido empeorar las cosas.

—¿Que te lo cuente? —Su voz me bañó el oído como si fuera puro veneno—. He de admitir que estoy impresionado. Actúas muy bien como si fueras una buena chica, pero es sólo eso, una farsa. Felicidades, me has engañado. Muchísimas felicidades.

—¿Que te he engañado? —exigí—. Volt, dilo directamente. ¿Qué crees que he hecho?

Negó con la cabeza, con las venas del cuello hinchadas.

—Fuera.

—No, vamos a…

—Que salgas de una puta vez. —Me cogió del brazo y me arrastró por el pasillo; estaba usando tanta fuerza que hasta dolía.

Luché contra él, pero era inútil teniendo en cuenta su tamaño. Era un mastodonte, y yo un conejo. No había oportunidad de ganar cuando mi oponente era tan enorme.

—¡Suéltame!

Relajó la mano.

—Entonces no vuelvas a venir a mi apartamento. Tu lugar no está aquí. —Retrocedió, preparándose para cerrar la puerta.

—Volt, sea lo que sea que creas que he hecho, te aseguro que no he sido yo. Si dejaras de actuar como un imbécil durante un puñetero segundo…

Cerró la puerta, silenciándome. El cerrojo se cerró con un chasquido, al igual que la cadena. Me mantuve frente a la puerta, esperando que recuperase la cordura y volviera a mí.

Pero no lo hizo.

Estaba cabreada.

Volt se negaba a decirme qué lo había hecho enfadar tanto, ¿así que cómo iba a arreglarlo? ¿Cómo se suponía que íbamos a superarlo si ni siquiera sabía qué había pasado? Fuera lo que fuera que hubiese enfurecido a Volt, se trataba de algo serio. Serio de verdad. Pero si tan serio era, ¿no me lo diría?

Al día siguiente fui a trabajar, luchando por concentrarme. Estaba preocupada por Volt, y además no había conseguido dormir nada durante la noche. Estaba acostumbrada a su enorme cama y a su poderoso cuerpo rodeándome. Mi nueva rutina incluía sexo todas las noches y todas las mañanas, y cuando no lo recibía mi cuerpo se sentía confuso. Así que mis hábitos habían sucumbido al caos.

Al final del día fui a su oficina para ver si Volt estaba allí. Normalmente se quedaba hasta más tarde al hacer de tutor de Clay, y existía la posibilidad de que lo atrapara antes de que se fuera a casa. Había sido incapaz de contactar con él en su apartamento; el cerrojo de cadena estaba echado y Volt se negaba a dejarme entrar, pero su oficina era un espacio público. Le costaría bastante librarse de mí.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me encontré la planta vacía. No había secretaría sentada detrás de la mesa de recepción, y todo parecía abandonado. Oí voces provenientes de una de las salas de conferencias.

—Las mates son un asco. ¿Acaso voy a usarlas alguna vez? —Era la voz de un chico, y sólo pude asumir que se trataba de Clay.

—Sí —gruñó prácticamente Volt en respuesta—. Y ahora lee el primer problema.

—¿Por qué estás hoy de tan mala leche?

—Nada de palabrotas. Ponte a trabajar.

Seguí las voces hasta llegar a la sala. Estaban sentados el uno

frente al otro en la mesa, con los libros esparcidos a su alrededor. Volt tenía los codos apoyados sobre la mesa y se pasó una mano por la nuca con gestos ansiosos. Ninguno de ellos se percató de mi presencia, así que me aclaré la garganta.

Volt levantó la cabeza bruscamente en mi dirección, y la mirada que me dirigió me recordó a la de un perro rabioso.

Quizás hubiese sido mala idea venir.

—Continúa, Clay. —Se levantó de la silla y salió de la sala, cerrando la puerta tras él—. ¿Qué? —siseó como una serpiente.

—¿Qué? —pregunté incrédula—. ¿Qué te hace pensar que me puedes hablar así?

—Yo lo creo —espetó—. Y si no te gusta, puedes marcharte. Es lo que a mí me gustaría.

El hombre del que estaba enamorada había desaparecido, y otro furioso lo había sustituido, uno que no tenía ni una gota de compasión en el cuerpo.

—¿Podrías decirme de una vez qué te tiene tan enfadado?

—¿Por qué no me dices tú a quién te estuviste follando anoche?

Guau.

Sabía que Volt podía ser un capullo, pero nunca le había visto caer tan bajo.

—Estaba en casa sola, preocupada por ti.

—¿Y esperas que me lo crea? —espetó—. Desaparece de una vez y no vuelvas. No quiero volver a verte. —Se giró hacia la puerta—. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas más importantes que hacer.

Mi temperamento se desbocó; estaba perdiendo la batalla contra mi enfado.

—¿Eso es todo? ¿No vas a decírmelo y ya está? ¿Es que eres un crío?

Volt volvió a girarse, y la amenaza en sus ojos indicaba que estaba a punto de decir algo imperdonable.

—¿Y tú una puta?

No iba a seguir soportando aquello. Ya no me importaba qué

era lo que lo había enfadado tanto. No tenía derecho a tratarme de aquel modo cuando yo no había hecho nada.

—Que te jodan, Volt. —Me marché.

Y esta vez, no planeaba volver.

Pasó casi una semana sin que habláramos. Cancelé los planes que tenía con Sara, habían pasado a ser algo imposible. No quería contarle toda la historia en caso de que Volt y yo arregláramos las cosas; de hacerlo Sara lo odiaría de por vida y nunca le daría ninguna oportunidad real.

Y no podía decir que la culpase.

Estaba demasiado cabreada como para intentar hablar con él de nuevo. Me había tratado como si fuese basura, y no iba a soportarlo, no importaba lo mucho que lo quisiera. No pasaba nada porque estuviera enfadado, pero otra cosa completamente distinta era que tuviera una pataleta como aquella y se negara a decirme nada en absoluto.

No iba a tratarlo como a un niño.

El director Rosenthal vino a mi despacho con mi cheque de aquel mes.

Era la última persona a la que quería ver ahora mismo.

—¿Cómo está yendo el día? —Se acercó a mi mesa y dejó el sobre blanco en la esquina.

—Bien. ¿Y el suyo?

—No demasiado mal. Es día de cobro. —Tenía otro puñado de sobres en la mano; debía de ser la primera profesora de su ruta. Su actitud era jovial, así que estaba claro que Volt no había mencionado nuestra extraña pelea.

Decidí aprovecharme de su conexión con él.

—¿Ha visto a Volt últimamente?

—Hmm… No desde la semana pasada. Su madre quiere que vengáis los dos a cenar en cuanto tengáis la oportunidad.

Desde luego no sabía lo de la pérdida de papeles de Volt.

—¿Cuándo lo vio? —Intenté que no fuera evidente que estaba cotilleando, intentando conseguir toda la información posible. Me sentía como un detective juntando las piezas de un crimen.

—Aquí, en realidad. Vino al despacho para organizar el curso de preparación a los exámenes de aptitud para los estudiantes.

Una información útil.

—¿Se pasó por su despacho?

—Sí, claro.

—¿A qué hora?

—Eh… Unos dos minutos antes de que sonara el timbre. Le pregunté si iba a pasarse por su aula a saludar, y dijo que sí. Y eso fue todo.

Entrecerré los ojos, intentando juntar todas las piezas. Había venido a la escuela la semana pasada y había dicho que se iba a pasar por mi aula, pero no había llegado a hacerlo.

—¿Qué día de la semana era?

—Deja que piense… —Cruzó los brazos contra el pecho mientras intentaba pensar—. Martes. Sí, fue el martes. Lo recuerdo porque aquella tarde tuve una reunión con el superintendente.

El martes. ¿Qué había pasado el martes? Rebusqué en mi mente y recordé que había sido el día de nuestra pelea. Me había encontrado todas mis cosas en la puerta, y Volt me había echado de su apartamento.

Así que, fuera lo que fuera, había ocurrido aquel día.

¿Pero qué había pasado?

Y entonces lo comprendí.

El señor Davidson me había dado aquellas flores poco después de que sonara el timbre. Y me había besado.

Mierda.

Volt debía de haberse acercado a la puerta y lo había visto por la ventana.

Ahora todo tenía sentido.

Volt había asumido que lo estaba engañando, que le estaba

siendo infiel justo delante de sus narices.

De aquello iba todo.

—Muchísimas gracias, director Rosenthal.

—De nada —dijo—. Gástalo con sabiduría. —Me guiñó el ojo antes de salir, sin tener ni la más remota idea de por qué le daba las gracias realmente.

Me planté frente a la puerta de Volt y golpeé la madera con el puño hasta que respondió.

—No voy a marcharme hasta que abras esta puerta. Tengo algo que quiero decirte, y tienes que oírlo. —Sospechaba que me costaría conseguir que me prestase atención. Si llamaba por teléfono, jamás respondería a mis llamadas. Si no habría la puerta, me quedaría todavía con menos opciones. Tendría que esperar a que se marchase a trabajar, o peor, involucrar a sus padres.

Para mi sorpresa, abrió la puerta. Iba vestido con pantalones de deporte y sin camiseta, lo que me dijo que acababa de salir de la ducha. Tenía el cabello ligeramente húmedo y se lo estaba secando con una toalla.

Normalmente me sentiría atraída, pero ahora mismo sólo estaba enfadada.

—¿Qué? —dijo con voz aburrida—. Eres como una mosca cojonera.

Me hirvió la sangre, y me entraron ganas de darle una bofetada con todas mis fuerzas.

—Escúchame, capullo. Cuando el señor Davidson me dio esas flores, pensé que las enviabas tú, por eso las acepté, y por eso las tenías abrazadas. Cuando se inclinó para besarme, no tenía ni idea de lo que pretendía hacer. Si te hubieras quedado habrías visto cómo lo aparté de un empujón y le pregunté qué demonios estaba haciendo. Pero no viste nada de eso porque te diste la vuelta y te fuiste. Asumiste que me estaba acostando con otro sin escuchar

primero toda la historia. Admito que fue una escena que no pintaba muy bien desde un punto de vista externo, pero deberías haberme dado el beneficio de la duda. Deberías haber entrado ahí y haber exigido saber qué estaba pasando. No deberías haber sacado una conclusión tan ridícula sin darme al menos cinco minutos para explicar lo que viste. Volt, soy yo. Sabes que nunca te haría nada parecido. Pero decidiste ponerte en plan pataleta sin decirme siquiera por qué estabas enfadado. —Le clavé el dedo en el pecho—. Eres tú el que ha jodido esta relación, no yo. Me duele que no confíes en mí, me duele que tengas tan poco respeto por mí que ni siquiera te dignes a escuchar mi lado de la historia. Me duele que ni siquiera me dijeras qué es lo que viste. Has abandonado esta relación sin darle ni la más mínima oportunidad, ni una sola. Y eso ha sido como una bofetada en la puñetera cara. —No me di cuenta de lo rápido que estaba hablando hasta que terminé. Mi pecho se expandía con cada bocanada de aire, y el sudor me cubría la nuca, fruto de un esfuerzo mayor del que había sido consciente. Estaba tan furiosa que no podía controlar mis sentimientos. Era una como la marea al subir, y me estaba arrastrando con ella—. Hemos acabado, Volt. Y no es por mí, es por ti.

Dieciséis
Volt

Joder.

La había jodido de verdad.

Mierda.

Ugh.

Me dejé caer en el sofá después de que Taylor se marchara y me quedé mirando la pared. Toda la ira que había estado acumulando en lo más profundo de mi ser se evaporó como agua al fuego; abandonó mi cuerpo al instante, como si nunca hubiese existido.

Sabía lo que había visto, y había tenido muy mala pinta. Había parecido que Taylor me estaba engañando con otro tío. Cualquiera hubiera sacado conclusiones, pero su historia encajaba a la perfección. E incluso si no lo hacía, Taylor tenía razón.

Debería haberle dado el beneficio de la duda.

Mis inseguridades y mis dudas me habían estado carcomiendo durante toda la semana. La había apartado de mí en cuanto me había hecho daño, ignorándola por el miedo que le tenía al poder que ejercía sobre mí. Me había herido con un cuchillo invisible, y había sido incapaz de dejar de sangrar.

Había estado sangrando toda la semana.

Y al final Taylor me había dejado.

«Soy un maldito idiota».

No me molesté en ir tras ella tras el discurso que había soltado frente a mi puerta. Estaba tan furiosa conmigo como yo lo había estado con ella; no escucharía ninguna lógica, y si intentaba hablar con ella sólo conseguiría que le entrase por un oído y le saliera por el otro.

Al día siguiente fui a su clase, a sabiendas de que sería el único modo que podría hablar con ella. Si acudía a su apartamento no respondería a la puerta. Cuando la llamaba, saltaba al instante el contestador de voz. No había más opción que acorralarla tan pronto como sonara el timbre.

Entré en su aula en cuanto salió el último estudiante.

Taylor levantó la vista como si me hubiera estado esperando. El saludo que me dirigió estaba lleno de silencio y desprecio. Volvió a girarse hacia su mesa y se puso a organizar sus cosas para poder marcharse y alejarse de mí.

No estaba seguro de cómo podría arreglarlo después de joderlo tanto. Me había comportado como un capullo, fallándole y diciéndole cosas imperdonables. No podía culparla por no querer hablar conmigo. De hecho más bien la hubiese juzgado si lo hubiese hecho.

Pero era un egoísta, y la necesitaba en mi vida.

Taylor me había cambiado a mejor, me había convertido en un hombre que creía que había muerto hacía mucho. La preciosa relación que teníamos no sólo estaba llena de un sexo fantástico, también contenía emoción pura. Si algún día me casaba con alguien, sería con ella. Algún día se quedaría embarazada de mis hijos y envejeceríamos juntos. Al principio no había podido ver ese futuro, pero ahora lo veía.

Y no podía perderlo.

Taylor recogió sus cosas sin mirarme, dándome la espalda con tanta frialdad que era casi helador.

—No quiero verte, Volt. Déjame tranquila.

Al menos no me estaba tratando como a una mierda, como yo la había tratado a ella. Había dicho muchas cosas imperdonables, y ni siquiera estaba seguro de por qué las había dicho. La ferocidad se había hecho dueña de todo y no había sido yo mismo. Toda la rabia que había sentido con Sara había vuelto, y había perdido la cabeza.

—Lo siento. —Fueron unas palabras que sonaron patéticas en

cuanto abandonaron mis labios. No hacían justicia a mi remordimiento, no explicaban la profundidad de mis sentimientos mi mostraban cuánto me arrepentía—. De verdad que lo siento.

—¿Sí? —respondió con frialdad—. Bueno, pues no me importa.

Ay.

Aquello quemaba.

—Lamento todas las cosas que te he dicho. No las decía de verdad.

—Eso espero, porque no soy una puta. Ni una mosca cojonera.

Me encogí cuando repitió aquellas palabras.

—Cuando este moratón desaparezca, seré capaz de olvidarlo, pero eso llevará al menos otra semana.

¿Moratón?

Extendió el brazo, mostrando la zona exacta por la que la había sujetado para arrastrarla fuera de mi apartamento. En cuanto lo hube visto bien, volvió a apartarlo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al instante, no sólo de desesperación, sino también de frustración y odio hacia mí mismo. Me odiaba por haberle hecho aquello, por sujetarla con tanta fuerza que había llegado a hacerle daño. Aquella nunca había sido mi intención, pero había usado más fuerza de la que me había dado cuenta. Había cometido un error que no podía borrar.

Taylor se colgó el bolso al hombro sin mirarme.

—Adiós, Volt.

Ya no tenía derecho a pelear por ella, no después de las cosas que había hecho. No tenía derecho a suplicarle otra oportunidad. No me la merecía, simple y llanamente.

Pero la deseaba.

—Taylor.

Por puro milagro, se detuvo y se giró. Tenía los labios apretados con fuerza, como si no tuviera la paciencia necesaria para lidiar conmigo. Pero se detuvo de todos modos, por pura curiosidad.

—Lo siento. —Nunca había sido tan sincero en toda mi vida—. Desde lo más profundo de mi alma, lo siento. —Sentí cómo me

ardían los ojos por las lágrimas. Hacía tanto que no lloraba que era incapaz de recordar cuándo había sido la última vez. Un estrés abrumador me estranguló, y odié hasta el último milímetro de mi ser. Hubiese dado cualquier cosa por volver atrás en el tiempo y cambiar lo que había hecho. Cualquier cosa.

Taylor me miró en silencio, con un destello de compasión brillándole en los ojos.

—Sé que lo sientes.

Solté el aire que había estado conteniendo, sintiendo cómo la esperanza crecía en las profundidades de mi cuerpo. Taylor me daría otra oportunidad porque me quería. Si había algo en lo que tuviera fe, era en aquello.

—Pero no es suficiente para mí.

Estaba sentado en la barra, con la cara entre las manos.

Me había tomado algunos vasos de whisky, mi veneno personal. Los cubos de hielo se sentían bien contra mis labios, y el alcohol suavizaba el dolor que reinaba en mi interior.

Pero no me curaba.

Algunas mujeres se unieron a mí e invitaron a algunas rondas.

Les dije que me dejaron solo de una puta vez.

Así que seguí allí sentado, con la cara entre las manos. Oí la televisión de la esquina, emitiendo comentarios sobre el último partido. Oía la música que sonaba por el sistema de altavoces: una estúpida y molesta canción de amor. La gente hablaba de fondo, riéndose y pasándoselo bien.

Cómo me hubiera gustado poder desaparecer de la faz de la tierra.

Nunca había deseado nada tanto en toda la vida. Mi corazón anhelaba retroceder una semana y empezar de cero. Quería volver a intentarlo, tener una oportunidad de conseguir mi vida perfecta. Me provocaba tanta frustración y enfado que me quería morir.

¿Cómo iba a seguir adelante?

Mi vida había sido puñeteramente maravillosa. Tenía a la chica de mis sueños, y la había rechazado. La quería muchísimo, pero no lo había demostrado. No lo había mostrado cuando más importaba. Le había dicho cosas horribles y la había zarandeado cuando no debería haberlo hecho.

Había cavado mi propia tumba.

¿Por qué?

¿Por qué había reaccionado de aquel modo?

¿Por qué no me había calmado sin más y no la había escuchado?

¿Por qué había perdido la cabeza?

«Otra oportunidad. Por favor, dame otra oportunidad».

Pagué la cuenta después de beber demasiado y me marché. Mis pies me llevaron al único lugar al que quería ir, me llevaron hacia la única mujer sin la que no podía vivir.

Llegué a su puerta, aunque no recordaba haber recorrido el camino hasta allí. Intenté girar el pomo sin llamar, pero estaba cerrado con llave. Llamé con los nudillos, alargando la pausa entre cada golpe. Después apoyé la frente contra la madera y recé para que Taylor respondiera.

Lo hizo.

La puerta se abrió y estuve a punto de caer hacia delante.

Taylor me puso las manos en el pecho, sujetándome y evitando que cayera sobre el parqué. Me ayudó a recuperar el equilibrio antes de apartar las manos.

—Volt, ¿estás bien?

—No. —Mi mirada se centró en su rostro, viendo el océano azul marino en el que tanto solía perderme. Recordaba cada expresión que ponía cuando hacíamos el amor. Recordaba la manera en que me clavaba las uñas en la piel simplemente porque disfrutaba de lo que le estaba dando. Quería que volviera. Hubiera dado cualquier cosa por volver a sentirlo.

Taylor me sujetó el codo y me guió hasta el sofá.

—Siéntate.

Caí sobre los cojines y estuve a punto de volver a caerme. La cabeza me daba vueltas, y parecía que la habitación no iba a dejar de moverse nunca.

Taylor cerró la puerta y corrió el cerrojo antes de volver con un vaso de agua. Lo dejó sobre la mesita del café, delante de mí.

—Bebe un poco de agua.

No tenía sed, pero obedecí sus órdenes. Tomé un buen trago antes de volver a dejar el vaso en la mesa; haría todo lo que ella quisiera y así estaría feliz. Después me recliné contra el sofá y centré en ella toda mi atención. Estaba incluso más guapa cuando estaba preocupada por mí. Echaba de menos aquellas expresiones. Echaba de menos sus caricias.

—Pequeña, lo siento. De verdad que lo siento.

—Lo sé. —Me pasó la mano por el brazo, de arriba abajo.

—Entonces por favor, dame otra oportunidad. Sé que no he actuado como debería haberlo hecho. Sé que he sido un capullo, pero dame otra oportunidad. No volveré a joderla, te lo prometo.

Su mirada se suavizó mientras me acariciaba.

—Lo hablaremos por la mañana. Ahora mismo no te encuentras demasiado bien.

—No, quiero hablar de ello ahora. —Le sujeté la mano y la llevé a mis labios para besársela—. Quiero dormir contigo esta noche. Quiero estar contigo esta noche. No me hagas irme a casa, a un apartamento vacío. No hagas que vuelva a un sitio que huele a ti. No es mi hogar a menos que tú estés en él.

Sus dedos me acariciaron la mejilla antes de acunarme el rostro. Tenía una expresión que reflejaba su corazón roto, reflejaba el mismo dolor que yo sentía. Por alguna razón aquello me hizo sentir todavía peor. Cuando Taylor había acudido a mí y me había preguntado qué ocurría, yo la había echado de una patada y la había mandado a freír espárragos. Ella estaba siendo mucho mejor persona conmigo de lo que yo lo había sido con ella.

—Túmbate. —Me levantó los pies, colocándolos sobre el sofá.

—No estoy cansado. —Intenté oponerme, pero en lugar de eso estuve a punto de caerme del sofá.

—Shh… —Los colocó en alto y me tapó con la manta que colgaba del respaldo, extendiéndola sobre mi cuerpo y arropándome como si fuera un crío. Me estaba cuidando cuando tenía todo el derecho a echarme sin contemplaciones—. Estás agotado. Duerme un poco.

No quería cerrar los ojos; si lo hacía, Taylor desaparecería. Su rostro era el único confort que tenía, y no podía permitirme perderlo. Lo necesitaba más que nunca.

—Haré lo que sea para compensarte. Dame otra oportunidad. Por favor.

Taylor me pasó los dedos por el pelo.

—Lo hablaremos mañana.

—No… —Intenté luchar contra el sueño que estaba descendiendo sobre mis ojos, pero no pude. Le rodeé la cintura con el brazo y tiré de ella para que estuviera encima de mí, necesitaba que estuviera a mi lado. A duras penas conseguía mantener los ojos abiertos, estaba agotado por la falta de sueño, y terriblemente borracho.

Taylor no se apartó de mi abrazo, permitiéndome que la sostuviera contra mí. Siguió acariciándome el pelo, invitándome a un sueño tranquilo. Tenía los ojos clavados en los míos mientras me iba quedando dormido.

Caí inconsciente, incapaz de seguir manteniendo los ojos abiertos. Soñé con que Taylor todavía era mía. Íbamos juntos al parque y celebrábamos un pícnic. Las hojas de otoño caían a nuestro alrededor, transportándonos a un momento mágico. Taylor me miraba con adoración; era el hombre sin el que no podía vivir.

Y todo volvía a estar bien.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Taylor ya estaba vestida

para el trabajo. Sobre la mesita del café había dos pastillas, junto a un gran vaso de agua. Debía de haber adivinado que me sentiría hecho una mierda nada más despertase.

Y tenía razón.

Me froté los ojos e intenté grabar aquellos sueños en mi memoria. Cada uno de ellos era un tesoro y giraban alrededor de una mujer que era la otra mitad de mi corazón y de mi alma. Despertarme en su apartamento me recordó todo lo sucedido la noche anterior. No estaba muy seguro de lo que había hecho o dicho, pero era fácil sacar conclusiones.

Tomé las pastillas y las tragué sin agua.

Taylor me observaba, con el cabello perfectamente rizado. Iba vestida con uno de sus vestidos de safari, con medias debajo. A cualquier otra persona le había parecido una chica estúpida sin ningún sentido de la moda.

Para mí, era la mujer más hermosa del mundo.

—¿Te encuentras bien? —Cruzó los brazos contra el pecho, irguiéndose por encima de mí. Estaba manteniendo la distancia en lugar de sentarse a mi lado.

—Estoy bien —susurré.

—Estás algo pálido.

—Sólo deshidratado.

—Bueno, tienes agua justo ahí.

La ignoré; no quería beberla.

—Lamento lo de anoche. No lo recuerdo todo, pero aun así lo siento.

—No pasa nada. —Se mantuvo firme y miró el reloj—. Debería ponerme en marcha.

Alcé la vista y me percaté de que ya se había perdido la primera hora de clases.

—De todos modos ya llegas tarde.

—He pedido que un profesor sustituto cubriese mi primera hora. Quería asegurarme de que estabas bien antes de irme.

Era un gesto dulce, pero estúpido.

—No estoy bien, Taylor. Nunca lo estaré. —Miré fijamente la pared; no quería ver la pena en sus ojos. Lo único que quería ver en ellos era amor, y ahora mismo no había ni un ápice.

Taylor siguió allí de pie, con el bolso al hombro.

Me levanté, notando dolor en las rodillas. El sofá era demasiado pequeño para un hombre de metro ochenta como yo. La miré y me contuve para no sujetarla por la cintura y abrazarla para siempre.

—Taylor, no puedo vivir sin ti. No lo digo sólo para recuperarte ni para ser romántico. Lo digo de verdad, desde lo más profundo de mi corazón.

Su mirada se suavizó.

—Pasaré el resto de nuestras vidas compensándote por lo que he hecho. He aprendido de mis errores, y nunca volveré a comportarme de esa manera. Sé que mi comportamiento ha sido inaceptable y doloroso, pero te prometo que no volveré a hacerte daño de ese modo.

Me miró fijamente, cerrando los ojos poco a poco.

—Pequeña, por favor.

—No es el momento de tener esta conversación. —Retrocedió un paso.

—Sí que es el momento —dije—. Porque no puedo dejar que cruces esa puerta hasta que sepa que lo he arreglado.

Taylor mantuvo los brazos alrededor de su pecho, abrazándose con fuerza.

—Me amas. Te amo. Hagamos que esto funcione.

—Hay parte de eso que no me creo.

—¿Parte de qué?

—No creo que creas que te amo. —Por fin hizo frente a mi mirada, devolviéndomela con ojos fríos—. Si lo creyeras, nada de todo esto habría pasado. Si de verdad confiaras en mí, nada de todo esto habría pasado. El hecho que no me dijeras directamente qué era lo que te tenía tan afectado es incluso más imperdonable. Me tenías tan poco respeto, tan poca fe, que ni siquiera podías decírmelo. Pasaste a odiarme así, sin más, y eso significa que desde

el principio no has confiado en mí. Significa que en ningún momento has creído que te amo.

No podía estar más equivocada.

—Comprendo cómo has sacado esa conclusión, pero no, no es cierto. Eso no es lo que siento.

—Entonces explícamelo.

—¿Explicarte el qué?

—Explícame por qué tuviste la reacción más ridícula que he visto nunca. Explícame por qué me apartaste de ti de esa manera tan salvaje. Explícame por qué me trataste como una mierda y me borraste como un error cualquiera. —Su hielo se derritió, y el fuego volvió a su expresión.

—Yo sólo… —Me froté la nuca—. Cuando lo vi besarte, estallé. No lo sé. Perdí los papeles y fui incapaz de controlarlo. El dolor me hizo perder la cabeza.

—Eso puedo entenderlo, y si hubieras acudido a mí y hubieras puesto fin a nuestra relación basándote en eso, lo habría comprendido. Pero no me dijiste nada, Volt. ¿Qué clase de persona hace algo así? ¿Un niño, acaso?

—No sé por qué me comporté así. Sencillamente lo hice.

—¿Y eso hace que sea aceptable?

—No… Pero tampoco nos cambia a nosotros. No cambia el hecho de que te amo y que tú me amas.

—El amor no lo es todo, Volt. También tiene que haber confianza, y está claro que nosotros no la tenemos.

—No, sí que la tenemos —dije con firmeza—. La tenemos. Yo sólo…

—Volt, de verdad, no tengo tiempo ahora mismo de entrar en esto. Pero incluso si hablamos más tarde, mi respuesta seguirá siendo la misma. Ahora todo es distinto. No puedo perdonar cómo me has herido, no puedo perdonar tu reacción maníaca. Era como si hubiese estado hablando con otra persona.

—Pero…

—Pero nada —dijo con firmeza—. Te amo, y eso es algo que

nunca cambiará. Pero esta relación no es como yo creía.

No.

Dios, basta.

Por favor.

—No confías en mí, y no puedo estar con alguien que no confía en mí, que me arrastraría por el fango como si no me mereciera siquiera una explicación. La semana pasada demostró cómo eres de verdad, y hay demasiada oscuridad como para que pueda lidiar con ella.

Odiaba aquella pesadilla.

Quería despertarme.

Despierta.

—Quizás no estés listo para una relación. —Su voz fue desvaneciéndose, volviéndose suave de nuevo—. Quizás nunca lo has estado.

—Estoy listo para ti. Eso no es una relación sin más, es la relación definitiva para ambos. Soy el hombre con quien debes estar, y yo lo sabes, y tú eres la mujer con quien debo estar. No puedo explicarlo, pero lo sé. Sencillamente lo sé.

Taylor apartó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas.

—Se suponía que estábamos destinados a estar juntos. Sé que lo crees.

—Ya no sé lo que creo. —Fue hacia la puerta.

—Vamos, Taylor. —La seguí, incapaz de rendirme sin más—. Admito que la he jodido, pero podemos superarlo. Sólo danos algo de tiempo y arreglaremos todo esto. Eso es lo que hace la gente con sus relaciones.

Abrió la puerta y salió al pasillo.

—Taylor…

Se giró y me silenció con sólo una mirada.

—Esto es tan duro para mí como para ti. La semana que has pasado sin hablarme ha sido el mismísimo infierno. Estaba confundida, asustada y no sabía cómo arreglarlo. Si no hubiera jugado a los detectives y no lo hubiese descubierto con la ayuda de

tu padre, nunca habría sabido qué te tenía tan enfadado, y habría pasado el resto de mi vida sin saber qué es lo que había ido mal. Porque no tuviste las pelotas necesarias de decírmelo.

Me encogí ante el golpe.

—Y eso no es lo que busco en un hombre. No es lo que busco en una pareja. En cuanto las cosas se pusieron difíciles, desapareciste. Abandonaste lo nuestro. No intentaste hacerlo funcionar conmigo en lo más mínimo, simplemente me diste la espalda y te fuiste.

Quería negar todo lo que había dicho, pero no podía. Aquello era exactamente lo que había pasado; en lugar de hablarlo, la había expulsado de mi vida. No podía imaginar cómo la había hecho sentir aquello.

—Lo sé… pero sé que me perdonarás. —Sí que creía que me amaba, a pesar de lo que pensase Taylor. Y sabía que volvería a mí, porque no podía vivir sin mí del mismo modo en que yo no podía vivir sin ella.

—Puede que algún día —susurró—. Pero ese día no es hoy.

—Santo Dios. —Derek se me quedó mirando, sobrecogido e incapaz de creer lo que le acababa de decir—. Eso es mucha información resumida en cuatro minutos.

—Ayúdame. —No me quedaba orgullo que me impidiese suplicar llegados a aquel punto. Haría cualquier cosa por arreglarlo con Taylor. Aquella mujer era toda mi vida, sin ella yo no tenía ningún valor. Mi vida carecía de significado.

—No necesitas ayuda. Todo irá bien.

—¿Eso crees? —Me aferré a aquella frase, la necesitaba para poder seguir respirando.

—Sí. Piénsalo. Estuviste con tu ataque de ira durante una semana, Taylor tiene derecho a una semana de cabreo; dásela.

—Sí… Supongo que eso tiene sentido.

—Después se le pasará y se calmará. Y cuando lo haga, volverá.

No te preocupes.

—¿Lo crees de verdad?

—Desde luego —respondió—. Ahora mismo simplemente está enfadada. ¿Y quién puede culparla?

Nadie.

—Así es como son las mujeres. Tienes que dejarlas que pataleen hasta que hayan acabado, y después las seduces con flores y una caja de bombones.

Cuando Taylor había dicho que se había acabado, había parecido que lo decía de verdad, pero sí era cierto que había estado enfadada. Todo el mundo decía cosas que no creían realmente cuando se enfadaba, y Taylor no era distinta.

—Confía en mí. Todo irá bien, sólo dale algo de espacio.

Asentí, mostrando mi acuerdo.

—De acuerdo. Creo que eso puedo hacerlo.

—Tú mantente ocupado durante un tiempo, así será más fácil.

No existía ninguna distracción lo bastante fuerte como para mantenerme cuerdo. Taylor sería lo único en lo que podría pensar hasta que estuviera lista para volver a hablar conmigo, pero se merecía mi paciencia, especialmente después de lo que había hecho.

Y se la daría.

Diecisiete
Taylor

Sara no dejó de interrogarme sobre el drama que había con Volt, y me vi obligada a sentarme con ella y soltarle la bomba. Expuse toda la verdad, contándoselo desde el principio hasta el final. Quería proteger la reputación de Volt, pero ya no veía un futuro juntos, ¿así que qué importaba?

—Oh, Dios mío. —Sara estaba sentada en el otro sofá con la manta sobre las piernas—. ¿Y todo eso ha pasado en sólo una semana?

Asentí.

—Vio al señor Davidson besándome, y perdió los papeles.

—Guau…

No sabía qué decir, y no pude culparla. Era la pelea más estúpida que hubiese oído nunca. No tenía ningún sentido, y aquello sólo lo empeoraba.

—¿Por qué no te dijo por qué estaba enfadado?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Se lo preguntaste?

—Sí. Dijo que no tenía respuesta.

—Eso me parece tan extraño —dijo Sara—. Es de locos; cuando Muriel me dejó, hizo exactamente lo mismo. Simplemente se negó a volver a hablar conmigo sin decirme por qué…

—Yo tampoco lo entiendo. Me aparté de Drew porque me di cuenta de que no valía la pena el dolor que me estaba causando, y de todas formas no me llamó durante una semana, así que supe que yo no le importaba. Pero si me hubiese acorralado, le habría

dicho la verdad.

—Y no puedo creer que Volt te dijera todo eso. Parece un capullo.

Sí que lo era, el mayor capullo que hubiese conocido nunca.

—Pero en nuestra relación no era así. Durante esa semana se convirtió en una persona completamente distinta. Parecía la misma persona, pero no lo era.

—Lo siento tanto, tía. Sé que estás enamorada de él. —Me dirigió una expresión triste llena de una pena real. Como mi mejor amiga, quería que fuera feliz, y verme así de miserable le dolía tanto como me dolía a mí.

—Gracias…

—¿No vas a darle otra oportunidad?

Negué con la cabeza.

—Para actuar de esa manera… es que no tiene confianza ni respeto hacia nuestra relación. No puedo superar eso. No puedo superar lo salvaje que se volvió, no puedo superar el hecho de que sacó conclusiones sin siquiera preguntármelo. ¿Qué dice eso de nuestra relación? ¿Qué dice eso de la imagen que tiene sobre mí?

Sara asintió.

—Y… —Me costaba decir lo que tenía que decir en voz alta. Era mi miedo más profundo, algo que me consumiría si pensaba demasiado tiempo en ello.

—¿Qué? —me preguntó.

—La semana que no estuvimos juntos estaba fuera de sí. Fue agresivo, retorcido, brusco, abrasivo… Sencillamente horrible. Me trató como si fuera una mierda, como si no significara nada para él.

Sara ya me había oído decir todo aquello, pero me escuchó en silencio de todos modos.

—Sabiendo cómo es y cómo era antes de que estuviéramos juntos… —No quería decirlo. En cuanto lo hiciera, pasaría a ser cierto—. Probablemente se acostó con alguien… Con más de un alguien.

—¿Tú crees? —susurró Sara.

Asentí.

—Teniendo en cuenta cómo se estaba comportando, no me sorprendería. Estaba claro que no sentía ninguna obligación hacia mí; creía que no era más que una puta que se acostaba con otros. Cuando descubrí que Drew me estaba siendo infiel, quise acostarme al instante con Volt. ¿No habrá hecho él lo mismo? —Se me rompía el corazón al pensarlo, pero no me permití llorar. Ni siquiera dejaría que apareciese las lágrimas—. Sé que en circunstancias normales no me pondría los cuernos… pero esto no ha sido normal. Para él, ya no estábamos juntos, y puedo verlo saliendo y liándose con decenas de mujeres distintas sólo para sentirse mejor.

Sara dobló las piernas contra el pecho y guardó silencio durante un largo momento, claramente sin saber qué decir.

Cada vez que me imaginaba a Volt contra otra persona me daban ganas de morirme. Y si se había acostado con alguien porque asumía que yo estaba con otro hombre, la situación sólo empeoraría.

—¿Se lo has preguntado?

—No. —Tenía demasiado miedo.

—¿Por qué no?

—Porque no podría soportar su respuesta.

—Pero estás asumiendo que ha hecho algo sin tener toda la información. ¿No es eso un poco hipócrita? ¿No es por esa misma razón que estás enfadada con él?

No podía negar aquella observación.

—Sí, es hipócrita, pero en esta situación parece algo que podría pasar. Es plausible después de la manera tan irracional en la que se ha comportado. Pero si se lo pregunto y dice que sí… Nunca podré volver a mirarlo a la cara. No podré dejarlo pasar. Me dejará hecha pedazos, destrozada. Hasta ahora he conseguido mantenerme de una pieza, pero si supiera que ha estado contra mujer, que la ha besado, que la ha tocado, nunca me recuperaría. Es más fácil no

tener una respuesta que obtener la respuesta que no quiero oír.

Sara no puso en duda mi afirmación y dejó que las palabras se desvanecieran.

—Entonces… ¿Habéis roto de verdad?

Odiaba aquello. Aquella mañana me había despertado pensando que todo era perfecto, pero para cuando salí del trabajo todo había cambiado. Volt me había dejado, y lo había hecho sin darme la más mínima explicación. Y ahora ya no había vuelta atrás.

—Sí. Hemos acabado.

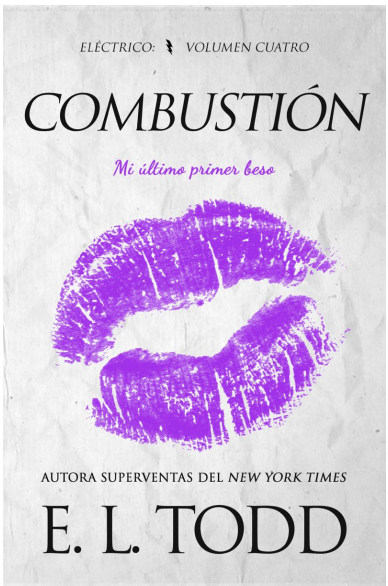
Querido lector,

Gracias por leer Llama. Espero que hayas disfrutado de su lectura tanto como disfruté yo escribiéndolo. ¡Sería de gran ayuda si pudieras dejar una breve opinión! Esos mensajes son el mayor apoyo que puedes ofrecerle a cualquier autor. ¡Gracias!

Con todo mi amor,

E. L. Todd

Sigue leyendo el sobrecogedor final en Combustión, el cuarto libro de la serie Eléctrico.



Ya disponible.

Mensaje de Hartwick Publishing

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra newsletter! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en Facebook para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing